



HQN™

LLUVIA

Yolanda Quiralte

LLUVIA

Yolanda Quiralte

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 Yolanda Quiralte
© 2016 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Lluvia, n.º 127 - julio 2016

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-8674-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)
[Créditos](#)
[Índice](#)
[Dedicatoria](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Epílogo](#)
[Nota de la autora](#)
[Si te ha gustado este libro...](#)

*Esta novela está dedicada a todos aquellos que creyeron en sus sueños.
Con Lluvia, comenzó el mío.
Gracias, José de la Rosa, por aquella oportunidad.
Gracias, también, a todos los maestros, buenos y no tan buenos,
que pasaron por mi vida para enseñarme cuál era el camino.
A veces, solo hay que detenerse a escuchar los mensajes.*

Yolanda Q

Prólogo

Campos de Peñafiel, 1845

La miró desconcertado y suspiró.

Jamás hubiera podido llegar a imaginar, ni siquiera por un breve instante de tiempo, que aquella mujer, a la que siempre había deseado de una manera sobrenatural, iba a dejar de satisfacer esa parcela tan importante de su vida. No era él, ni mucho menos, un soñador, o uno de aquellos hombres que se dejaba enamorar y engatusar por cualquier mujer; no, más bien era todo lo contrario.

Óscar se enorgullecía de ser uno de esos tipos duros y poco románticos que hasta la fecha se dejaba llevar más por impulsos sexuales que por verdaderos sentimientos. No es que no creyese en el amor, pero había decidido no compartir su vida con nadie, al menos por el momento. Solo tenía veintiocho años y aún le quedaba un largo camino por recorrer en el terreno de las conquistas.

Volvió a mirar a su acompañante de cama. Ella dormía. Sus cabellos rubios se desparramaban por las almohadas y brillaban bajo aquel sol de primavera que entraba casi a escondidas por la ventana. Las sábanas, de un verde claro, formaban extrañas formas mientras cubrían el esbelto e impresionante cuerpo de la mujer que descansaba a su lado. Ella tenía la maravillosa cualidad de poseer la piel más tersa y suave del mundo, y él lo sabía muy bien, pues la había recorrido con sus manos más de mil veces. ¡En cuántas ocasiones había temblado con solo imaginar en su cama que rozaba esa exquisita piel! ¡Cuántas! Y sin embargo...

No es que la muchacha no tuviera otras facultades. Era de una belleza deslumbrante, con sus ojos azul cobalto y su boca, algo grande, pero bien formada. Podría considerarse que era toda una belleza. Conquistarla le había costado lo suyo. No había sido cosa de uno ni dos días, ni siquiera semanas, y eso para el encantador ego de Óscar Quintana, había supuesto todo un reto a vencer, incrementando sus ganas de hacer frente a aquella batalla con forma de cuerpo femenino.

Y sin embargo...

Sin embargo allí estaba, tendido junto a ella en aquel enorme lecho, exhausto tras haber gozado de ella una tarde más. Una vulgar tarde más.

Al mismo Óscar le sorprendió la frialdad con la que describió lo que un buen observador hubiera denominado como la escena más tórrida jamás contada. Sí, era cierto, sus cuerpos se entendían a la perfección. Cada vez que él rozaba con sus manos los lustrosos pechos, ella disfrutaba, al igual que lo hacía cuando, minuto tras minuto, la penetraba con fuerza una y otra vez hasta conseguir llevarla al más profundo abismo. Y ella, ¡ay, ella!, era capaz de volverle loco con tan solo acariciarle el torso desnudo o besar su abdomen. Su virilidad siempre respondía con entusiasta satisfacción a los masajes que aquella mujer, hecha para el placer, le proporcionaba. Y sin embargo...

Sin embargo, lo supo. Lo supo tras haber derramado su semen una vez más. Tras aquella explosión multicolor que llenó su cuerpo de temblores, descubrió que aquello ya no le producía la misma sensación de placidez que en ocasiones anteriores. Algo había cambiado. Físicamente estaba claro, seguía disfrutando, pero en su alma empezaba a abrirse paso un vacío preocupante y nada común.

Volvió a mirarla. Quizás si la poseyera una vez más, eliminaría todos esos pensamientos ridículos que le martilleaban el cerebro. Y no porque se hubiera cansado de su amante, sino porque si era franco con sus emociones, siempre había pensado que aquella mujer sería la amante definitiva, no su mujer, eso estaba claro. Nunca hubiese afirmado tal cosa. Martina conocía a la perfección el arte del sexo, pero no tenía las cualidades suficientes como para pedirle que se casara con él algún día. Era una cortesana, muy hábil, pero cortesana.

Ella suspiró, y quizás eso fue lo que le distrajo de sus pensamientos. Decidió volver a poseerla a pesar de que aún dormía. Óscar deslizó sus manos despacio entre las sábanas hasta alcanzarle el trasero. Aquello fue la señal. Ella rodó en el lecho hasta ponerse con la espalda tocando el mullido colchón de plumas y abrió las piernas. El hecho de que durmiera, no importaba. Hasta en sueños sabía distinguir cuando Óscar estaba excitado. Y lo estaba, vaya si lo estaba. Él se colocó entre sus piernas, y sin ni siquiera despertarla, la penetró con fuerza. Ante tal invasión, ella, adormilada, sonrió y fue abriendo los ojos a medida que él la embestía una y otra vez. La poseyó con dureza durante un buen rato, y solo tras lograr que ella obtuviera su orgasmo, se derramó en ella, volviendo a temblar con la misma intensidad de siempre, sin miedos, porque como ella decía siempre, no había posibilidad alguna de quedar embarazada. Nunca había sucedido a lo largo de sus muchos años de matrimonio con el difunto conde.

A pesar de todo, antes de dormirse, Óscar pensó que aquello ya no tenía remedio. No le quedaba otra opción que dejar de visitar a aquella diosa del sexo. Y a no le bastaba.

Capítulo 1

Óscar Quintana era guapo, irremediablemente guapo, y lo peor de todo es que era consciente de ello. No es que se aprovechara de la situación, pero su belleza, unida a una muy bien modelada educación, hacían de él el perfecto prototipo de caballero. Los rumores que volaban por la ciudad susurraban que era un conquistador empedernido, un coleccionista de amantes. Se decía que por sus brazos habían pasado tantas mujeres como no cabían juntas en un gran salón de baile. La fama le precedía, y allí donde iba, antes de que el señor Óscar Quintana hubiera hecho su aparición, podía verse a todas las mujeres, incluidas las casadas, expectantes y esperanzadas ante la posibilidad de lograr un buen beso de tan deseado caballero.

Y todas las mujeres estaban satisfechas con él hasta entonces. Todas excepto quizás una, su madre Valeria.

—Habladurias, mamá —rió antes de preguntar—. ¿Desde cuándo has hecho caso a los rumores? —dijo Óscar besuqueando mimoso a su madre, una dama de la alta sociedad, bien situada y muy hermosa.

—Óscar, es cierto. En esta ciudad los cotilleos se engrandecen pero, Dios mío, estos rumores empiezan a martillar mi conciencia. Hablan ahora de una condesa...

—¡Mamá, por Dios! No es algo que deba preocuparte, puedo asegurártelo... —exclamó Óscar con la intención de calmar a su madre, mientras la miraba con recelo—. La mitad de las conquistas que me adjudican son falsas. Cierto es que como soltero me permito algunas licencias más...

—Querido, ¿algunas licencias? Desde que volviste de la universidad hasta ahora no hay semana en la que no me lleve algún sobresalto.

Óscar miró a su madre de soslayo. ¿Qué sucedería si llegara si quiera a imaginar cómo fueron sus años universitarios? Fue el despertar a la sexualidad. Allí descubrió el género femenino. Allí comenzaron sus andanzas.

—No dejo de escuchar rumores sobre el hecho de que hayas coleccionado «amistades» una tras otra, sin tan siquiera plantearte la posibilidad de encontrar una mujer adecuada y casarte —concluyó su madre, mientras se ahuecaba las faldas color berenjena.

«Maldición», pensó Óscar. ¡Ya estaba allí el dichoso tema! Sabía que a su madre le preocupaba que ninguno de sus hijos, cuatro para ser exactos, dos varones y dos damas, hubieran contraído matrimonio. Óscar, el primogénito; y Pablo, con quien tan solo se llevaba un año de diferencia, ya estaban en edades de analizar la situación. Lorena, de diecinueve; y Amelia, de catorce, aún podían sin embargo retrasar tan magna decisión por un tiempo, aunque no demasiado, si se regían por los cánones de la época.

—Madre —comenzó a replicar con voz severa, tono que cambió cuando vio la tristeza que asomaba en sus ojos verdes y que se reflejaba en todo su rostro—. Mamá, aunque considero razonables tus preocupaciones al respecto —dijo con un tono mucho más dulce—, no deseo que ellas te impidan disfrutar de tu tiempo. Admito que quizás tengas un punto de razón en algunos de tus comentarios, pero te ruego dejes esa elección en mis manos. Confieso —añadió de forma silenciosa y un tanto apesadumbrado por los recuerdos— no haber encontrado aún una mujer con la que poder vivir una historia de amor.

—En tiempos anteriores, hijo —alegó Valeria—, el amor era algo secundario. Bien sabes que cuando tu padre y yo nos casamos no había entre nosotros ningún sentimiento romántico y, si te fijas, el destino hizo que nos enamorásemos.

—Quizás sea por ello, madre —empezaba a agotarse su paciencia—, puesto que he sido testigo durante años del amor que padre y tú os profesáis, puedo aspirar a disfrutar de algo semejante, ¿no?

Jaque mate. Sabía que acababa de dejar a su madre sin palabras.

—Bien, bien, Óscar, prometo concederte una tregua, puesto que he observado que este tema te produce cierta desazón. —Sonrió la dama, ahuecándose de nuevo las faldas para sentarse, con el mayor decoro posible, en el sillón de estilo romántico que presidía aquel cuartito de estar—. Lamento haber sacado tan espinoso asunto —y dicho esto procedió a ojear la nueva revista de moda que le habían facilitado zanjando así el tema... De momento.

La gran casa familiar presidía una de las principales calles de la ciudad.

Tenía una gran balconada desde la cual se podía divisar el enrevesado e imponente parque, El Olmedar. Se decía de él que había sido testigo silencioso de los principales romances de la ciudad, guiados, quizás los enamorados por el bucólico entorno de aquellos parajes centenarios, donde los caminos cubiertos de bellos olmos evocaban en la imaginación escenas de amor furtivo, ese que aprovecha la oscuridad y la penumbra del follaje para dar rienda suelta a la pasión más absoluta.

La Mansión Quintana, como era conocida la finca, era descrita por Óscar como un gran cuartel de caballería, salvando las distancias, por supuesto. Llena de alegría y luz, era de todo menos silenciosa. Allí se habían criado numerosas generaciones de Quintana, entre ellas, el último batallón, como decía su padre, Alonso Quintana. La decoración era impecable, ciñéndose a los cánones actuales, desde luego, pero dotada también de cierta comodidad y bienestar, algo poco común entre las casas aristocráticas de la zona. Abundaban los amplios sillones de terciopelo amarillento, cuyas almohadas cobijaban recuerdos de conversaciones secretas. Cabía destacar también la presencia de la amplia biblioteca, que hacía las delicias de toda la familia, desde el primero hasta el último, incluyendo al numeroso personal doméstico que ayudaba a mantener la mansión en perfecto estado. Estos últimos constituían sin duda alguna un gran grupo de personas de confianza, ganada a pulso gracias a los numerosos años de servicio a la familia, logrando con ello que los vínculos que se habían establecido entre señores y trabajadores se hallaran marcados por el afecto y la cordialidad, hecho que dotaba al servicio de ciertos privilegios, como el acceso a la biblioteca y a los libros, la participación en tertulias familiares y la satisfacción de ser tratados como auténticos miembros de la familia Quintana.

El ama de llaves, María, llamada en la intimidad familiar con el diminutivo Marita, era una inflexible y organizada mujer que había ayudado a traer al mundo a todos los actuales Quintana. Su mano firme y su capacidad de decisión férrea y autoritaria desaparecía por completo cuando ante ella se posaba cualquier par de ojos que perteneciera a un Quintana, especialmente el joven Óscar, puesto que él la había salvado sin duda de una gran catástrofe. Marita estaba casada con Víctor, tutor de estudios de todos los hermanos Quintana. Juntos vivían en una casita cubierta de jazmín amarillo que se encontraba en el jardín de gran la finca señorial. Formaban una estupenda y maravillosa pareja, que aún todavía, de vez en cuando, a pesar de los muchos años que llevaban casados, eran sorprendidos por alguno de los hermanos dándose algún beso furtivo o alguna caricia sofocada. Tenían una hija, pequeña aún, la traviesa y escurridiza Victoria, a la que todos llamaban Lluvia, en recuerdo de la mágica noche en que fue hallada.

Casi todos los miembros de aquella familia habían olvidado por completo que Lluvia en realidad no era hija de Marita y Víctor. La niña apareció de repente en sus vidas como un torbellino de fuerza y alegría.

Sucedió una noche de tormenta.

Todos los hermanos Quintana adoraban las tormentas. Les encantaba permanecer durante horas apoyados contra las enormes cristaleras de la mansión mientras disfrutaban de «la gran batalla», nombre popular con el que la familia solía llamar a las tan temidas, por otros, tormentas. La idea surgió de Alonso, el padre de familia, hombre dotado de una gran imaginación y aficionado a escribir en sus ratos libres. Había desarrollado toda una serie de fantásticas historias que entretenían a su numerosa familia durante las horas que duraban las descargas eléctricas.

Una de esas noches, toda la familia al completo, incluyendo a Marita y a Víctor, los Quintana se hallaban reunidos, acurrucados en torno a los ventanales, escuchando una de las maravillosas historias que Alonso solía narrar.

Merecía sin duda la pena ver las caras de los niños, mientras el patriarca gesticulaba, gritaba, susurraba y saltaba, a la vez que contaba su último cuento.

En aquellos días, Óscar ya tenía 16 años, y pronto comenzaría la universidad en una prestigiosa institución donde habían estudiado todos los miembros varones de su familia. Pablo, con 15 años, terminaba la escuela superior mientras comenzaba a convertirse en un alocaado joven que traía de cabeza a sus padres con sus incasantes y constantes aventuras, pues era un enamorado de las piedras y las rocas, razón por la cual siempre andaba metido en alguna cueva buscando material geológico. Lorena, la mayor de las muchachas, con siete años y una cara llena de pintorescas pecas, además de a sus obligaciones escolares, se dedicaba, no con demasiada fortuna, a tocar el piano; y Amelia, la benjamina de la familia, con solo tres años, hacía las delicias de toda la familia, ahora que ya había dejado de ser un bebé regordete y juguetón, más bien dado a romper todo lo que encontraba a su paso.

—... De pronto, se abrió de forma repentina el baúl que con tanto esfuerzo

había llevado Baltasar al desván y... ¿Sabéis qué encontró? —preguntó Alonso misterioso.

Siete caras expectantes se movieron con rapidez a la vez que negaban con la cabeza...

—¡Pues encontró el viejo mapa del tesoro familiar que se había perdido durante el viaje del tatarabuelo a las colonias!

—¡Oh, papá, es sin duda una de tus mejores historias!

—Sí, querido, hacía tiempo que no disfrutaba con tanta intriga.

—¿Crees que publicarás también este cuento?

—¿Lo harás bajo tu nombre secreto?

Todas estas preguntas salían con atropello de las gargantas de los Quintana mientras hablaban a voz en grito preguntando al compás de los truenos y relámpagos que sacudían con fuerza las hermosas ramas de los árboles que poblaban el jardín.

—Tranquilos, hijos, tranquilos... Sí, es probable que esta sea una más de las increíbles historias del legendario escritor Augusto Sancho —rió el padre con esa risa profunda y gutural a la que tan acostumbrada estaba ya su prole.

De repente, un gran relámpago iluminó la estancia, acompañado de un estruendo tan ensordecedor que por un instante ninguno de los Quintana oyó el grito desgarrador que bramó en medio de aquella salvaje tempestad.

—¿No habéis oído gritar a alguien?

—A lo lejos.

—Será un trueno, con la tormenta que hay cualquier sonido puede confundirse.

—No, señora, estoy convencida que he escuchado gritar a alguien en el exterior de la casa —señaló María, el ama de llaves—. Dejadme que vaya a comprobarlo —continuó Marita, mientras iba levantándose poco a poco.

—Espera, Marita, yo iré a ver —se ofreció Víctor, levantado ya y con un pie puesto prácticamente en la escalera que bajaba hasta el vestíbulo de mármol azulón de la gran casa Quintana.

Seis pares de pies siguieron al profesor, intrigados por aquel ruido, que lejos de apagarse, sonaba cada vez con más fuerza y energía, dejando claro que ese sonido no era ni mucho menos un trueno o un relámpago.

A medida que avanzaban, todos, incluidos los adultos, estaban casi seguros de que el cachorrito de algún animalillo se había colado en el jardín familiar.

Fue Óscar el que, debido a su impaciencia, llegó antes al lugar desde donde aquel ser pequeño gritaba y lloraba.

—No os acerquéis, niños —gritó a sus hermanos.—La tormenta continúa fuerte, y voy a tener que meterme debajo de aquellos árboles a ver si encuentro al cachorro perdido. Quedaos quietos y seguros ahí debajo del porche —dijo, señalándoles con el dedo.

—Óscar, cariño, ten cuidado. Mira bien dónde pones los pies, no desearía que tropezaras.

—Tranquila mamá, seré cuidadoso. Víctor, padre, dejadme solo, no vaya a ser que asustemos al animalillo y huya. Sería peor entonces, puesto que nos tocaría buscar entre todos los árboles del jardín.

Y con estas palabras Óscar se introdujo en el pequeño bosquecillo que componía una de las zonas del frondosa pradera. Aquellos árboles formaban parte de la vida de la familia desde que el primer señor Quintana habitó esas tierras, y constituían uno de los mayores orgullos de los Quintana. Si alguno de aquellos árboles pudiese hablar, sin duda narraría las aventuras de cuatro generaciones de caballeros y damas, cantando las historias de amor y desamor de sus antiguos propietarios.

Los pasos de Óscar eran seguros y ágiles, y es que el chico podría haber caminado a oscuras por aquellas tierras, tal y como hacía ahora mismo, pero sin la ayuda de la iluminación que provocaban los relámpagos. La lluvia mojaba la fina tela de la camisa que cubría sus jóvenes y fuertes músculos mientras que el ajustado pantalón se ceñía más aún a sus atléticas piernas. El pelo escupía el agua de lluvia que chorreaba por sus anchos hombros sin piedad, a la vez que el frío se calaba hasta lo más profundo de sus huesos.

—No hay duda de que mañana un buen resfriado será mi mejor amigo. —Pensó Óscar a la vez que agudizaba el oído intentando localizar la procedencia del cada vez más fuerte alarido—. ¡Maldita lluvia!

Y maldiciendo el frío, la lluvia, los relámpagos y a aquel ser que le había hecho salir de casa, Óscar continuó su búsqueda. Fue al llegar a un pequeño claro cuando descubrió un minúsculo bulto, del cual parecía salir un berrido más atronador que cualquiera de los truenos que rugían en la noche.

Con paso firme avanzó hacia el hatillo, decidido a cogerlo y llevarlo hasta donde esperaban los demás, sin duda curiosos por saber quién era el causante de aquel ruido. Pero, ¡ay!, cuando Óscar llegó al saco...

no había ningún animalillo.

—¡Dios mío!, ¡ay Dios! —Óscar se quedó paralizado—. ¡Un bebé! —musitó hincando las rodillas en la tierra—. No llores, pequeño, ya estás a salvo, no llores. ¿Quién puede haber hecho esto? ¿Qué clase de ser abandona un bebé en medio de la tormenta? ¿Quién es capaz de hacer esto? —gruñó Óscar con rabia, mientras miraba a su alrededor, rezando en voz baja para no encontrarse con el causante de aquello.

Apretó al bebé contra su pecho y lo observó por un pequeño instante mientras su corazón palpitaba con fuerza, lleno de coraje, lleno de tristeza.

—¡Qué bonito eres!, y ¡qué pequeño! Tranquilo, cariño, ya estás a salvo —le repitió en voz baja mientras lo mecía contra su pecho.

El bebé abrió los ojos por un instante y en cuanto miró a Óscar dejó instintivamente de llorar, obsequiando al joven con una brillante y mojada sonrisa en la que no aparecía ni un solo diente.

Ignorando el respingo que sintió en el corazón cuando aquel pequeñín le sonrió, apartó la mirada de él y comenzó a correr entre la maleza, entre los árboles, en dirección a las luces que marcaban la calidez de la casa, llevando al bebé protegido de la lluvia y del frío contra su pecho.

Tras diez minutos de carrera, y después de darse cuenta de que la tormenta volvía a bramarse con fuerza, Óscar divisó los farolillos que su familia había encendido.

—Óscar, ¿estás bien? —gritaban las voces que cada vez sonaban más cercanas.

Tan solo unos pasos más sirvieron para que el agitado joven llegara al lugar donde toda la familia le esperaba nerviosa.

—Cariño, ¡te has empapado entero! ¡Entra en la casa para secarte! Marita, por favor, trae toallas de algodón. ¡Óscar, entra en la casa! —suplicaba Valeria, tan temerosa de que su hijo se resfriara que había olvidado por completo el motivo por el que se encontraba en semejante estado.

—Hermano —gritó Pablo, a quien, si bien le daba igual que su hermano cogiera una pulmonía, no podía dejar pasar la intriga que sentía ante los acontecimientos vividos esa noche—. ¿Qué animal era? Aposté con Lorena a que era un lobo.

—Un lobo, un lobo... ¿no se trata acaso de un gran oso? —sugirió a gritos el otro miembro de la apuesta.

Óscar, ajeno a todos los comentarios que bullían a su alrededor, continuaba de pie, aferrando con delicadeza el pequeño bultito que tenía entre manos y que por el movimiento parecía haberse sumido en un profundo sueño.

—Familia, Pablo, Lorena, siento decirlo que habéis perdido ambos la apuesta. El animalillo de grito feroz no es más que un...

—¡Bebé! —exclamó muy contenta la benjamina de la familia, Amelia, quien aprovechando la conmoción general había sido la única que se había acercado a Óscar sentado ya en uno de los mullidos y enormes sofás amarillentos del comedor de recibo—. ¡Un bebé!

—¿Un bebé? —respondieron todos al unísono.

—¡Ay, Dios mío!

—Sí, padre, también yo dije lo mismo. Mirad —consiguió decir para, acto seguido, despegar con suavidad el paquetito de su cuerpo. Con la emoción, apenas se había dado cuenta de que lo había envuelto en su propia chaqueta.

La abrió y, aún sorprendido, consiguió mostrar el pequeño tesoro mojado.

—Está dormidito.

Óscar levantó la cabeza impaciente, porque la respuesta que esperaba tardaba en llegar, y lo que encontró fueron seis bocas abiertas por la sorpresa.

—¡Un bebé! —gritó de nuevo la pequeña Amelia, de tres años, contentísima, sin importarle lo más mínimo sentirse observada por aquellos catorce ojos.

Capítulo 2

Óscar salió contrariado del salón amarillo donde había dejado a su madre leyendo esa revista de modas que tanto le agradaba, y dando grandes zancadas, se dirigió a la biblioteca de la casa, con el fin de esconderse un rato para meditar. Tenía importantes decisiones que tomar, como por ejemplo saber qué iba a hacer con su ya poco deseada amante, volver a pensar en cómo iba a defender ante el Consejo (como caballero del reino, pertenecía al Consejo de Gobierno del país) la necesidad de crear nuevos hospicios y, sobre todo, lo que más necesitaba era poder olvidarse de la delicada conversación que acababa de tener con su madre.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una vocecilla que salía de debajo de unos cojines.

—Soy Óscar.

—Ah, hola —contestó la voz con poco entusiasmo.

—¿Qué haces en la biblioteca, Lluvia?

—Qué aburrido eres, Óscar, siempre preguntas lo mismo. Como si no conocieras bien la respuesta. Leo. Como siempre a estas horas. Leo —dijo la voz arrastrando bien la última palabra.

—¿Y no deberías estar estudiando, Lluvia?

—Oh, quizás debiera, pero la aritmética del cuarto de niños no es tan divertida como la historia de estos piratas que estoy leyendo —suspiró la voz.

—Lluvia, no seas trasto y vuelve a tus clases. Amelia seguro está aún arriba y tú, mírate, hecha un verdadero desastre. Si tu madre te viera le iba a dar un ataque.

—¿Cómo sabes que estoy hecha un desastre si todavía no me has visto? —respondió la voz con tono impertinente desde el mismo lugar de antes.

Óscar se vio en un verdadero aprieto. En teoría era cierto que no la había visto en lo que llevaban de día pero, en la práctica... la había visto cientos de veces... al menos en la misma posición...

—Lo imagino —se aventuró a decir, mientras andaba en dirección al sillón de alto respaldo del que colgaban unos pies cubiertos tan solo con unas calzas de color marfil medio agujereadas—. Y sin duda —prosiguió andando— podría decir casi con total seguridad que hoy tampoco te has peinado, y que tras el desayuno no has limpiado tus mejillas llenas de azúcar de bollo, y que en tu vestido, seguro, aún pueden apreciarse algunas salpicaduras de mermelada de frambuesa.

Ante semejante retahíla de detalles, la aludida no pudo por más que sorprenderse y, apartándose las greñas de la cara, descubrió poco a poco que la descripción había sido justa y exacta, y que hasta incluso lo de las salpicaduras de mermelada de frambuesa era cierto.

—... y es más, creo que hasta llevas algunos pegotes de sirope en el pelo —concluyó Óscar, asomándose por el respaldo del sillón—. ¿Me equivoco, individua?

—Vaya, parece que no... ¿Quieres un poco? —dijo Lluvia sonriendo con esa cara llena de minúsculas pecas, ofreciéndole un mechón de sus cabellos impregnado con un pegajoso sirope de frambuesa.

—Gracias, pero, no. Me temo que por esta vez voy a declinar tu generoso ofrecimiento —rechazó Óscar muy serio, pretendiendo mantener el tipo e intentando demostrar que aquella chiquilla de doce años no iba a manipularlo con esa cara traviesa, aunque en realidad... sintiera que el corazón se le volvía gelatina cada vez que ella le pedía algo. ¡Qué tendría esa niña que siempre conseguía de él todo lo que le daba la gana! Era algo curioso en verdad, ya que ni sus propias hermanas lograban ese efecto en él aunque, claro está, también conseguían lo que les daba la gana.

—Óscar... —preguntó Lluvia aún sin mover un solo dedo— ¿no tendrás pensado hablar con mis padres sobre mi tendencia a fugarme a la biblioteca, verdad?

Y Óscar, que nunca en su vida hubiese sido capaz de delatarla, la amenazó con ello, y lo hizo de una forma tan creíble que la pequeña infractora se puso de pie al punto y abandonando el libro de sopetón sobre el cojín arrugado que tenía encima salió como un rayo de la habitación, no sin antes sacarle la lengua con todas sus fuerzas a un sorprendido Óscar, que tras oír el portazo comenzó a reírse con fuerzas, disipando así todo el mal humor con el que había entrado en la biblioteca.

Aún riéndose, cogió el libro de Lluvia y, sin llevarse ninguna sorpresa, descubrió, o mejor dicho comprobó, que también en el libro había unos sospechosos pegotes granates.

Lluvia, o mejor dicho Victoria, era una chiquilla terriblemente traviesa, que mostraba una vitalidad desmesurada. Cuando algo le interesaba mucho, abría esos enormes ojos de color verde rodeados de grandes pestañas tan pelirrojas como ella misma y fruncía el ceño, como si aquello que observaba u oía fuera lo único importante en el mundo para ella, y por si alguien pensaba que se mostraba poco intrigada, solía retorcer entre sus dedos pulgar e índice un largo y suave mechón de pelo color zanahoria, mientras preguntaba sin cesar diferentes cuestiones sobre el asunto que fuera, a la vez que hacía muecas con esa boca pequeña y bien formada de labios gorditos.

En general no podía decirse que Lluvia fuera una gran preciosidad, pero estaba seguro de que si hubiera mantenido alguna vez, durante toda su infancia, un peinado de forma correcta o, si solo hubiese sido capaz de no ensuciarse el delantal, probablemente todos, incluso hasta él, hubieran pensado que Victoria era la niña más hermosa del mundo. Pero pedirle eso era como pedirle al sol que no saliera todos los días...

A Óscar le costó un segundo y medio devolver el volumen a la estantería de libros infantiles de la biblioteca y a continuación, por fin, logró sentarse delante del enorme escritorio de caoba desde donde su padre, el famoso escritor Alonso Quintana, o mejor dicho el escritor Augusto Sancho, escribía e imaginaba sus fantásticas aventuras, siempre y cuando no optara por recluirse en el desván de su casa, decisión que tomaba siempre que el ambiente, o mejor dicho sus habitantes se encontraban especialmente «revueltos».

Tenía mucho que revisar. El Consejo estaba ya convencido de cambiar algunas leyes sobre la infancia, pero no las suficientes como para garantizar que los niños huérfanos tuvieran una niñez digna, pero si había algo en esta vida con lo que Óscar se sentía comprometido, era precisamente con esa causa.

Aún, sobre todo en noches de tormenta, recordaba con profunda nitidez el momento en que encontró acurrucado entre los matojos del jardín aquel pequeño bultito, que acabó siendo Lluvia, la hija adoptiva de Marita y Víctor.

Cuando más enfascado se encontraba estudiando los documentos que su ayuda de cámara le había traído desde el Consejo, más consciente era a su vez de todo el trabajo que quedaba por hacer, más difícil veía el camino a seguir porque, en todo el reino, la conciencia colectiva de ayuda a la infancia estaba poco evolucionada. Solo algunas instituciones religiosas, y personas de buena posición social, en su mayoría damas aburridas de esperar a que sus bien situados maridos les hicieran un poco de caso, y que mataban las horas de tedio haciendo obras de caridad, se preocupaban de que los niños huérfanos tuvieran al menos un techo donde dormir y alguna que otra comida que llevarse a la boca durante el día. A cambio, los niños debían realizar actividades que en la mayoría de ocasiones no eran adecuados para su edad, como cavar zanjas o trabajar en algunas de las fábricas textiles que había dispersadas por los alrededores de las grandes ciudades, o incluso en la mayoría de los casos trabajar en el campo de sol a sol.

Óscar, concienciado e implicado en la lucha que habían iniciado algunos intelectuales en otros países, consideraba que todos los niños necesitaban una educación, una formación que los convirtiera en adultos responsables e instruidos con posibilidades para iniciar una nueva vida.

Bien concentrado en estos quehaceres, no se percató de que la puerta se acababa de abrir apenas dos dedos y que una cabeza pelirroja que había estado hacia tan solo algunas horas antes en la misma sala se asomaba con decisión y le arrojaba a la cabeza un artilugio a la vez que gritaba:

—¡Estudia tú aritmética si así lo deseas!

A Óscar apenas le dio tiempo de esquivar el objeto volador, es más, cualquiera hubiera jurado que le golpeó con una impresionante precisión en la oreja izquierda, antes de que su furioso e impactado ser descubriera a la pequeña delincuente que había atentando contra su cabeza.

—¡Lluvia!, ¡Victoria, ven aquí ya! —bramó Óscar desde la puerta de la biblioteca, mientras salía corriendo velozmente por si cazaba a la terrorista—. Esta niña —pensó—, la estamos malcriando. ¡Hace lo que quiere a todas horas!

Victoria, o su alter ego travieso Lluvia, no apareció en el resto de la tarde. Óscar la buscó hasta debajo de las camas, lo cual supuso un esfuerzo enorme, pues la casa Quintana contaba con numerosas habitaciones distribuidas en tres plantas y un sótano. Buscó incluso en el enorme jardín, dando toda una vuelta completa a los árboles frutales, a los rosales, al campo de flores y tulipanes. Recorrió la huerta de hortalizas, visitó los invernaderos, paseó por los establos y las caballerizas esperando encontrarla agachada entre las balas de paja fresca y limpia que se amontonaban ordenadamente en el rincón más alejado de la finca, y nada. Lluvia no estaba en ningún sitio, así que derrotado por la chiquilla, abandonó su búsqueda, no sin percibir previamente que aquella individua de escasa edad había conseguido burlarse de él. Al final volvió cabizbajo a la biblioteca con la firme esperanza de poder concentrarse de nuevo en sus importantes documentos. Abrió la puerta, arrastró la butaca, se acomodó en ella y comenzó a leer hasta que de reojo vio el libro que le había arrojado Victoria. Lo cogió y leyó entre nuevos pegotes de sirope: «Aritmética». Fue el punto y final a su concentración... y ¡es que no se puede leer y reír a carcajadas al mismo tiempo!

Días más tarde, mientras se encontraba con su amante en la salita donde tantas veces habían yacido juntos, Quintana todavía recordaba la escena de la biblioteca con Lluvia. Tan sumido estaba en pesamientos que Martina, desconcertada, fue consciente por primera vez del poco interés que él mostraba hacia su persona, algo que no por ser sospechado dejaba de ser doloroso.

—Óscar, cielo, te noto distraído esta tarde —murmuró mimosa con voz de fálsete, mientras recorría su ancha espalda con la punta de los dedos—. En toda la velada ni una sola vez has dejado de contemplar la puerta. ¿Acaso te aburro, querido? —coqueteó con soberana sensualidad a la vez que retorcía el cordón del picardías transparente que dejaba al descubierto su maravilloso y esbelto cuerpo.

—Vamos, Martina —Óscar bebió de la copa de vino a la vez que retiraba las manos de su cuerpo—, créia que a estas alturas y debido a tu dilatada experiencia ya habrías intuido que... digamos... mi interés hacia nuestro... llamémoslo acuerdo íntimo había empezado a...

—¿Decaer? —preguntó inocente la despechada, aunque digna, Martina La Vall, conocida viuda de la alta sociedad venida a menos, que retozaba en secreto desde hacía un par de meses con Óscar Quintana. Él la había obsequiado con un sutil cortejo durante días, y ella, llena de experiencia, había prolongado la agonía de la conquista durante al menos dos semanas más, con la equívoca ilusión de que esta espera lograra conquistar al primogénito de los Quintana y a su familia muy bien situada dentro de la escala social, que la dotaría del brillo que tanto anhelaba. Lo que no esperaba de ninguna de las maneras era que ese hombre iba a ser capaz de meterse en su mente con tal fuerza que llegaría a convertirse en una verdadera obsesión. Por las noches deseaba su atlético cuerpo, lleno de músculos bien desarrollados, y durante el día suspiraba con ver su bello rostro. En particular esos ojos casi tan negros como la noche, protegidos por hermosas y largas pestañas poco apropiadas para un hombre, ya que embellecían en exceso la mirada. Además, Óscar, en general, había sido con gran diferencia el mejor amante que había tenido. Un hombre fuerte y atractivo, que guardaba entre sus muchos tesoros un arte especial a la hora de hacer el amor y una generosidad en ese terreno no muy vista entre los caballeros de buena cuna.

—Cielos, Martina, ¿no irás a mostrarte ahora despechada, verdad? —Sonrió Óscar mientras se levantaba y se ponía la chaqueta—. Si mi memoria no falla, no es la primera aventura que tienes. ¿Acaso esperabas algo más por mi parte? ¿No lo hemos pasado bien juntos?

—Sí, querido, lo hemos pasado muy bien. Lo pasamos muy bien todavía, por eso me sorprende que quieras dejar... nuestro acuerdo.

—Martina, te doy las gracias con sinceridad por todos los buenos momentos vividos —a estas alturas, Óscar ya llevaba puestos hasta los guantes, tal era su prisa por terminar la conversación—, sin embargo pienso, creo, que ha llegado el momento de que tomemos caminos... digamos... diferentes.

—Claro, querido, tú decides —murmuró Martina simulando una conformidad que no sentía, mientras un fuego descontrolado se abría paso en su estómago llenándolo de furia infinita—. Además, he de decir, cielo, que nuestros últimos encuentros íntimos ya no eran tan espléndidos como antes. He disfrutado, sí... —murmuró con cierto desdén—, pero...

—Querida Martina, estoy de acuerdo contigo, muy de acuerdo.

Y tras lanzarle un beso con la mano enguantada y mirarla con ojos burlones y risueños, abandonó la estancia con elegancia, cerrando la puerta muy despacio. Dentro de la sala se quedó una Martina despechada y furiosa. Era la primera vez que la dejaban, y eso no lo iba a consentir. Algo, algo debía maquinara para que su adorado Óscar volviera. Algo... sí, quizás un escándalo tan grande que hiciera que su ya ex amante se arrepintiera de la humillación que acababa de vivir.

Capítulo 3

Las hermanas Quintana eran bien diferentes entre sí. Por un lado Lorena, la mayor, representaba todo lo que se esperaba de una dama perteneciente a la alta sociedad. Educada, obediente, era perfecta conocedora de todas las artes femeninas adecuadas. Bordaba, cosía, tocaba el piano y el violín, era capaz de organizar una casa, un baile o cualquier evento, conversaba con fluidez sobre el tiempo, la moda, las flores, ópera o cualquier otra disciplina propia de una señorita de buena cuna. A su vez, se consideraba capacitada para ser una buena esposa, discreta y siempre atenta a las necesidades de su marido y de sus hijos. Físicamente era un clon en femenino de su hermano Pablo, ambos rubios con pelo lacio y ojos verdes. Las facciones del rostro eran muy similares y destacaba con perfecta armonía la nariz, heredada de su madre.

En el lado contrario se encontraba su hermana Amelia, la pequeña de la familia y una verdadera rebelde. Era muy similar al hermano mayor, Óscar, con el que mantenía una especial conexión, razón por la cual los dos hermanos del medio habían optado por llamarla Oscarina, la Hermana Benjamina. Esto era algo que ponía inmediatamente de los nervios a Amelia ya que, aunque adoraba a su hermano mayor, consideraba el apodo un agravio en toda regla. Pero, todos los que la conocían, e incluso los que no, eran capaces de ver en ella un retrato en femenino del primogénito, ya que contaba con los mismos ojos casi negros, cubiertos por pestañas inmensas, el mismo cabello negro, lleno de preciosos bucles rebeldes y, para más fascinación del resto de la familia, el mismo carácter. Era un temperamento reservado para todas las personas que no pertenecían al círculo más íntimo, y absolutamente entregado para los que sí. También, y para desesperación de los demás, era excesivamente impaciente y directa.

—¿Alguien me escucha? ¿Me pregunto yo si en esta casa alguna vez, en toda mi vida, alguien me ha escuchado alguna vez?
—Amelia, yo lo hago. De hecho sería imposible no hacerlo estando a tu lado —contestó armándose de paciencia Lorena Quintana, la bella joven rubia de diecinueve años que bordaba una mantilla.
—Menos mal, creía que no me oías. ¿Cuánto queda para que acabes de bordarle la toquilla a mamá?
—Muy poquito. —Sonrió Lorena mientras levantaba la pieza para que su hermana pudiera apreciarla.
—Preciosa, Lorena, de verdad, preciosa y no lo digo por hacerte la pelota. Te lo aseguro. Tampoco lo hago para... pedirte que seas tú la que envuelva los guantes que le he comprado a mamá por su cumpleaños —susurró sonriente mientras le tendía a su hermana las cintas de colores y el papel de estraza marrón con el que quería hacer el paquete.
—Ya sabía yo, pequeña Oscarina, que algo ibas a...

Lorena no logró terminar la frase debido a que Amelia, muy ofendida por el apelativo que su hermana le había regalado, le propinó un buen cojinazo.

—¡Ay, niña! Conseguiste que me pinchara con la aguja.
—Lo lamento de veras, en serio. Perdóname, Lorena, por favor.
—No te preocupes, no ha sido grave... —dijo quedándose con la boca abierta al ver cómo su hermana, blanca como los polvos de arroz, señalaba una pequeña gotita de sangre que había caído justo en medio de la mantilla que primorosamente había estado bordando la hermana mayor durante varios meses.
—¡Amelia! ¿Has visto lo que has conseguido? ¡Eres tan atolondrada, no parece que tengas ya quince años! ¡Oh, mi trabajo de varios meses! ¡Mis ahorros gastados en hilos de seda! Todo el tiempo que he invertido. ¿Qué hago ahora?

—Lo siento, de verdad —se disculpó Amelia haciendo un ligero mohín con la nariz—. Déjame, ahora mismo se la llevaré a Marita y asumiré las culpas. Ella sabrá cómo quitar la mancha.

—Buena idea, pero deja, que ya la llevo yo, que tú eres capaz de arrastrar la mantilla por el suelo de toda la casa.

Y acto seguido, se puso en pie rumbo al despacho del ama de llaves, segura de que iba a encontrarla allí zurciendo medias.

—Marita, disculpa que te moleste, ¿serías tan amable...?

—¡Marita! ¡Necesitamos tu ayuda! He manchado la toca que Lorena bordaba para mamá de forma accidental, por supuesto. ¡Necesitamos tu ayuda! —gritó la pequeña desde lo alto de la escalera que llevaba al despacho del ama de llaves.

—¡Silencio! —gritaron al unísono Marita y su hermana con cara de enojadas.

—¡Encima de mancharla, todavía quieres que mamá se entere!

—Ay, perdón, lo siento... —se disculpó, no sin cierta angustia. Marita, ¿podrías arreglarla?

El ama de llaves, tan tranquila y calmada como siempre, se quitó los anteojos despacio y levantó la cabeza, mirando con inmenso cariño a las dos jóvenes. Había sido ella quien las había traído al mundo, al igual que al resto de hermanos Quintana. Todavía recordaba lo increíble que fue el parto de la hermana pequeña, y es que Valeria, su madre, dio a luz en las escaleras de la casa Quintana porque la benjamina, mostrando ya su carácter rebelde e impaciencia, no pudo aguantar hasta que su madre llegara a su habitación.

—Vamos a ver, señoritas, ¿qué sucede? Lorena, muéstrame esa mancha.

—Mira, Marita, un desastre. Amelia me lanzó una almohada, me pinché y...

—Tranquila, mi vida. Es muy pequeña. Tengo un remedio perfecto para las manchas de este tipo —dijo con la suave voz de siempre la carismática ama de llaves—. Lorena, cariño, te ha quedado preciosa —admiró la pieza mientras caminaba despacio hasta el armario de los remedios, un armario enorme, hecho de madera de roble castaño, lleno de pequeños cajoncitos, dentro de los cuales había en cada uno de ellos un remedio específico para diferentes males: manchas diversas, torceduras de pie, quemaduras, dolor de dientes... y es que Marita como experta en hierbas era capaz de curar, limpiar o sanar casi cualquier cosa o enfermedad. Extrajo de uno de los cajoncillos superiores un pequeño bote, lleno de un líquido blanquecino—. Con esto, bonita, quitaremos la mancha de sangre.

—¿Sangre, mamá? —preguntó una vocecilla desde la puerta, provocando que las tres damas que se encontraban dentro del despacho saloncito giraran la cabeza.

Ante la visión hermosa que apareció en la puerta, el ama de llaves cambió la expresión de su rostro, dulcificándose aún más.

—Victoria, hija mía, solo es una manchita. Ven, siéntate con nosotras —dijo antes de echarle otro vistazo a su hija. ¡Ay no! Por dios, Lluvia, ¿cómo es posible que te presentes así? Estás llena de barro, los cabellos con espigas de trigo y las manos... ¡ay, las manos! —Y cogiendo a la pequeña del delantal, la arrastró hasta el baño, mientras la aludida hacía una divertida mueca con la cara que hizo reír a las hermanas Quintana.

Las cenas en la gran casona Quintana eran un verdadero placer para los padres. Todos los hermanos se reunían con ellos alrededor de deliciosos y sencillos manjares. Esa noche al calor de un menú repleto de magníficas verduras de la huerta, espárragos verdes aderezados con vinagretas de limón y miel, pimientos rojos asados con cominos y pescado blanco con pequeñas patatas rehogadas en jugosa mantequilla. Las hermanas menores tenían mucho que contar a su padre, Alonso, al que no habían visto en tres días, ya que este se encontraba recluido en el desván de la mansión, terminando su último libro de aventuras.

A sus hijos y esposa les sorprendía muchísimo que ningún miembro de la alta sociedad hubiera descubierto su secreto, y es que nadie en todo el país sabía quién se escondía detrás de Augusto Sancho, notable escritor de la época, según los entendidos en literatura.

—Padre, ¿terminaste la novela?

—Sí, lo hice, pequeña, y he de decirte que estoy satisfecho con ello. Fue llegar al desván y todas las ideas fluyeron en mi mente como por arte de magia. Así que admito, querida, tenías razón —afirmó tomando la mano de su esposa, a la que miró con infinito amor— cuando sugeriste que me subiera a mi refugio a escribir. La casa estaba demasiado revuelta debido a la celebración de tu aniversario. Por cierto —preguntó—, ¿cómo van los preparativos?

—Muy bien, Alonso. Las niñas están colaborando mucho conmigo. Ya está preparado el menú, enviadas las invitaciones y limpiado el salón de baile con esa mezcla especial de ceras de abejas y limón que prepara Marita. También hemos seleccionado los centros de flores que colocaremos en la casa y...

En el centro de la mesa, mientras se llevaba a la boca un delicioso pedazo de tarta de peras en almíbar, Óscar Quintana, el famoso seductor, observaba con profunda y sana envidia cómo su padre miraba a su madre, Valeria, el amor de su vida, con profundo amor y respeto. Él, el hombre por el que la mitad de las damas del país suspiraban, hubiera dado el resto de su vida por poder mirar y ser mirado alguna vez de la misma manera. Y es que sus sentimientos le advertían que, salvo su familia, todavía no había encontrado a una mujer que realmente hubiese querido conocer al verdadero Óscar.

Capítulo 4

El día de la fiesta del cumpleaños de Valeria la casa Quintana aparecía ante sus visitantes con un esplendor poco habitual en semejantes celebraciones. Todos los trabajadores y empleados de la finca se habían esforzado al máximo para que esto fuera así, y la matriarca de la familia resplandecía al calor del brillo de los pendientes de diamantes que su marido le había ofrecido como regalo de cumpleaños. Coqueta, sonreía frente al espejo mientras se colocaba con esmero la magnífica manteleta que su hija mayor le había bordado. Se trataba de una pieza de enorme delicadeza, similar a algunos mantones que había visto durante su viaje por España, llenos de delicadas flores en tonos azulones, exactamente del mismo tono que el vestido de fiesta que llevaba puesto, y de las florecillas que asomaban en los guantes que primorosamente había comprado y envuelto para ella (sobre este último dato, la madre, que bien conocía a sus hijos, tenía serias dudas) su hija pequeña Amelia.

La vida le había sonreído desde el mismo instante en que había conocido a su marido. Su existencia cambió, eliminando la angustia y la soledad por una inmensa dicha llena de personas maravillosas que la hacían feliz, inundando sus días de alegría.

Y feliz había sido hasta el día de hoy, día en el que celebraba su cincuenta cumpleaños rodeada por toda su familia y amigos. Inmensamente satisfecha por su vida, Valeria se puso unas gotas más de la esencia de perfume que su hijo Pablo le había regalado y salió al pasillo, donde la esperaba su flamante esposo, muy elegante vestido de negro y blanco, aún más apuesto, si cabía, con esas canas, que el día en el que se conocieron en medio de otro baile similar al que estaba a punto de celebrarse.

—Estás preciosa cariño —susurró en su oído Alonso, haciéndola temblar de pies a cabeza mientras ella, acalorada, sonreía con picardía

—Alonso, estoy nerviosa, ¿te lo puedes creer?

—No tienes ningún motivo, bueno, uno diría yo, aún no sabes el regalo de Óscar, y puedo asegurarte que te va a sorprender...

—¡Ay, Alonso, no me alteres más aún! Bastante acalorada me encuentro ya. Siento que el corazón se me va a salir del pecho de lo rápido que me late.

—Tranquila, mi vida, todo está organizado. Tus hijos en sus puestos, la comida será excelente, la música maravillosa. Deslumbrarás a tus invitados, y debo añadir que todavía estás más hermosa que el día de nuestra boda. ¿Vamos? —Le ofreció su brazo mientras pensaba que la aparición de Valeria en el salón sería como la de una reina. El vestido azul pavo real que llevaba resaltaba su gran belleza y hacía brillar con enorme fuerza sus enormes ojos claros. A pesar de cumplir cincuenta años, era cierto que se encontraba mejor que nunca. La madurez le había conferido una serenidad que creaba a su alrededor un aura mágica. Tenía clase, pensarían los invitados. Su esposa tenía clase. Siempre la había tenido, incluso cuando era una tímida recién casada que apenas sabía bailar. Invadido por los recuerdos, Alonso Quintana se sintió tremendamente feliz, y mirando hacia arriba, le dio profusamente las gracias a Dios por haberle regalado una vida tan maravillosa.

En otro lado de la casa, en la planta baja, Óscar intentaba mantener la calma junto al ama de llaves, quien también se hallaba tan nerviosa como bella.

—No te preocupes Óscar, todo está preparado. Espero que la sorpresa le guste a tu madre.

—Gracias, Marita, sabía que podía contar con vosotros. Víctor y tú sois geniales.

—Ve a la fiesta, hijo, tus padres deben estar a punto de llegar, y ya sabes que tu madre deseaba que todos estuvierais allí —le recordó Víctor, profesor suyo y de sus hermanos, abriéndole la puerta y empujándole hacia el salón de baile.

—Gracias a los dos, y a... ti individual... —exclamó girándose hacia el bulto naranja que había en el hueco de la escalera— se te va a quedar el cuello agarrotado.

Óscar no lo vio, pero sin duda oyó cómo Lluvia le sacaba la lengua una vez más.

Con paso firme y decidido el mayor de los hermanos Quintana se dirigió hacia el enorme y bien iluminado salón de baile. Al llegar, enseguida divisó a su hermano Pablo, rodeado como siempre de hermosas muchachas, a las que por desgracia para ellas no hacía ningún caso. A la derecha su hermana Lorena mantenía una de sus sutiles expresiones. Siempre tan serena, se mordía suavemente el labio inferior, señal que, aunque para los demás pasaba inadvertida, mostraba su nerviosismo, aunque sospechaba que la siempre impecable Lorena no se encontraba en tal estado por el baile, sino por la asombrosa decisión que sus padres habían tomado con respecto a Amelia. La pequeña de la familia iba a asistir por primera vez en su vida a un baile, al menos hasta una hora determinada, con la excusa de que se trataba del cumpleaños de su madre. La buscó con la mirada y pronto la encontró acomodando la cabeza en el ponche recién servido en el bufé. Preparado para lo peor, Óscar caminó resuelto hasta ella, con la esperanza de que a su traviesa hermana no se le hubiese ocurrido beber demasiado de tan alcohólica bebida, cosa que pudo comprobar en cuanto llegó a su lado.

—¿Probaste ya los canapés de salmón y eneldo, Amelia?

—Riquisimos, de verdad, y los de pato confitado una verdadera delicia. ¿Quieres uno? —sugirió con la boca llena mientras masticaba a dos carrillos el succulento manjar.

—No, gracias, guapa. Oye, bonita —sugirió Óscar con cariño—, no es que yo sea un gran experto en protocolo, pero juraría que no es muy adecuado masticar de esa manera. Por lo menos en medio de una fiesta con tantos invitados. No querrás que piensen que te hemos tenido sin comer un mes, ¿verdad?

Sorprendida en su famosa glotonería, la pequeña de la familia negó con la cabeza, algo que no podía hacer con la boca, pues en ese momento degustaba un nuevo canapé, esta vez de perdiz en escabeche. Con cierto disimulo, se chupó los dedos y se alejó para perderse entre la multitud de invitados.

Más tranquila por la intervención de Óscar, Lorena se acercó con elegancia a su hermano mayor, sonriéndole con verdadera devoción.

—Pero qué guapo estás, hermano. Estaba convencida de que la elección del negro y blanco iba a ser demoledora. Fíjate cómo te miran las damas. ¡Así no hombre, con disimulo! —Y agarrando a Óscar de la manga del traje lo arrastró hasta que pudo apoyarse en una de las impresionantes columnas de mármol que enmarcaban la pista de baile—. Confieso que estos zapatos me están destrozando los pies —admitió con una sonrisa mientras con absoluta discreción se quitaba uno de los zapatos para poner el pie en el frío suelo de madera.

—Mujeres, nunca comprenderé cómo hacéis para aguantar semejante suplicio. Mira, hermana, ahí llegan nuestros padres. ¿qué te parece? —preguntó con interés—, ya maduros y todavía causando sensación.

El matrimonio Quintana acababa de hacer su aparición en el gran salón de baile causando absoluta sensación. Los aplausos de unos quedaban confundidos con los suspiros de algunas de las damas, que no sabían si mirar al patriarca de la familia, apuesto como pocos en su madurez, o a la dama, modelo de elegancia y saber estar.

La pareja, tras ser recibida por sus cuatro orgullosos hijos, que se acercaron en tropel a darles la bienvenida, unieron sus cuerpos para bailar la primera pieza del baile, inaugurándolo, mientras el resto de parejas esperaba la típica señal que hacían los anfitriones con las manos y que los animaba a unirse a la danza.

Pronto casi todos los invitados se encontraron bailando. Cientos de volantes y encajes se movían al son de la música, mientras los gallardos y bien vestidos caballeros hacían girar a las damas con sumo cuidado.

El baile, todo un éxito según palabras de Amelia, estaba en pleno apogeo. Ella se conformaba con dar buena cuenta a todos los canapés y pastelillos de la fiesta, sin importarle no bailar ninguna pieza. Lamentándolo mucho, no se encontraba en condiciones óptimas para moverse. Glotonería y movimiento eran incompatibles.

Los invitados parecían disfrutar del momento. Habían asistido todos aquellos a los que les fue mandada la invitación, y es que cualquier evento organizado por la familia Quintana era todo un acontecimiento lleno de glamour, exquisitez y sorpresas.

—Damas y caballeros —anunció el mayordomo en el momento en que dejó de sonar la música tocada por una maravillosa selección de piano y violines—, ruego presten atención —golpeó de nuevo con el bastón—. Por favor, sean tan amables de despejar la pista de baile un momento. El señor Quintana va a darle el regalo de cumpleaños a su querida madre.

—Madre —Óscar apareció triunfante, no sin cierto apuro por el exceso de atención—. Por favor, sitúate en el centro del salón.

Valeria, emocionada a la par que intrigada, ya que aún no había podido controlar las palpitaciones de su desbocado corazón, hizo caso a su hijo y cogiendo las manos que Óscar le tendía, se posicionó en el lugar que indicado. Con expectación y radiante sonrisa miró con verdadera devoción a su primogénito, quien estiraba con disimulo y nerviosismo el lazo negro que llevaba prendido en el cuello.

—Madre, mis hermanos y yo deseamos felicitarla en sus cumpleaños —Óscar y el resto de sus hijos se dirigían a sus padres tratándolos de usted cuando se encontraban en actos de la alta sociedad, mientras que en la intimidad familiar los tuteaban mostrando sin embargo el mismo respeto en sus palabras—, y yo en concreto deseo con todas mis fuerzas —respiró nervioso frotando suavemente su mentón con la enguantada mano—, me satisface y enorgullece comunicarle que...

—¡Su hijo Óscar y yo, señora, vamos a casarnos y a ser padres! —gritó una voz femenina desde la puerta del salón de baile.

Al principio y a pesar del sobresalto que causó semejante anuncio, ninguno de los presentes fue capaz de moverse, pero la desfachatez de la dama que acababa de hablar y que ya se abría paso entre la multitud hizo reaccionar a algunos de los presentes.

—Sí, señores y señoras, han escuchado bien. El señor Quintana y yo vamos a contraer matrimonio lo más pronto posible, ¿verdad, querido? —exclamó palmeando su abdomen con suavidad mientras miraba con absoluta tranquilidad a un Óscar furioso y desencajado.

—Condesa —masculló bastante ofendido—, ¿quiere hacer el favor de acompañarme fuera de la sala? —masculló acercándose a ella. Disgustado, la cogió con fuerza por el codo, intentando parecer lo más relajado posible.

Martina se dejó arrastrar con aparente docilidad unos pasos antes de soltarse de la mano que apresaba su brazo. Aún tenía una última puntilla que lanzar.

—Querido —volvió a hablar en voz alta, mirando a Óscar con una falsa sonrisa de felicidad—, permíteme antes felicitar a mi futura suegra por tan dichoso acontecimiento...

Y dicho esto se dirigió con velocidad hacia una Valeria que permanecía inerte en medio del salón.

Todas las miradas se posaron en ella. Estaba paralizada, desbordada en medio de la pista de baile. Con la mirada fija en su primogénito, apenas pestañeaba. Los esbeltos hombros que hasta ahora se habían mantenido bien erguidos, ahora se mostraban decaídos, y el brillo de su mirada había sido sustituido por una tristeza infinita.

—Querida suegra —murmuró Martina en un elevado tono de voz, tan alto como para ser escuchada por todos los presentes—, le deseo felicidad por su aniversario, y la felicito a su vez, pues pronto va a convertirse en abuela...

Todos los ojos se posaron en Valeria...

Y Valeria, se desplomó.

Nadie supo qué sucedió a continuación. Un grito de angustia procedente de la garganta de Alonso, y miles de pasos corriendo hacia Valeria. No ocurrió nada más. El tiempo se quebró, y Valeria no reaccionó.

La trasladaron con prontitud y desespero a su alcoba. Alonso no dejó que nadie se acercara a ella y se empeñó en ser él mismo el que la subiera los dos largos tramos de escalera en brazos, ayudado tan solo por Pablo, quien le abría camino entre los centenares de ojos que les observaban.

Lorena, la moderada, la señorita educada, se dedicó a pedir entre gritos que por favor y que sintiéndolo mucho abandonaran el baile. Agradecido uno a uno la despedida de los invitados y mostró su lado más diplomático al aguantar de forma ininterrumpida durante una hora y media los comentarios maliciosos de alguna matrona chismosa que intentaba averiguar qué había sucedido en realidad.

En el salón de baile, al final, solo quedaron tres personas: Óscar y Martina en el centro y Amelia, en una esquina, durmiendo a pierna suelta en uno de los sillones que se habían dispuesto para las invitadas más ancianas, ajena a todo ocurrido.

La sonrisa de Martina, helada, irónica y tan prepotente que asustaba, contrastaba con la furia que reflejaba el rostro de Óscar.

—Imagino que te sientes satisfecha, Martina. Si hasta has estrenado vestido, ¿me equivoco? La observó con frío desdén de arriba abajo.

—No, querido, no te equivocas. La ocasión lo requería, ¿no eras tú el que decía que nadie como yo lucía este maravilloso tono naranja?

—Martina, eres una furcia. Una verdadera ramera. Acabas de arruinar lo que quedaba de tu ya dañada reputación, y lo que todavía es peor, acabas de arruinarle el cumpleaños a mi madre. Reza a Dios para que este desmayo haya sido solo causado por la impresión. Dime, ¿qué eres lo que pretendes?

—¿Pretender? Nada querido. Solo quería que mi hijo, nuestro hijo, conociera a su familia paterna —bromeó acariciando una vez más su fino vientre embutido en un corpiño naranja.

—¿Hijo? Venga, Martina, no seas cinica.

—Cínica o no, después de este escándalo tendrás que casarte conmigo —aseguró triunfante, dejando ver unos perfectos dientes blancos.

—Jamás me casaré contigo, Martina, jamás. No eres más que una perra en celo obsesionada por alcanzar un puesto en la alta sociedad, y ... —le dio la espalda para que no viera la cara de asco que le dedicaba— no te das cuenta de que con tu escandalosa decisión acabas de hundirte en el pozo más profundo.

—No creo, querido, no opino lo mismo que tú. —Sonrió de nuevo—. Tu familia es una de las más importantes del país. Tu hermano y tú sois los mejores partidos de la temporada, y de sobra es bien conocida la devoción que sentís los unos por otros. Tu familia no tiene más remedio que aceptarme en su seno, y yo seré lo que toda mi vida he deseado: una dama respetada por su posición social y su dinero, algo que no tuve cuando me casé engañada con mi decrepito y difunto esposo, el conde.

—Lamento interrumpir la conversación, hermano —se disculpó Pablo alterado, entrando en el vacío salón de baile. Se te requiere arriba. Madre no reacciona. Hemos llamado al doctor y padre está muy nervioso.

—Encárgate de ella —pidió Óscar antes de salir corriendo de la sala sin mirarla si siquiera.

Mientras Pablo invitaba «con educación» a Martina La Vall a abandonar la casa Quintana, Óscar corría desesperado en busca del médico que atendía a su madre. Subió los escalones forrados de alfombras azules, el color favorito de su madre, de dos en dos, y en un suspiro alcanzó la puerta cerrada de la habitación de Valeria.

—Papá, ¿puedo entrar? —llamó con precaución, acariciando la puerta con los nudillos en lugar de golpearla.

—No, Óscar, baja a la biblioteca —ordenó su padre en un tono frío y seco nunca antes escuchado por ninguno de sus hijos—. Espérame allí.

—Pero... ¿cómo se encuentra madre?

—¡Fuera! ¡Te he dicho que esperes en la biblioteca! —bramó sacándole de la habitación con brusquedad.

Óscar permaneció unos segundos más estupefacto y nervioso, pasmado delante del quicio de la puerta. Un intenso sudor frío comenzó a secarle la garganta. Algo muy grave debía estar pasando en esa habitación para que su padre reaccionara de esa forma. Bajó la escalera totalmente angustiado y esperó los largos minutos que se sucedieron uno detrás de otro sentado en el mismo sillón donde unos días antes reposaba Lluvia descalza mientras leía cuentos infantiles.

Un viento helado le cruzó la cara cuando Alonso Quintana, su padre, abrió de golpe la puerta maciza de roble de la biblioteca. Lo miró, y el odio que pudo leer en sus ojos paralizó su corazón. Hubiera jurado que este dejó de latir.

—Padre...

—Siéntate —le invitó mientras se acomodaba en la butaca que se escondía debajo de la mesa del despacho color caoba—. Quiero que escuches bien lo tengo que decirte.

—Padre..., ¿mamá?

—Eso no es algo de lo que debas ya preocuparte —contestó con rabia el padre, mientras sus ojos se inundaban de lágrimas—. Óscar, quiero que, y oyeme bien, recojas tus pertenencias en una hora y abandones la mansión en ese plazo de tiempo. No quiero volver a verte en lo que me queda de vida. —El patriarca Quintana se levantó—. A partir de esta noche no soy tu padre y... —suspiró— me importa muy poco lo que te suceda. En este cajón hay un sobre con cierta cantidad de dinero. Espero que tú y tu ramera seáis muy felices y que no pese en vuestra conciencia el haberle destruido la vida a tu madre y al resto de la familia. Bonito regalo el tuyo... —masculló.

—Padre, yo no sabía nada de lo que iba a ocurrir. Lo lamento. —Óscar intentó acercarse a su padre—. ¿Cuándo he fallado yo a la familia? Sois lo único importante de mi vida...

—¿Lo único importante? —gritó su padre a tan solo dos centímetros de la cara de Óscar, cogiéndolo por las solapas del traje—. Tu madre... tu madre está... —Y llorando Alonso quiso salir de la biblioteca, cosa que no pudo hacer porque su hijo se aferró con fuerza a su espalda.

—Padre, déjame verla —suplicó Óscar tembloroso y más asustado de lo que había estado en su vida.

—Ya nada puedes hacer por ella. ¡Márchate! —ordenó Alonso con tristeza mirándolo a los ojos por primera vez en toda la conversación—. Vete. ¡Ya arruinaste esta familia! —concluyó, marchándose con pesados pasos hacia el piso de arriba.

Óscar se quedó durante unos minutos completamente solo y aterrado en la biblioteca. No entendía bien qué era lo que acababa de pasar. Hacía tan solo tres horas toda la familia bailaba feliz y celebraba el cumpleaños de Valeria, y ahora... ella estaba... ¿muerta? ¿Su madre estaba muerta? ¿Le había dicho eso su padre? Su padre... acababa de echarlo de la casa, de la familia. Él, a él.

Sin hacer caso de las palabras de Alonso salió precipitadamente de la habitación y volvió a subir las escaleras que separaban la biblioteca del cuarto de su madre. En el trayecto fue encontrándose con personal del servicio, que lloraba silenciosamente con respeto. Pasó por delante de los aposentos de sus hermanas y las encontró ahí a las dos con la mirada perdida y vacía. Amelia había sido despertada y conducida hasta allí por Pablo, quien observaba el amanecer con ojos vacíos. Ninguno de los tres fue consciente de la presencia de Óscar.

El doctor salía en ese momento de visitar a su madre, y Óscar se acercó a él con cautela.

—Doctor...

—¿Que acabo de explicarte y ordenarte en la biblioteca? ¡Fuera de mi casa!

—Pero... padre...

No hizo falta que nadie repitiera las palabras, le bastó con ver odio en la mirada de su padre. Óscar dio media vuelta, y ante el estupor de sus hermanos, que se habían asomado al quicio de la puerta de la habitación donde se encontraban, el primogénito comenzó a bajar despacio la escalera sin que nadie tuviera el valor de seguirlo.

Recogió la chaqueta que le ofreció un apesadumbrado Víctor y, tras abrazar a Marita, que parecía no comprender nada, salió definitivamente de la mansión Quintana, su hogar durante veintiocho años.

Solo volvió la cabeza una vez para contemplar la casa, y en lugar de mirarla, el único recuerdo que se grabó en su mente de aquel día fatídico fue la sucia cara de una Lluvia llorosa que movía la mano en señal de despedida pegada al cristal del gran ventanal de la biblioteca.

Capítulo 5

Óscar pasó la noche mojándose en medio de la calle. Sentado en un banco del Olmedar, fue incapaz de caminar hasta un sitio seco y cómodo. No se dio cuenta ni siquiera de que llovía. Su madre había fallecido, y había sido culpa suya. Lo que pasara con el resto de su vida le traía sin cuidado, es más, esperaba desaparecer. Intentó con todas sus fuerzas acabar con la agonía que lo embargaba, pero no lo consiguió. Todo su mundo acababa de desaparecer en un solo instante. Lo que pasara con él le importaba un soberano comino. Al principio solo quería morir, pero tras la forzada meditación nocturna, justo al amanecer, decidió que lo que quería era matar a Martina o, mejor aún, hacer de la vida de los dos un verdadero infierno.

Esta se encontraba enfundada en un camisón de seda fucsia durmiendo plácidamente en su cama de doseles dorados. Soñaba con una boda por todo lo alto, en la catedral, rodeada de cientos de famosos aristócratas rendidos a sus pies alabando su éxito, por eso no le gustó nada encontrarse con un Óscar en esas condiciones.

Furioso, mojado y enloquecido apareció en su casa a las siete de la mañana, sin previo aviso y golpeando la puerta de su cuarto como si fuera un vulgar pordiosero.

Se miraron durante dos largos segundos, justo el tiempo que él necesitó para ordenar el odio que le impedía hablar:

—Mi madre ha muerto —anunció con ira—. Por tu culpa—. Se sentó mojando el fino algodón de las sábanas.—Y por la mía también. Estarás contenta. Has conseguido lo que deseabas. Entre los dos la hemos matado.

Martina se quedó muda ante semejante revelación.

—Créeme, Óscar, no era esa mi intención. Lo lamento. Yo solo quería...

—Sí, un apellido, un brillo, un hombre. A mí. Un padre para tu supuesto... hijo. Pues bien, eso vas a tener. Prepara tus cosas. Nos casamos de inmediato.

—Oh, querido —se levantó de un salto emocionada—, ¿de veras?

—¿No es eso lo que buscabas? —La miró de reojo. En esos momentos parecía una cualquiera. Su madre muerta, y esa fucsia vestida de seda.

—Sí, querido, deseaba ser tu esposa pero, ¿no te parece un poco precipitado? Al fin y al cabo, acaba de dejarnos tu amada madre —musitó Martina entre mentirosos pestañeos afectados.

A Óscar le crujió el alma...

—Debido al fallecimiento de mi madre —se tragó las lágrimas— prefiero, no, deseo una boda íntima y rápida. Ya he obtenido la licencia especial, así que... —se levantó de la cama— hoy es el día de tu boda. Vístete y procura parecer una dama. Solo te pido eso. Y ahora te dejo para que te arregles. Cuando estés dispuesta me avisas. Te espero en la sala de recibio.

—Y tú... ¿va a casarte vestido así? —preguntó mirándole fijamente, pues era todo un espectáculo ver cómo el agua chorreaba por el bajo de sus pantalones dejando un charco en el suelo.

—Tardarás tanto, querida —fingió—, que cuando bajes, tu mayordomo ya habrá secado y alisado mi ropa. No te apures, estaré muy presentable. —Y tras decir esto se marchó despacio como si en realidad no tuviera ninguna prisa en llegar a ninguna parte en concreto.

A las doce de la mañana la antes condesa viuda, Martina La Vall, sonreía convertida en la señora Quintana. A las doce y cinco se llevó el chasco más grande de su vida, ya que Óscar le contó que había sido expulsado de su familia. A las doce y diez quiso anular el matrimonio porque Óscar pretendía llevársela al norte del país, y finalmente a las doce y cuarto, entre lágrimas de desesperación, le confesó una verdad que Quintana sospechaba: no estaba embarazada, no lo había estado nunca. De nada le sirvió su tardía sinceridad. A las doce y veinte viajaba en un carruaje de alquiler destartado mientras masticaba su menú de bodas, muy alejado del que siempre planeó: un desabrido bocadillo de queso rancio que Óscar había comprado en una mugrienta posada del camino.

—Seremos felices —se jactó el recién casado deleitándose en la cara de fastidio de Martina.

—¿Tú crees? No sé lo que te propones, pero puedo asegurarte que al menos yo no lo seré. Querido... —le susurró al oído con picardía, —recapita. Ordénale al cochero que vuelva a poner este mugriento coche en el camino de la ciudad y vivamos por lo menos en mi casa.

—Se te olvida, querida mía —Óscar remarcó bien estas últimas palabras—, que yo pagaba tu casa, así que desde que mi familia me repudió oficialmente tras retirarme no solo el saludo, sino también la asignación mensual que recibía tengo que admitir que somos tan pobres como las ratas. Admito que nuestra posición social, de hecho, es peor que la de los roedores —concluyó, intentando no reírse ante la desdibujada cara de espanto de su ya esposa.

—¿Y de qué vamos a vivir?

—De esto —susurró tras mostrarle sus dos manos. Contento por la cara de espanto de Martina, se giró en el carruaje y apoyó la cabeza en una de las tablas que servían para sujetar la sucia cortina del vehículo en la que viajaban. El trayecto fue una verdadera tortura para él. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de su madre vestida con aquel deslumbrante traje de cumpleaños danzaba entre sus atormentados pensamientos, mientras las lágrimas quemaban sus manos. A su lado, Martina, el ser humano al que más odiaba, suspiraba entre sueños sin imaginar las miserias que le aguardaban.

El coche de caballos traqueó por la carretera de piedras durante todo el día y toda la noche siguiente. La incomodidad de los asientos y la dureza del camino no ablandaron a Óscar, el cual se negó a parar en múltiples ocasiones. Su crueldad estaba tan encendida que incluso se rio de Martina cuando esta sugirió que se hospedaran en una de las humildes posadas del camino.

El tiempo fue durante todo el viaje terrible. Hizo viento, nevó e incluso granizó. Parecía que el coche no fuera capaz de avanzar, así que tras un día y una noche enteras de viaje, por fin, un resentido y enfurecido Quintana admitió, no de muy buena gana, detenerse para descansar. Óscar no eligió una posada con servicio, sino una modesta cabaña de madera con muy mala pinta.

Martina, agotada, se negó a protestar. Todavía no parecía haber asumido su suerte, y agotada hasta el extremo de no sentir las piernas, decidió cerrar la boca, por lo menos hasta poder hablar con un mínimo de coherencia.

La casa por dentro era todavía peor que en sus más horribles pesadillas. Era pequeña, poco acogedora, terriblemente húmeda, oscura, fea e inservible. No había cuarto de aseo. La cocina estaba asquerosa y no había espacio para más de dos personas en su interior. Al fondo, un camastro de paja que hacía las veces de cama remataba la espantosa escena.

Martina miró toda aquella decadencia y creyó morir.

Lo único que hacían en la mansión Quintana era rezar. Los médicos no les daban ninguna esperanza. Ya habían visitado a Valeria tres eminentes doctores en Medicina y ninguno de ellos sabía qué era lo que la mantenía en ese estado. No tenía fiebre. Su pulso, a pesar de que durante el primer día había estado muy alterado, ahora ya había recobrado la normalidad. El color de su rostro, aun dentro de la palidez que mostraba, no era alarmante... Todo parecía indicar que Valeria Quintana, simplemente, no quería estar despierta, y eso era muy mal síntoma. Todos los médicos, preocupados, coincidían en que la paciente se encontraba en un estado de coma.

Su esposo no sabía si quería vivir o morir. Morir, porque la vida sin ella no tenía sentido, y vivir, porque Valeria necesitaba todo su amor.

Ya había peleado y discutido con todos y cada uno de los habitantes de la casa.

Con Lorena y Amelia fue muy sencillo. Les gritó en un par de ocasiones, y eso bastó para que estas se encerraran muertas de la pena en sus habitaciones.

Con Pablo le costó un poco más, pero también lo consiguió enseguida. Solo necesitó amenazarlo, después de una agria «conversación», con echarlo de la casona, algo que Pablo en ese momento no podía si quiera llegar a imaginar, pues necesitaba estar lo más cerca posible de sus hermanas y de su madre.

Marita fue la más fácil de convencer de todos. Solo necesitó mirarla una vez con infinita fúria aprovechando que esta le ofreció un café. El resto del personal, doncellas, lacayos... ni se acercaban a él, e intentaban hacer su trabajo lo más silenciosamente posible.

Solo faltaba Víctor, quien se mantenía en un prudente segundo plano como el que está de guardia esperando algo...

Alonso no reaccionaba. Tenía los ojos rojos, inyectados de sangre. Se negaba a salir de la habitación de su mujer, se negaba a comer, se negaba a beber otra cosa que no fuera algún que otro café y licor, se negaba a bañarse, se negaba a hablar... se negaba a vivir. No había nadie capaz de hacer que su actitud cambiara.

Nadie, excepto Lluvia. Y lo hizo de forma totalmente involuntaria.

Durante el tercer día de enfermedad de Valeria, la niña, preocupada por el ambiente que había, y terriblemente entristecida por la ausencia de Óscar, decidió colarse en la habitación de la dueña de la casa con el fin de averiguar por sí misma qué era lo que estaba ocurriendo, ya que ese lugar parecía concentrar la atención de todo el mundo.

Entró caminando con el sigilo de un gato, sin que nadie la oyera. La habitación permanecía en penumbras. Oía a enfermedad, a medicinas y a cerrado. Alonso dormía con la cabeza colgando en un sillón. ¡Estaba tan diferente al Alonso que contaba cuentos! No se había afeitado y estaba muy sucio y despeinado. Todavía vestía el traje de la fiesta, solo que ya no lucía elegante, sino arrugado y estropeado. Pensó en acariciarle la cabeza, igual que él hacía cuando a ella le dolían las muelas. Alonso no se movió ni un poquito.

Esto dio pie a la niña. Se acercó despacio a la enferma y, cogiéndole la mano, la pasó por su rostro con sumo cariño. La señora Valeria siempre la trataba con mucho amor, y la niña la quería de todo corazón.

Lluvia trepó hasta la cama y se acurrucó contra ella. Parecía dormida, pero estaba calentita. La abrazó con todas sus fuerzas y, acercándose a su oído, le susurró una canción de cuna que Valeria les cantaba a ella y a sus hijos.

La melodía de la nana hizo que Alonso se despertara sobresaltado.

—¡Lluvia! ¡Pequeña maleducada! ¡Fuera de este cuarto, mocosa malcriada! ¿Quién te ha dejado entrar? ¿Quién te crees que eres para atormentar a mi esposa? —le gritó, agarrándola muy fuerte del brazo—. ¡Fuera inmediatamente! —Y arastró a la niña con todas sus fuerzas por la habitación, golpeándola con los muebles que se encontraban a su paso.

Los gritos de Alonso y los llantos de Victoria se oyeron por toda la casa, pero cuando la familia llegó a la habitación se llevó una gran sorpresa. Minutos antes de que todos llegaran, Víctor, el sereno profesor, ya lo había hecho.

—¡Quítale a mi hija las manos de encima! ¡Ya! —bramó con fúria.— ¡Suéltala!

—¡La soltaré cuando me dé la gana! —gritó Alonso mientras empujaba a la niña contra la puerta, quien lloraba asustadísima por ver a Alonso en esas condiciones —¡Mocosa mierdosa, fuera de aquí! —Y la soltó de golpe haciéndola caer contra el suelo, cerrando la puerta a continuación.

Víctor se quedó mudo de la indignación y tras comprobar que su adorada hija se encontraba en perfectas condiciones a pesar del llanto, la mandó a buscar a su madre. Respiró hondo y de una patada tiró la puerta de la habitación de Valeria Quintana.

A Alonso no le dio tiempo a reaccionar. Para cuando quiso darse cuenta, Víctor ya lo tenía agarrado por el cuello y se encontró estampado con violencia contra la pared.

—Puedo pasarte muchas cosas, Alonso, ¡pero no pienso consentirte... —masculló con tensa calma el hasta ahora tranquilo profesor— que maltrates a mi hija! —Y tras decir esto le asestó un par de puñetazos.

El golpe dejó medio atontado a Alonso, pero a pesar de ello se levantó con rapidez y se enganchó a su contrincante intentando pegarle, pero el cansancio, la tristeza y la falta de sueño hicieron de él un blanco fácil y acabó en el suelo, con el labio partido y el ojo hinchado.

—A veces se te olvidan los buenos modales, Quintana —masculló el profesor respirando con dificultad por el esfuerzo—, y me toca volver a recordarte quién es el mayor y más fuerte. ¡Vuelve a tocar a mi hija, o a gritar a alguno de los habitantes de esta casa sean familiares tuyos o míos y te saco todos los dientes que tienes en esa boca!

Alonso ni respondió. No podía.

Fue en ese momento cuando llegaron alarmados todos los demás.

Se encontraron una puerta arrancada de cuajo, a un Víctor enfadadísimo y con los nudillos hrojecidos por los golpes propinados, al patriarca de la familia tirado en el suelo con una mano en el ojo, que ya estaba amoratado, y la otra en el labio que sangraba.

Pero lo más sorprendente, presidiendo la estancia, sentada sobre la cama, a Valeria murmurando: « Ya están otra vez, ya están otra vez».

—¡Mami! ¡Te has despertado! —exclamó Amelia felicísima—, ¡Menuda siesta!

Y todos rieron.

A Martina las cosas no le estaban saliendo nada bien. Óscar parecía haber perdido por completo la razón. Allí estaban. Metidos en una casa miserable, en medio de un triste e inmenso bosque que ni siquiera dejaba pasar los rayos de sol. Definitivamente Óscar había perdido la cabeza. Se pasó parte del primer día de viaje revisando todo el equipaje que ella se había llevado. Le rompió todos los vestidos; «nada de esto te hará falta allá donde vamos», y la dejó tan solo con las enaguas y algunas camisas. Ese hombre tan detestable como todo lo que había a su alrededor se había propuesto volverla loca.

Al principio, pensó Martina, la noticia del falso embarazo pareció no importarle, pero a medida que fueron avanzando las horas, la furia de Óscar fue en aumento. Por eso decidió no abrir boca para protestar a pesar del miedo intenso que sentía. No sabía hacia dónde se dirigían, dónde iban a pasar la noche siguiente, de qué iban a vivir y, sobre todo, qué iba a ser de sus vidas. Lo único que tenía claro era que la jugada le había salido fatal. Ella había pensado en algo muy diferente: una vida fabulosa, repleta de fiestas y joyas. Siempre había soñado con pertenecer a la familia Quintana, llena de atractivos hombres y refinadas mujeres.

Decidió fijar sus expectativas en el primogénito, tras muchos meses estudiando a cada uno de sus miembros. Debía confesarse a sí misma que su primer objetivo no había sido Óscar, sino su padre. Alonso era un hombre todavía atractivo, muy atractivo, que representaba todos los ideales aristocráticos que ella buscaba: buena posición social y sobre todo muchísimo dinero que quizás quisiera gastar en una amante.

Sin embargo, no había contado con un pequeño detalle: su esposa Valeria. Tras dos fugaces intentonas de acercamiento, pudo comprobar que Alonso no se despegaba de ella, lo cual hacía muy difícil la conquista. Pronto, decidió cambiar de estrategia y se fijó en el hijo mayor.

Guapo como su padre, era un verdadero partidazo.

Como primogénito, heredaría gran parte del patrimonio familiar, y al no estar casado, podía elevar aún más su punto de mira y tratar de convertirse en su esposa, no en su amante. Por otro lado, dada la fama de libertino y mujeriego que Óscar había atesorado, estaba segura de que iba a ser una conquista muy fácil.

Y así había sido.

Solo le bastó tejer toda una tela de araña a su alrededor. Las mujeres de su clase sabían cómo. A Óscar le daría la impresión de ser él el conquistador cuando en realidad todos los movimientos estaban más que calculados.

Y él, ajeno a toda la maquinación, cayó en la red.

Durante dos meses enteros fue disciplinada, amorosa y tan complaciente como una esclava. No le negó nada en el terreno sexual, y poco a poco fue descubriendo que Óscar no solo era el partidazo que ella pensaba, sino que era un amante excepcional... y eso la enganchó hasta el extremo de trastornarse. Le obsesionaba su cuerpo, su olor, sus músculos, su sexo... por eso casi se murió cuando él decidió dejarla. ¿Cómo se había atrevido?

Nunca se hubiera imaginado que él la abandonaría tan pronto. Sabía que era una gran amante, con lo que no se había planteado jamás esa posibilidad.

Eso hizo que perdiera la razón, y eso también la había llevado al descalabro que estaba viviendo ahora mismo. Si no hubiera sido por su impulsividad, Valeria Quintana no habría muerto, Alonso no habría desheredado a Óscar, ella no estaría metida en esa pocilga y, sobre todo, seguro, le habría dado tiempo a maquinarse otra cosa con la que mantener atrapado al hombre que la volvía loca. ¡Qué necia había sido!

Óscar estaba hecho polvo. Deprimido y angustiado.

Los cambios que se habían producido en su vida eran lamentables.

Ahora estaba casado con la última mujer que hubiera escogido en el mundo. Imbécil.

Su madre había muerto. Desgraciado.

Y él se sentía tan defraudado consigo mismo que no encontraba consuelo de ninguna forma.

Había intentado volcar en Martina toda la responsabilidad, pero en el fondo de su alma sabía que el verdadero culpable era él.

Hasta ahora había llevado una vida sin preocupaciones. Se había limitado a coger todo lo que se ponía a su alcance, y eso incluía placeres de muchas clases y sexo. Los jóvenes de su posición solían hacerlo así. Vivían felices despilarrando, hasta que el primogénito heredaba cuando fallecía el cabeza de familia. Algunos sentaban entonces la cabeza y hacían prosperar el patrimonio familiar.

Otros, en cambio, se veían incapaces de rectificar, y despilarraban la fortuna familiar, llevando incluso a perder todo su dinero y posición.

Él no era diferente a esos especímenes. Llevaba ese tipo de vida llena de placer y lujos. Tan solo se preocupaba de los asuntos relacionados con los huérfanos y niños desprotegidos. Todo lo demás le era dado gratis. ¿Y cuándo había él valorado algo?

La respuesta era fácil: nunca.

Ahora. Se odiaba a sí mismo con más fuerza que nunca.

Se había pasado la mitad del angosto viaje recordando la conversación que tuvo con su madre hacia tan solo unos días, donde ella le hablaba de que ya era hora de pensar en casarse. Él se había reído, y una vez más fue muy hábil escurriendo el bulto. El tiempo restante no pudo ni siquiera pensar. Solo fue capaz de llorar asqueado odiándose con todo su ser.

Jamás podría reparar el daño causado a su familia.

¿Cómo iba a perdonarse? No podría aunque viviera cien años.

Capítulo 6

A Lluvia le costó un poquito asimilar todos los acontecimientos.

A pesar de que se puso muy contenta de corazón porque la señora Valeria se había despertado, todavía continuaba muy asustada por todos los gritos y golpes que el señor Alonso le había propinado. Todos le explicaron que lo sucedido fue consecuencia de la tristeza producida por la enfermedad de su esposa, pero ella no lo veía muy claro.

Alonso Quintana habló en persona con ella, de hecho fue a la única a la que pidió disculpas por su comportamiento, en varias ocasiones asegurándole que lamentaba en el alma lo sucedido, e intentó recompensarla pasando el mayor tiempo posible con ella.

Jugó, contó cuentos, pintó, hizo pasteles, e incluso le compró un caballo a la chiquilla, pero esta, a pesar de que se mostraba amable, no terminaba de sentirse cómoda con él.

Lluvia estaba triste, y nadie en esa casa fue capaz de averiguar cuál era la causa de esa tristeza.

Bien es cierto que la mayoría de los habitantes de la casona Quintana estuvieron durante los primeros días imbuidos en la constante actividad de cuidar a la señora Valeria, la cual empezaba a estar más que harta de los constantes desvelos de sus familiares.

—Por el amor de Dios, Marita, no deseo más caldo templado. Gracias, Víctor, en estos momentos no me apetece leer más. Lorena, hija, si sigues cortando flores del jardín para ponerlas en mi cuarto lo vas a dejar pelado. Amelia, corazón, cállate un ratito, uno pequeñito. ¡Necesito descansar!

Valeria pensaba que el comportamiento de sus familiares era muy extraño. Nadie le había comentado nada acerca del inesperado final de su fiesta de cumpleaños, y lo más raro todavía, su hijo Óscar no había ido a verla.

Al principio pensó que era porque estaba todavía débil por la enfermedad, pero al tercer día de convalecencia, cuando ya se encontraba muchísimo mejor, tanto que incluso podía caminar por la habitación y permanecer sentada en una butaca, comenzó a preocuparse de verdad. Resolvió que en cuanto su marido atravesara la puerta sacaría el tema a colación. Y así lo hizo.

—Alonso, ¿estuvimos en la misma fiesta de cumpleaños? —le preguntó a su esposo.

—Claro, querida —contestó Alonso sin levantar la vista del diario que leía.

—¿Estás seguro?

—Sí, ¿por? —continuó leyendo.

—¿Viste y oíste lo mismo que yo?

—¿Por qué me preguntas eso, Valeria? —La miró de reojo por encima de las lentes.

—¿Fue mi imaginación o una mujer irrumpió en mi fiesta diciendo que iba a casarse con Óscar y que iba a tener un hijo suyo? —preguntó de golpe, Valeria enojada por la actitud de su esposo.

—Valeria... —Alonso no supo qué decir.

—¿Pasó eso o no?

—Bueno... querida... Sí, yo diría que sí.

—¿Dirías que sí? ¿Y no tienes nada que decirme al respecto? Supongo que todo aquello tendrá consecuencias... ¿me equivoco?

—No, no lo haces —dijo Alonso sujetándose la cabeza con las dos manos a la altura de la rodilla—. Valeria, querida...

—Alonso, ¿dónde está Óscar?

—Se fue.

—¿Se fue?

—Lo eché de casa —susurró despacio, como si no quisiera admitirlo.

—¿Qué tú hiciste qué? —gritó Valeria levantándose de un salto de la butaca, gesto que hizo que se tambaleara, algo que solucionó agarrándose al pomo de la puerta del armario.

Él no supo qué contestar.

—Alonso Quintana, ¡dime que tú no has sido capaz de hacer algo semejante!

—Pues...

—¿Dime ahora mismo que no has sido capaz de echar a mi hijo!

Valeria estaba terriblemente alterada y muy enfadada con su marido.

—Querida... —intentó explicarse.

—¡No me llames querida! ¿Se puede saber dónde está mi hijo?

A un avergonzado Alonso le costó muchísimo admitir que, a pesar de que lo había buscado por toda la ciudad, no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba su primogénito.

Valeria tuvo que escuchar un relato en el que Alonso afirmaba que preso de la furia y del miedo por su desvanecimiento, creyendo que ella iba a fallecer, se sintió tan trastornado que en un arranque de violencia se volvió loco y lo echó de casa.

—Alonso —dijo ella intentando respirar—, jamás pensé que pudieras hacer algo semejante. No te reconozco.

—Te recuerdo que las andanzas de tu hijo te llevaron casi a la muerte, ¿qué querías que hiciera? —se defendió como pudo, aunque ni él mismo estaba de acuerdo con su actuación.

—Supongo que hubiera esperado de ti comprensión, apoyo y auxilio. Me siento, —Valeria comenzó a llorar— Alonso, me siento muy decepcionada.

—No llores, Dios bendito. —E intentó abrazarla, algo que ella no permitió.

—Ni se te ocurra —le habló con rencor—. No apoyo tu decisión. Quiero a mi hijo en casa—. Y lloró, hasta que el ama de llaves, avisada del ataque de nervios de su señora, le preparó un té de azahar y tila para tranquilizarla, infusión que consiguió hacerla dormir, no sin antes tener una conversación privada con Pablo.

El olor a pipa que salía de la biblioteca avisó a este, que pasaba por allí, de la presencia de su padre. Llamó a la puerta, pero al no recibir respuesta entró sin más. Encontró a Alonso de espaldas a la mesa, asomado al gran ventanal.

—¿Padre? Deseo hablar contigo —dijo en tono alto, claro y enérgico, muy diferente al que solía emplear Pablo, quien era conocido por su buen carácter.

—Tú dirás. —Alonso, muy enfadado, no movió ni un solo dedo, y es que desde el baile ninguno de sus hijos le dirigía la palabra.

—Padre, quiero que sepas que, a petición de mi madre, de mis hermanas y también por mi mismo he decidido buscar a mi Óscar para traerlo de regreso adonde tiene que estar, su casa.

—Te lo prohíbo terminantemente. Como cabeza de familia no te doy permiso —dijo el padre con un amenazante tono de voz, sin moverse aún.

—¿Y qué vas a hacer, desheredarme a mí también?

—Sí, si es necesario... —amenazó el padre orgulloso aún.

—No vine a preguntar tu opinión. Vine a informarte. Es decisión tomada —continuó Pablo entornando con rabia los ojos—. Si quieres... —anunció con vehemencia—, puedes desheredarme a mí también. Luego puedes seguir con Lorena y más tarde con Amelia. Nuestro deber es buscar a Óscar. Madre así lo desea y yo voy a cumplir sus deseos.

—¿Eso es todo? —murmuró furioso Alonso ante la seguridad de su hijo.

—Sí.

—Pues retírate ya.

—Buenos días tenga, padre.

—Buenos días.

Y Pablo se marchó muy enfadado de la biblioteca. No comprendía la metamorfosis obrada en su padre. ¿Cómo había cambiado tanto en tan poco tiempo?

Lo que Pablo no sabía fue que en cuanto Alonso oyó el clic de la puerta susurró, muy despacio, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ojalá lo encuentres, Pablo, ojalá lo traigas de vuelta a casa.

Óscar sabía que había llegado al fin del mundo después de un horrible viaje de varios días. Ese sería un buen lugar para vivir. El quinto abismo.

Como aristócrata, poseía algunas tierras en diferentes lugares del país. Estas iban ligadas a generosas rentas anuales que hacían de él un rico terrateniente con fortuna personal.

Martina, su esposa, pensó con evidente asco, jamás llegaría siquiera a imaginarse semejante noticia. Si la avaricia había podido con las más básicas normas morales, su vida a partir de ahora iba a ser un verdadero infierno.

Curioso, pensó, cuántas veces había evocado la palabra infierno desde el baile.

Cuando Martina vio su nuevo hogar por primera vez, creyó morirse. A los cinco minutos se desmayó, y esta vez no fue fingido. La casa, o mejor dicho, la choza mugrienta, con techo de madera y paja, pintada de color marrón claro, pero muy sucio, era miserable, pequeña, fea, pobre y absolutamente deprimente, peor aún que una de aquellas chabolas que ella había visto en las afueras de la ciudad. Solo tenía una chimenea a modo de fogón, unas sillas tan destantaladas como la mesa y el sillón, una alfombra de paja entretejida llena de manchas y una habitación pequeña, asfixiante, opresiva como una celda, con dos colchones rellenos de plumas tan sucias y viejas como todo lo que se encontraba debajo de aquel techo lleno de goteras.

—Imagino, esposa, que nos saltaremos el ritual de hacerte traspasar en brazos el umbral de la puerta de tu nueva casa —murmuró Óscar irónico.

—Puedes ahorrarte el detalle —replicó Martina, demasiado agotada para discutir—. En estos momentos, tan solo deseo dormir. —Pensó en voz alta—. Mañana ya averiguaré cómo volver a casa...

Capítulo 7

Tres años después, Martina seguía pensando.

Poco o nada quedaba de la dama con ínfulas aristocráticas que había sido casada a la fuerza a la edad de 17 años con un anciano conde, del cual heredó tan solo el título, ya que estaba tan arruinado como un viejo castillo.

Poco quedaba de la belleza deslumbrante que tanto la ayudó a amontonar amantes tras enviudar. Su atractivo sexual, ese que había embaucado a todo tipo de hombres, no era más que una sombra, y esa belleza había mermado tanto que ni siquiera se reconocía ante un espejo. Sus ojos habían perdido el brillo pícaro. Sus cabellos, rubios como los rayos del sol, se habían vuelto pajizos y tan ásperos que nunca más volverían a recuperar ese color del que tan orgullosa estaba.

Sus manos cuidadas, llenas de uñas pulidas y resplandecientes, se habían agrietado, encallado y estropeado hasta parecer, no, hasta ser, las de una campesina.

En esos años, el odio inicial que había sentido hacia Óscar se había convertido en un profundo y arraigado rencor.

Llevaban años sin dirigirse la palabra, situación que empeoró cuando descubrió al poco tiempo de llegar a la casucha que iba a tener que trabajar la tierra, cuidar de los miserables y malolientes animales que paseaban libremente por el pañuelo de tierra que poseían, y ser una labriega vulgar.

Óscar se negaba a darle cualquier explicación que ella le exigiese, y desde luego nunca más volvió a besarla, tocarla, acariciarla y mucho menos a tratarla como una mujer.

Lo que más indignaba a Martina era la forma en que esa pesadilla había comenzado. No asumía que en realidad había sido culpa suya al mentir, así que desvinculándose de cualquier responsabilidad, acusaba a su marido de todas sus desgracias.

¿Cómo era posible que ella, la gran belleza deslumbrante por la que todos los hombres se volvían locos, hubiera llegado a semejante situación?

Se miró una vez más las estropeadas manos y reñunando volvió sus ojos y su energía hacia el campo de nabos que tenía delante de su ya no tan hermosa nariz, pensando en el asqueroso revolcón que había tenido con el herrero el día anterior.

Asqueroso, pero sexo al fin y al cabo.

Desde el otro lado del campo, Óscar Quintana labraba la tierra.

Durante los tres años que llevaba viviendo allí había trabajado duro y con ahínco. Cada día más duro. Cada día más. Como queriendo exorcizar sus demonios. Todavía por las noches sufría pesadillas y se levantaba al alba, a veces incluso antes, para ponerse a trabajar, pensando así que todos los demonios nocturnos desaparecerían, pero estos no hacían más que incrementarse hasta que caía agotado por el esfuerzo.

En tantos meses, tanto su mente como su cuerpo habían sufrido importantes cambios. Su mente, atormentada, no había vuelto a sonreír, y su cuerpo, antes atlético y en forma, se había transformado en una mole de músculos que se movían sin piedad cuando trabajaba.

Durante todo ese tiempo se había sentido tremendamente solo, tremendamente culpable, tremendamente abandonado y tremendamente infeliz.

Su mujer nunca había intentado si quiera aproximarse a él, y con sinceridad, eso era algo que en secreto agradecía.

Al principio sintió por ella un asco insoportable y agudo, pero tras el paso de los días comenzó a sentir una intensa piedad, así que dejó de atormentarla. Parecía que Martina se hubiera resignado a ese estilo de vida aunque, desde luego, eso eran solo apariencias...

Cuando llegaron al lugar, su esposa había intentado manipularlo por medio del sexo para que recapacitase y volvieran a la ciudad, pero como no le había servido de nada, también decidió no hablarle.

Era un acuerdo cómodo para los dos. Cada uno vivía inmerso en sus pensamientos sin molestar al otro.

Óscar no echaba de menos el sexo, pero sí extrañaba el calor de un hogar. Las sonrisas de una familia y los abrazos dados con amor. Pensaba a menudo en su familia. ¡Habrían cambiado tanto! Él mismo lo había hecho. Ya tenía treinta y un años. Su hermano Pablo, uno menos, Lorena veintidós, Amelia veinte, y la pequeña Lluvia, ya tendría casi dieciocho años. Estaba convencido de que a su padre ya se le habría encanecido el cabello, y sabía que pese a la desaparición de su madre, había continuado escribiendo bajo el pseudónimo de Augusto Sancho.

Los libros de su padre eran el único lujo que Óscar se permitía. Con frecuencia viajaba a la ciudad más cercana y buscaba con ahínco una nueva publicación, a la que desmenzaba buscando alguna referencia sobre él.

Nunca la encontró.

—¡Ya vuelves a estar enfascado en esos libros! No logro entender cómo malgastas nuestro dinero en ellos.

Óscar ni siquiera se molestó en mirar a Martina, y tampoco creyó conveniente contestarle, ya que de todas formas ella tampoco sabía que el autor de esos libros era su suegro.

Ese día había estado en la ciudad. Consiguiera vender gran parte de la cosecha de nabos y el resto la cambió por algo de pan, dos relucientes pescados y algo de queso. Con algunas de las monedas obtenidas compró la última novela de su padre y un extra, *El Noticiero*, periódico que llegaba a todos los rincones del país y que nunca había vuelto a leer desde que salió de su casa.

Ahora, ya anochecido, y mientras esperaba la hora de la cena, consistente en un tazón de leche y alguna rebanada de pan con queso, recordó el diario, y no sin cierta nostalgia, dejó apartado el libro de su padre. Leyó:

Los señores Alonso y Valeria Quintana anuncian con agrado el compromiso de su hijo Pablo con la distinguida señorita Lucía Marinel. El enlace tendrá lugar el próximo año en el mes de mayo.

Óscar, que nunca había perdido el conocimiento, cayó desplomado sobre el suelo de madera.

Cuando despertó, Martina lo miraba con una mezcla de asombro y evidente preocupación.

—¡Vaya, ya despiertas! ¿Qué te ocurrió?

Y si antes ya se había quedado estupefacta, ahora, cuando vio a Óscar estallar en carcajadas, cayó de bruces al suelo.

—Martina, querida, ¿no te apetece un trago de vino? ¿No crees que hoy sería un buen día para festejar?

Y sin dar más explicaciones, se dirigió a la pequeña fresquera donde guardaban los alimentos, sacó una botella de vino tinto y procedió a abrirla con rapidez.

Martina no pudo ni siquiera hablar. Se limitó a observar cómo el hombre que tenía enfrente y al que nunca había visto consumir una sola gota de alcohol se bebía de una sola vez todo el contenido de la botella.

Al ver a Óscar tan borracho como un tabernero, tendido encima de la cama y con la raída camisa abierta, a Martina se le encendió una brillante lucecita.

Ayudada por la intensa inconsciencia de su marido, fue desnudándole poco a poco, mientras acariciaba la morena piel.

Cuando terminó de deshacerse de su ropa, comenzó a desvestirse ella misma, embargada por la excitación debido a la visión que tenía delante.

Hacia tanto tiempo que no veía el cuerpo desnudo de Óscar que solo con lo que tenía delante de ella experimentó un fuerte e intenso orgasmo. Esto, lejos de calmar sus impulsos sexuales, no hizo sino aumentar su deseo, y pellizcando sus endurecidos pezones, dirigió todos sus esfuerzos hacia el miembro que, enorme, descansaba. Acercó su boca con entusiasmo, y se entregó por completo a estimularlo. Sonriendo, pronto vio cómo sus esfuerzos empezaban a dar resultado y noto que éste se endurecía dentro de su boca, alcanzando un tamaño descomunal. De reojo, pudo observar que Óscar, en medio de su embriaguez, gemía con fuerza.

Animada por ello, cuando consiguió el tamaño adecuado, Martina se subió al torso de su marido y apoyó su sexo contra la dureza que palpitaba hasta que esta quedó totalmente introducida hasta lo más profundo de su ser.

Y así, sin que Óscar despertara, Martina le cabalgó en la noche sin piedad mientras temblaba de deseo.

La mañana trajo consigo una enorme resaca para ambos. La de Martina por los continuos orgasmos que había experimentado a lo largo de la noche. La de Óscar provocada por el alcohol.

Mas el dolor de cabeza y el ardor de estómago se desvanecieron como por arte de magia cuando descubrió que a su lado yacía desnudo un cuerpo de mujer al que ya había olvidado por completo.

—¡Supongo que habrá una buena explicación! —bramó sacudiendo a su compañera de cama.

Esta se desperezó con delicadeza mientras abría los ojos despacio y con parsimonia. Aún no había conseguido borrar de su rostro la reluciente sonrisa que había experimentado tras correrse como una loca entre los muslos del ser que la miraba ahora con estupefacción.

—Buenos días, querido. Brillante noche. Como en nuestros mejores tiempos. ¿No lo recuerdas? Pues es bien digno de recordar. —Sonrió con picardía.

—No recuerdo nada más allá de estar bebiendo vino... —molesto, Óscar se removió incómodo en la cama.

—¿No recuerdas lo apasionado que te pusiste? Dios, querido... me deseabas con tanto entusiasmo que... incluso fuiste un poco brusco al principio... tantos años sin sexo... ohhh, desde luego no estaba preparada para semejante asalto —músitó apesadumbrada, fingiendo un lloriqueo lleno de pudor.

—Lo lamento, de veras lo lamento —salió a la luz el caballero que siempre había sido, aunque en esta ocasión no estaba muy convencido de la veracidad de los hechos—. Siento si te lastimé, aunque en mi defensa —entrecerró los ojos con desconfianza— debo añadir que, maldita sea, no recuerdo nada —masculló con la lengua pastosa.

—Oh, cielos, no importa..., dejémoslos pasar. Ya está. —Levantándose, Martina desplazó las sábanas mientras se ponía de pie y huía del escenario de los hechos temerosa de que si continuaban hablando de la noche anterior, al final, Óscar, que no era desde luego idiota, iba a averiguar la verdad de lo ocurrido.

Capítulo 8

Dos meses después, y sin haber vuelto a repetir, desde luego, la tórrida escena y sin ni siquiera haber vuelto a hablar sobre ello, Martina le dio la noticia.

—Estoy embarazada. Esta vez estoy segura. No me cabe la menor duda. Óscar, vamos a ser padres. Espero que te agrade la buena nueva.

La noticia ni siquiera le impactó. Más bien la esperaba.

—Bien, Martina —fue lo único que salió de sus labios, y es que le parecía una aberración detestar de esa manera a la mujer que iba a ser la madre de su hijo. El resto de la conversación ni siquiera la escuchó hasta que ella tuvo la desfachatez de comentar muy por lo bajo...

—Si es varón, será el heredero de los Quintana... ¿no sería ya hora de regresar a ocupar nuestro lugar en la sociedad?

—Sí —admitió Óscar—. Quizás lo sea.

Y si Martina lo odiaba, cuando se enteró de la verdad, el odio dio paso al aborrecimiento.

Sin ningún tipo de anestesia y sin darle tiempo a recoger ninguna de sus pertenencias, Óscar la arrastró durante diez largos kilómetros a pie a través del bosque hasta que llegaron a un claro en el que se alzaba una fantástica construcción solariega, más cerca de ser una mansión que una casa de campo.

—Querida, bienvenida a tu nuevo hogar.

Martina La Vall, señora de Quintana, creyó volverse loca de repente.

Notó cómo le subía una furia súbita desde los pies hasta la cabeza cuando por fin comprendió que su odiado esposo había estado engañándola durante tres largos años y medio. La había hecho trabajar como a una pordiosera en la tierra. Había hecho que sus manos se llenaran de callos. Había hecho que lavara a mano las prendas y las sábanas, que restregara con un cepillo los suelos, que limpiara, cocinara, tendiera y labrara. Incluso había permitido que algunas noches no tuviera alimentos que llevarse a la boca. La había hecho creer que eran pobres. ¡Pobres! ¡A ella!

En estos momentos se sentía degradada, humillada, frustrada, enfadada, llena de odio... y con una maquiavélica idea en la cabeza.

—Señor Quintana, ¡qué alegría verlo después de tantos años! —La cara del mayordomo que había abierto la enorme puerta de hierro negro reflejaba exactamente lo que su boca decía.

—Armando —dijo emocionado—, agradezco tus palabras. ¿Todo bien por aquí?

—Perfecto, señor. Los cultivos excelentes, y las caballerizas en perfecto estado. Durante su ausencia, la hacienda ha marchado sobre ruedas. Recibíamos sus instrucciones una vez al mes como es la costumbre. Han sido respetadas al pie de la letra.

—Ejem...

—Ah, sí, Armando, le presento a mi esposa. —La mueca que realizó no pasó desapercibida para el perspicaz mayordomo.

—Encantado señora...

—Quintana, Martina Quintana.

—Señora Martina. Deseo que se encuentre cómoda y feliz en esta casa.

—Sí, ya... Por favor, manda que preparen un baño de agua caliente y aceites de rosa y violeta. Quiero conocer en media hora al ama de llaves. ¡Vamos, Armando, mueve esos pies!

—A la orden, señora, como usted desea. La señorita Antonia estará dispuesta en breve, ahora mismo se halla...

En diez minutos Martina se había hecho con el control de la casa. Ya había decidido cuáles iban a ser sus aposentos, había conocido a la insipida y solterona ama de llaves, había atemorizado a la joven sirvienta a la que había nombrado su doncella, había dispuesto el menú semanal y había hecho llamar a una modista con el fin de encargarle un nuevo vestuario propio de su rango social.

Horas después, sumergida en la humeante bañera de cobre, mientras inhalaba los suaves vapores de los aceites esenciales, maquinaba con calma su venganza.

El mocosco que venía en camino, Dios quisiera que fuera varón, le proporcionaba por un lado una gran baza, pero por otro lado le suponía un gran incordio. Pronto comenzaría a engordar, y la carencia de instinto maternal le hacía insufrible todas las molestias típicas del embarazo. Tenía náuseas todas las mañanas. Se mareaba con frecuencia y era incapaz de retener cualquier alimento dentro de su estómago. Se sentía cansada todo el día, y el color que casi siempre tenía en las mejillas había desaparecido como por arte de magia.

Mas todos aquellos padecimientos tendrían su recompensa cuando el mocosco fuera el heredero de toda la fortuna Quintana, la cual, sospechaba ella tras los últimos acontecimientos, era mucho mayor de lo imaginado en un inicio.

Sonriendo a la luz de las velas se sumergió en el agua, mojando sus cabellos.

En la biblioteca de la casa, Óscar saboreaba un buen vino por primera vez desde hacía muchos años.

Iba a ser padre. Esta vez sí estaba seguro de ello. Había visto cómo ella arrojaba el contenido de su estómago todas las mañanas. No cabía ninguna duda. Iba a ser padre.

A pesar de las circunstancias en las que ese ser iba a nacer, una farsa de matrimonio sin amor y lleno de rencor, a Óscar le hacía ilusión pensar en ello. Ahora tenía un nuevo motivo para vivir, y quizás, la vida le devolviera con el bebé un poco de la alegría que le había sido arrebatada. Por ello, pensó, y por el bien del pequeño, decidió mostrarse más comprensivo y amable con su «querida mujercita».

Animado ante esta nueva perspectiva apuró de un trago su copa y posó suavemente los pies sobre la madera de caoba rojiza del escritorio.

Los meses pasaron volando y la relación entre Martina y Óscar se mantenía en una tensa calma, en la que una protestaba por todo y el otro se esforzaba por no perder la cabeza y la paciencia.

A medida que el final del embarazo se acercaba, Martina se mostraba más insufrible. Había ganado mucho peso, y se sentía torpe e irritable. Nada calmaba su furia interior por todos los problemas que la gestación le acarrea, y en numerosas ocasiones llegó a sentir un verdadero asco hacia el ser que crecía en su interior.

Por fin una noche, cuando la madre se encontraba embarazada de ocho meses, el bebé decidió salir a ver qué tal era el mundo que lo esperaba.

—¡Empuje, señora, empuje! —animaba la comadrona.

Y Martina empujó hasta que consiguió desprenderse del mocosco que la había estado atormentando durante largo tiempo.

Un llanto largo, prolongado y feroz dio la bienvenida al mundo a Sara Quintana.

—¿Una niña?? —fue todo lo que Martina logró decir—. No quiero ni verla.

Y nunca más volvió a mirarla.

Óscar, sin embargo, que esperaba ansioso en el pasillo, sintió una tremenda emoción cuando oyó el estridente llanto.

—Es una niña, señor. Una hermosa niña —y dicho esto, la comadrona le puso en brazos el pequeño paquetito.

Las manos de Óscar, rugosas y duras por el trabajo, temblaron con fuerza cuando cogió por primera vez a su hija.

—Eres hermosa, mi vida. Eres perfecta —dijo acariciando con delicadeza su suave rostro—. Bienvenida al mundo.

Y a partir de ese momento no existió otro motivo por el que vivir.

Mientras Óscar cuidaba con esmero a la pequeña Sara, Martina, llena de frustración, hacía su vida. Poco a poco y con mucho esfuerzo, había logrado devolver a su cuerpo toda la belleza de antaño. Volvía a lucir su piel sedosa. Sus cabellos recuperaron el brillo. Sus manos dejaron de ser las de una pordiosera y su figura recobró toda la sensualidad de antaño. Y a todo esto le sumaba que volvía a estar envuelta en sedas.

La gran cortesana Martina había vuelto. Y desde luego en esa vida no había sitio para un marido indiferente y una mocosa insoportable.

Sarita era un bebé rollizo que, a pesar de haber nacido con tan solo ocho meses de gestación, no mostraba ningún problema de falta de peso. Ya tenía tres meses de vida, y era la alegría de su padre.

La vida de este había cambiado de forma radical. El odio que sintió durante muchos años hacia Martina había desaparecido de repente, sintiendo una profunda indiferencia hacia ella. Por otro lado, le estaba muy agradecido por haberle dado una hija, y con honestidad, desde el mismo instante en que cogió por primera vez a su niña, lo que Martina hiciera con su vida, le importaba un comino. Es por ello que dejaba que esta última se gastara la cantidad de dinero que quisiera en vestidos, perfumes e incluso joyas. Le daba igual que viajara con frecuencia a la ciudad y que pasara allí largos días, haciendo Dios sabía qué, y evidentemente le daban igual también los rumores que relacionaban a «su señora», si es que podía llamarse así, con un acaudalado y ya entrado en años, caballero.

Una de las últimas mañanas del invierno, Martina apareció en el cuarto de la niña mientras Óscar le daba su alimento.

—Querido, tal vez deberíamos hablar.

—Tú dirás.

—Verás, querido, no sé cómo abordar el asunto, pero...

—Te rogaría que no dieras tantas vueltas, Martina. Al grano, por favor, debo darle la leche a la pequeña, algo que sin duda deberías hacer tú de vez en cuando...

—Está bien —respondió enfurecida—. Lo diré sin rodeos. Quiero el divorcio.

Óscar rio.

—No sabes cuántas veces me he preguntado si tendrías el valor de pedir algo así. ¿Qué, tu amante te reclama a tiempo completo?

—¿Estabas enterado de mi relación con...? —murmuró asombrada Martina.

—Sí, lo sabía, y toda la comarca también. Deberías haber sido más discreta. Siempre hay algún alma caritativa que le cuenta esas cosas a un marido. Lo sé desde hace meses.

—¿Y no te ha importado? —replicó, sorprendida por la evidente falta de interés hacia ella.

—En absoluto, querida. Para mí ha supuesto todo un alivio el saber que, digamos, desahogabas tus apetitos con otro... con otro caballero. Esto me ayudó a vencer el miedo a ser violado de nuevo.

—¿También sabías eso? —masculló llena de asco.

—Desde luego. Nunca, por muy ebrio que estuviese, hubiera caído de nuevo en tus garras. Concedido, querida. Por mi parte ya tienes el divorcio. Eres libre para meterte en el lecho de quien desees. Pero, antes de perderte de vista, dime, ¿qué te ha ofrecido tu amante a cambio de este divorcio? —preguntó Óscar con verdadero interés.

—Vamos a casarnos. Nos amamos —manifestó, siendo honesta por primera vez en su vida.

Óscar volvió a reír.

—De veras querida que hoy estás de lo más divertida. ¿Amar tú a un vejstorio de más de cincuenta años? ¡Lástima del incauto que creyó en ti!

—Puedes pensar lo que gustes. Así es. Me voy —continuó diciendo mientras abría la puerta del despacho.

—Buen viaje, Martina, pero... ¿no crees que olvidamos hablar de algo importante?

—¿Importante, dices? —Se giró sobre sus talones sorprendida.

—Sí, de tu hija. Nuestra hija. Evidentemente, la habías olvidado.

—¡Oh, no, querido. Puedes quedártela! Ser su madre no me interesa para nada. —Y tras estallar en carcajadas dejó la estancia, abandonando la casa para siempre unas horas después.

Quintana deambuló inquieto por el jardín durante varias horas.

¿Cómo era posible que aquella mujer se hubiera deshecho de su hija de aquella forma? ¿Dónde estaba su instinto maternal? ¿Le acababa de ceder a la niña para siempre? ¿Podía ser acaso tan afortunado?

No podía creer en su suerte. ¡La odiosa, egoísta, fría, manipuladora, ambiciosa y mala Martina había salido de su vida! ¡Salido de su vida! Sin solicitar nada a cambio. ¡Sin reclamar dinero! Se había llevado todas sus joyas, desde luego, los vestidos, los zapatos e incluso algunas obras de arte de la casa que llevaban varias generaciones en ella, pero le había dejado a su niña, a su hija, a su vida. Se había ido.

Martina había desaparecido para siempre y había renunciado a la mayor joya del mundo. Su Sarita, quien, por cierto, berreaba hambrienta al otro lado del corredor.

El siguiente mes fue uno de los más felices en la vida de Óscar Quintana. La misma tarde del abandono de Martina habló con sus abogados, los cuales comenzaron a tramitar con premura el divorcio. El matrimonio quedaría anulado sin problemas eclesiásticos, ya que ambas partes alegaron haberse visto obligados a contraer matrimonio por «cuestiones de habladurías de sociedad».

En pocas semanas, lo que le unía a Martina La Vall quedó enterrado y olvidado, dejando por fin que Quintana volviera a sentirse un hombre libre y esperanzado.

Sabía por uno de sus abogados que, tras el divorcio, Martina se había casado con su hasta entonces amante. Sus abogados le informaron de que ambos habían abandonado el país rumbo a Francia, donde el caballero poseía algunos viñedos. Allí, ambos comenzarían una nueva vida lejos del escándalo.

En el fondo Quintana se alegró por ella. Ninguno de los dos había conseguido ser feliz en el interminable tiempo que estuvieron juntos. Ahora, cada cual seguiría un camino distinto. La única diferencia era que esta vez él no estaba solo. Tenía a su hija.

Fue mirando a Sara cuando recordó aquella noticia leída en el periódico meses atrás: «Los señores Alonso y Valeria Quintana...».

¡Su madre no había fallecido! ¡Su hermano se casaba en breve! ¡Era el momento de volver a casa!

Capítulo 9

En casa de la familia Quintana había un gran revuelo. La boda de Pablo estaba fijada para dentro de una semana, y los preparativos, daba la sensación, andaban un demasiado retrasados.

Mientras en el salón amarillo Valeria, la madre, y Lorena, la hija mayor, terminaban de escoger con detenimiento los arreglos florales, en las caballerizas, Alonso, el padre, paseaba con su hijo mientras charlaban sobre un tema que era mejor no escuchase la parte femenina más sensible de la familia.

—Así que hijo mío, por fin averiguaste el paradero de tu hermano —musitó con tristeza.

—Sí, papá —asintió Pablo—. Ha estado viviendo unos años en la comarca del norte, cerca de su propiedad agrícola. Por lo que he podido averiguar, ha llevado una vida muy modesta, de campesino, trabajando duro de sol a sol —anunció con tristeza.

—¿Solo? —preguntó el patriarca apesadumbrado.

—No, se casó con La Vall.

—Lástima de muchacho. Si hubiera controlado mi temperamento...

—Padre, según sus abogados, hace poco más de un año se instaló en su casa solariega. Poco después su esposa lo abandonó para casarse de nuevo con un acaudalado señor francés que cultiva vides.

—Hijo, ¿y el primogénito de tu hermano? Ya debe tener cerca de 6 años.

—No hubo ningún hijo, padre. Fue una mentira de la condesa.

—¡Dios, todo el sufrimiento que hemos pasado por una mentira! ¡Una cruel mentira! Si yo hubiera sido capaz de controlarme, de dejar que tu hermano se explicase. Pero, ¡ay!, creí que tu madre estaba muerta. Me dejé llevar por el dolor y la furia.

—Padre, te lo suplico, no llores más. Llevas seis años llorando. Tu corazón se resiente. Cálmate.

Y ambos continuaron cabizbajos paseando despacio por el jardín.

La vida hogareña y apacible de la familia Quintana había dado un vuelco tremendo desde aquel acontecimiento maldito que cambió para siempre sus vidas.

Tras la recuperación de la madre, el matrimonio formado por Valeria y Alonso había sufrido por primera vez en su vida una fuerte crisis que los llevó incluso a vivir separados durante una buena temporada.

Valeria no podía perdonarle a su marido la desaparición de su hijo mayor, y este ya no tenía más energías para defenderse. Poco a poco le abandonaron las ganas de vivir... y casi estuvo a punto de perder la vida.

Un día, mientras caminaba por El Olmedar sufrió un grave ataque al corazón. Cuando Valeria se enteró, corrió a su lado arrepentida y se hizo cargo del enfermo, perdonándolo de todo corazón y dándole gracias a Dios por no haberlo perdido.

A partir de entonces, todo volvió más o menos a la calma habitual, solo que la salud del patriarca no volvió a ser la misma, y la alegría que siempre resplandecía en la casa se había vuelto menos intensa.

Así pasaron un año tras otro.

Ahora, todos, estaban mucho más animados con la inminente boda de Pablo y Lucía Marinel, una bella y rebelde damita.

Oscar caminaba nervioso de lado a lado de la calle, esperando a que su hermano Pablo terminara de gestionar lo que fuera que estaba haciendo en el banco situado en la avenida principal de su ciudad natal. Estaba tardando demasiado.

La Gran Avenida estaba llena de elegantes comercios, cuyos escaparates se hallaban repletos de todo tipo de productos. Había tiendas de ropa y confección, cafés, restaurantes y enormes pastelerías que mostraban verdaderas delicias que hacían la boca agua de todos aquellos que los contemplaban.

—¡Pablo, hermano!

El aludido se giró lentamente, pues había reconocido la voz...

—¡Oscar! ¡Dios, qué alegría verte!

Ambos hermanos se fundieron en un caluroso abrazo que asombró a los viandantes que circulaban a su alrededor. No era habitual que dos caballeros mostraran afecto en medio de la calle.

Con lágrimas en los ojos se miraron, estudiando y buscando en sus rostros las huellas del tiempo.

—¿Cómo estás, hermano? —susurró lleno de emoción Pablo.

—Bien, ahora bien. Abrazame de nuevo, por favor...

Y el fuerte y musculoso caballero rompió a llorar como un chiquillo.

Unas horas después, y mucho más calmados, ambos charlaban animadamente, mientras degustaban una porción de delicioso pastel de chocolate.

—Por ti no han pasado los años, hermano —comentó Oscar con ternura.

—Te hemos estado buscando. Llevo años haciéndolo. Hace poco descubrí dónde vivías.

—En el norte, cerca de mi casa solariega. Pero bueno, no hablemos de mí. ¿Te casas?

—¿Cómo lo averiguaste? Sí, es cierto.

—Hace un año vi una reseña en *El Noticiero*. ¿Un compromiso largo?

—Esa, hermano, es una historia muy, muy larga. ¿Tienes tiempo?

Y así fue como tras horas y horas de conversación ambos hermanos se pusieron al día.

—¿Dónde está mi hija, Dolores? —preguntó Óscar a la vuelta de su conversación con Pablo.

—En el cuarto de los niños, señor. Su doncella está a punto de darle un baño. Sarita derramó toda su comida encima de su vestido nuevo.

Bien, Dolores, yo mismo la bañaré —cuestionó el padre con naturalidad, dejando alucinada, una vez más, a la sirvienta. Era algo impropio de los miembros de la alta sociedad, y mucho menos habitual entre los caballeros, que se ocuparan de sus hijos, pero la servidumbre de la casa ya estaba acostumbrada a los cuidados que el señor propiciaba a la pequeña de la casa.

—¿Tienes algún recado más que darme, Dolores? —preguntó, viendo que la doncella permanecía a su lado.

—Sí, señor, le está esperando su abogado en el despacho.

—Gracias —respondió. Tras el baño de la pequeña, Oscar apuntó sus pasos hacia el despacho, que se hallaba en la planta baja de la casa que había alquilado hacía apenas dos semanas. Se trataba de una construcción sencilla, de dos plantas. Estaba situada en una de las zonas más comerciales de la ciudad.

—Arturo, bienvenido a mi casa. Veo que recibiste mi carta con la nueva dirección. ¿Alguna novedad? —preguntó sin mucho entusiasmo mientras tendía la mano a su abogado, un señor de mediana edad y aspecto interesante que milagrosamente sostenía sus anteojos encima de una minúscula nariz.

—Señor Quintana, un placer verle de nuevo. —Apretó la mano que se le ofrecía—. Sí, tengo una carta de... su exesposa. La dejó en nuestra oficina antes de partir a Francia. Comentó que se la entregáramos después de que ella hubiera viajado.

—Curioso. ¿Se le ofrece algo más?

—No, señor, si me lo permite, me retiraré, la señora sugirió que era muy importante que leyera la misiva en privado, así que, siguiendo instrucciones, le deseo que pase un buen día, señor Quintana.

Y sin dar mayores explicaciones, el abogado abandonó la estancia caminando como un saltamontes.

Óscar se sentó despacio en el sillón de cuero reluciente que se escondía detrás de la bonita mesa de palisandro oscuro que olía a ceras y limón.

No sabía bien por qué, pero sospechaba que el contenido de aquella carta iba a cambiar su vida de algún modo. Martina no era una persona de fiar, y su partida había sido demasiado sencilla para ser cierta.

No sin cierto nerviosismo, rompió el lacre de color burdeos y desplegó aquellas hojas:

Querido exesposo:

Espero que al recibo de la presente te encuentres en perfecto estado de salud.

Sí, no te sorprenda, te lo deseo con toda mi alma. ¿Por qué, te preguntarás? Pues bien, ahí va tu respuesta.

Lo deseo con todas mis fuerzas porque estoy segura de que cuando hayas acabado de leer estas letras habrás fallecido de la rabia.

Verás, querido, esta es mi venganza. Mi bendita venganza por haber sido humillada durante seis largos años. Esta es mi venganza por haberme convertido en una miserable y sucia campesina.

Esta es mi venganza por todos los sufrimientos que he vivido a tu lado.

Querido, ¿no pensarías que iba a dejar las cosas así, verdad? ¡Ah, no sabes lo feliz que me hace este momento! Ni te lo imaginas. A estas alturas, yo me encontraré sentada en mi nueva y magnífica casa, mientras tú sientes que la vida se te hunde... de nuevo. Ja, ja.

Como tú decías, voy a ir al grano.

¿Nunca te cuestionaste por qué tu hija nació a los ocho meses de nuestra única noche de pasión?

Ja, ja, querido, tu hija es en realidad la hija del herrero, con el que me revolcaba cada vez que te marchabas a la ciudad a vender las cosechas.

Tu hija ya estaba en mi vientre aquella noche en la que, ebrio, te hice el amor.

Querido, tu hija no es más que una miserable bastarda.

Ja, ja. Vive tú con eso ahora.

Con mi más profundo desprecio,

Martina

Y si en algo tenía razón Martina era en que la vida se le hundió de golpe.

Capítulo 10

En el despacho ya no quedaba ni una sola gota de alcohol. Óscar se había bebido hasta el agua de las plantas.

Estaba tan borracho que no podía ni mantenerse en pie. ¿Cómo iba a hacerlo si el eje de su vida acababa de romperse en diez mil pedazos?

Su pequeña, su Sara... ¿Cómo pudo creer que era suya?

Tambaleándose y temblando de la rabia se dirigió a grandes zancadas hacia el cuarto de la pequeña, que ajena a todo dormía tranquilamente en su cuna llena de encajes.

En su embriaguez, rezó por no encontrarse con nadie del personal de servicio que hacía poco había contratado. La suerte le siguió. Los pasillos estaban desiertos.

Cuando alcanzó el cuarto de la niña se asomó a la cuna, y la pequeña, quizás reconociendo el olor de su padre, se despertó abriendo sus impresionantes ojos verdes, dedicándole una amplia sonrisa desdentada.

Óscar cogió a la niña con las manos torpes de un borracho y susurró con odio las palabras escritas por Martina: «Tu hija no es más que una miserable bastarda».

Roto por el dolor, abrigó bien a la niña y salió a deambular por las calles.

Sin saber cómo, se encontró delante de la mansión de su familia, y sin saber cómo también, dejó a la pequeña envuelta en una mantita de color rosado en el porche.

Borracho y amargado como estaba, aún se acordó de golpear la puerta con furia para que alguien descubriera «el regalo».

Al oír unos pasos al otro lado de la puerta, Óscar, con la cabeza gacha, echó a correr desesperado por las calles vacías llenas de humedad y silencio.

En la casa Quintana, tras la ventana de la biblioteca, alguien suspiró con tristeza.

Antes de abandonar la ciudad, un Quintana muerto en vida envió una misiva a su hermano Pablo:

Estimado hermano, debido a complicaciones ajenas a mi voluntad, lamento no poder asistir a tu enlace, pues debo viajar con premura a mis tierras del norte. Recibe un cordial abrazo, y todos mis deseos de felicidad.

Firmaba Óscar Quintana.

Había huido. Dejó a la niña con su familia y se había ido. Estaba seguro de que con ellos iba a estar bien. Todavía recordaba la historia de Lluvia.

La niña, Sara, se merecía algo parecido. Ella no tenía la culpa de la desvergüenza de la madre, ni de su propia cobardía. Sabía que no estaba bien, pero en esos momentos solo podía escapar. Escapar de su tristeza y marcharse al vacío. Lejos, muy lejos.

Se dedicó a viajar durante dos largos años. Visitó numerosos países de Europa. Estuvo en Grecia, en Italia, en Rusia, en Austria y Hungría... Llegó incluso a visitar Egipto. En ninguno de esos lugares encontró la calma.

Parecía que un mago cruel le había robado la tranquilidad, la serenidad.

Tardó dos largos años en comprender que la tranquilidad no estaba oculta en ningún lugar del mundo. Tardó dos largos años en comprender que había sido él mismo el que había dejado su tranquilidad en el quicio de una puerta...

Puerta a la que estaba llamando en ese preciso momento.

—Sí, señor, se le ofrec... ¡Señor Óscar! —murmuró el asombrado y ya anciano mayordomo.

—Sam, viejo amigo, serías tan amable de anunciar mi presencia, por favor.

—Desde luego, señor. Permítame decirle que este mayordomo se alegra de tenerle en casa de nuevo —y dicho esto se retiró, tan estirado como siempre. Pronto oyó movimientos en la escalera. Y más pronto aún pudo ver a su madre, vestida de color lavanda, muda en lo alto de la misma.

—Madre...

—Óscar... mi vida.

Ambos se fundieron en un estremecedor abrazo.

Con tanta confusión y griterio, todos los habitantes de la casa aparecieron en tropel.

—Óscar, hermano...

—Eh, ¿no serás tú la pequeña Amelia? Déjame ver, pero si eres ya toda una mujer. ¿Qué edad tienes?

—Veintiuno, casi veintidós.

—Hermanito...

—Lorena, querida... ¿estás embarazada?

—Sí, de cuatro meses. Me casé hace seis... Dios bendito, ¡qué suerte haber decidido visitar a mamá hoy! ¿Has visto, mami, que guapo está?

—Sí, hija, muy apuesto y musculoso. Déjame verte hijo. Oh, ¡qué emocionada estoy! Alonso, Alonso, Amelia, corre, sube al desván y avisa a tu padre. Estoy segura de que no ha oído el ruido desde ahí arriba.

—Sí, lo he oído —bramó un Alonso Quintana con evidentes muestras de haber envejecido y con aspecto de estar agotado.

—Padre... —susurró Óscar mirando con miedo alrededor.

—Hijo mío, ¡ven a mis brazos!

Aún no había acabado de hablar cuando Óscar, de un salto, ya estaba en lo alto de la escalera abrazando con ternura a su padre.

El olor de la cena en el hogar era algo maravilloso.

Las chuletilas de cordero, aderezadas con jugo de limón y un toque de jengibre, abrían el alma y el apetito.

En la casa Quintana se habían esmerado en la preparación de los alimentos que ahora degustaba toda la familia al completo.

Varios deliciosos manjares eran pasados con cuidado de mano en mano, mientras los cubiertos cortaban, untaban, pinchaban y eran llevados a las bocas hambrientas de los animados comensales.

En la mesa, presidiendo, se encontraba el patriarca de la familia. A su lado, una emocionada Valeria, que miraba con amor a todos y cada uno de los presentes.

A un lado, Pablo; su mujer, una menuda pero realmente bella dama; y Amelia, esperaban su turno para servirse los brillantes guisantes bañados en jugo de mantequilla.

A la derecha, Lorena y su esposo, Diego Lozano, un serio hombre de negocios que se deshacía en cuidados hacia ella, cuchicheaban por lo bajo.

En el centro, Óscar, el recién llegado. El hijo pródigo, que por fin había regresado a la familia.

Sí, Valeria había soñado con la felicidad, pero nunca pensó que esta llegaría.

Esa noche durmió muy tranquila.

Cuando Óscar se despertó no sabía dónde estaba. Hacía años que no descansaba de esa forma. Se estiró con fuerza, y respiró. Al hacerlo fue cuando se dio cuenta dónde estaba. ¡Estaba en casa!

La casa Quintana siempre había oído de una forma especial. No sabía describirlo, pero era el olor de su hogar.

Quizás era esa mezcla mágica de cera de abejas, limón y lavanda con la que frotaban el suelo de madera, o quizás era el olor del perfume de su madre o el inmenso jazmín amarillo que crecía desde hacía muchas generaciones en el jardín.

Él no sabía qué era, pero se sentía a gusto allí. Se sentía seguro, y eso, después de todos los sufrimientos que había superado en los últimos años, era algo extraordinario.

Rodó sobre la cama, inhalando el aroma de las sábanas de algodón, y poco a poco volvió a quedarse dormido.

Soñó con su infancia, con los árboles del jardín, con los bollos glaseados del desayuno, con la mermelada de grosellas y frambuesas...

¡Y de pronto, despertó!

¡No había visto a Lluvia! ¡No había visto a la niña!

Se levantó de un salto, se aseó y se vistió con ropa cómoda que encontró en su armario: unos pantalones de montar de color marrón, una camisa blanca y un chaleco oscuro. Se calzó las botas y salió corriendo.

Mientras bajaba las escaleras, una voz muy, muy conocida, le paró en seco:

—Señor Óscar, ¡ay, Dios mío! ¡Qué alegría! ¿De verdad es usted?

—Marita, ¿desde cuándo me llamas de usted? ¿No soy acaso el mismo al que cambiabas los pañales? —habló socarrón—. Vaya, ¡pero si no has cambiado nada en estos años!

—Pero señor, ¿cómo que no he cambiado? Si parezco una vieja ya.

Óscar rio con ganas.

—Tú lo que quieres es que te adule, señorita.

—No, señor, eso no, pero los años no pasan en balde, caballero. Mira, si hasta tú tienes ya alguna cana...

—¿Cana? —Óscar corrió a mirarse al espejo—. Mentirosa...

El ama de llaves gesticulaba divertida.

—Siempre tan presumido —exclamó Marita con una sonrisa pícaro—. Anda, dame un abrazo, cariño.

—Marita, ¡cómo te eché de menos! ¿Cómo está Víctor?

—Bien, como siempre, ya sabes, fuerte, inteligente, guapo, interesante... —comenzó a soñar en voz alta.

—¡Pero bueno! ¡Tantos años casada y aún enamorada de ese viejo cascarrabias! —dijo Óscar, guiñándole un ojo a su querida ama de llaves y, dándole un abrazo, la empujó delicadamente hacia la escalera—.

¿Qué me has preparado hoy de desayuno, Marita? ¿Algo delicioso o esas gachas de avena llenas de pegotes que me hacías cuando estaba enfermo?

Y a Óscar, a pesar de tener más de treinta años, le dieron un coscorrón.

—Pero... ¿por qué has hecho eso, mujer? —gruñó como cuando era pequeño

—Te lo merecías. Mis gachas nunca han sido pegotes, pues sí, señor, eso faltaba. —Fingiéndose estar enfadada, salió por la puerta más cercana, alisándose con fuerza el blanco delantal.

Contento, Óscar se dirigió a la sala de desayuno, atraído por un intenso olor a vainilla y bollos glaseados.

«Quizás me coma dos, o quizás tres y un pastelillo de moras, un zumo de frutas, y un...». No pudo seguir pensando en voz alta, porque al llegar a la habitación donde se servía el desayuno se quedó mudo por el asombro.

Justo en el centro de la sala, al lado del bufé del almuerzo, una joven hermosa le servía el desayuno a una niña de alrededor de tres años. Una niña... ¿Su hija?

Inconscientemente, cerró los puños y notó cómo un nudo le taponaba la garganta. El sudor frío que había sentido tantas veces a lo largo de sus viajes volvía a repetirse. Sintió ganas de huir, de correr, de

escapar, pero notaba que sus pies estaban anclados a las tablas de madera brillante que recubrían el suelo.

—Mami, ¿quién *es este señor*? —preguntó la pequeña, curiosa.

—¿Quién, cariño?—respondió la dama, mientras se giraba despacio.

—Buenos días —saludó Óscar con educación, acercándose a la señorita que lo miraba con fijeza—. No sabía que había invitados en la casa. Soy Óscar Quintana, el hijo mayor de la familia, señora...

—Señorita Victoria, Óscar. ¿Ya no me conoce? —Pestañeó la belleza de mujer en la que se había convertido.

—¡Lluvia! No te reconocí —admitió sorprendido mientras se acercaba para estrecharla en sus brazos.

Ella se echó atrás con frialdad mientras extendía la mano para saludarle con cortesía. Óscar la miró muy sorprendido, pero aceptó la mano que le era tendida.

—Mami, ¿me *daz más* jalea? —gritó la niña desde el otro lado de la mesa.

Lluvia se movió tranquila mientras separaba su mano de la de Óscar y, dirigiéndose a la chiquitina, le habló con dulzura:

—No, cielo, mami cree que ya has comido suficiente —dijo intentando razonar con ella mientras le limpiaba con delicadeza la pegajosa boca—. Vamos, cariño, ya es hora de dar un paseo...

—¿Te has casado, Lluvia? ¿Es tu hija? Pero... ¡si eres tan joven!

—Es la hija de mi esposo. Murió el año pasado —susurró con tristeza—. Pero... mejor no hablemos de estos temas delante de la niña. Señor Quintana, es un placer verle de vuelta. Que pase un buen día. Vamos, cariño. —Y desapareció con la niña, mientras esta última le saludaba con la mano y le sacaba la lengua.

—Lluvia... —se quedó con la palabra en la boca.

Ya no pudo desayunar. Se le había atragantado. ¿Quién era esa niña? ¿No era la que él había dejado aquella noche de hacía dos años? Lluvia la llamaba hija, y la niña mamá. ¿Dónde estaba la niña que él dejó? ¿A quién se lo iba a preguntar? Si lo hacía, todos verían que él había sido capaz de abandonarla, pero, ¿qué le habría pasado a esa niña que él creyó suya una vez? ¿Cómo iba a averiguarlo? Y, por otro lado, Lluvia, Victoria, ¿cómo había cambiado! ¿Qué le había pasado en la vida para perder toda esa alegría? ¿Se casó? ¿Con quién? ¿Por qué?

—¿Sabes que estás hablando solo, en voz alta? —dijo una voz femenina.

—Ah, Amelia. —Se giró Óscar admirado una vez más al comprobar cuánto había crecido la pequeña de la familia en su ausencia—. Me cuesta pensar en ti como una adulta. Buenos días —le dijo acercándose a ella para recibir un sonoro beso en su mejilla aún no afeitada.

—Óscar parece que acabas de ver un fantasma... —habló la copia de él mismo, pero en versión femenina.

—Cariño, no, no he visto ningún fantasma. Solo me encontré con Victoria...

—¿Con Lluvia? Entonces dime, ¿ya ha vuelto de su viaje?

—¿Viaje? —investigó con curiosidad el hermano mayor.

—Sí, cada dos o tres meses realiza un pequeño viaje con su hija para visitar a un médico del este.

—¿Médico, dices?

—Sí, al parecer la pequeña tiene algunos problemas de salud...

—¿Graves? —preguntó inquieto.

—Creo que no, algo relacionado con los bronquios. No sé bien... Es muy cautelosa con los temas relacionados con la niña —concluyó Amelia mientras mordía una manzana.

—Se ha convertido en una dama muy hermosa... —pensó Óscar en voz alta.

—Sí, es bella. No sé, tiene algo especial ¿no? En los últimos años, se ha vuelto muy misteriosa...

—¿Misteriosa? Cuenta. —Desde luego su hermana, era toda una fuente de información.

—Sí —contestó ella con naturalidad—. ¿Has probado ya la jalea de moras? Este año tuvimos muy buena cosecha.

—Tan glotona como siempre... No. Aún no la he probado. ¿Me recomiendas algo más?

—Sí, que si quieres saber más cosas de Lluvia, se las preguntes directamente a ella. ¡Yo no soy ninguna chismosa! —Amelia se puso de pie, no sin antes coger con cada mano una esponjosa y azucarada magdalena. Con el preciado tesoro en las manos, se dispuso a salir, masticando sin reparo el dulce.

—Amelia, una cosa más...

—Dime —gritó la aludida desde la puerta.

—¿Cómo se llama la niña? Y... ¿con quién se casó?

—Se llama Alex, Alejandra... Y su marido: cotilla —y dicho esto desapareció con una de las magdalenas en la boca.

Óscar no pudo desayunar tranquilo. Cuando Amelia se retiró, fue apareciendo el resto de su familia para desayunar, así que sus pensamientos giraron en torno a otras informaciones. Entre todos le hablaron de las cosechas, de las tierras, de la enfermedad de Alonso, de sus novelas, que él confesó haber leído todas, de la boda de Lorena y Diego algunos meses atrás y por sorpresa, de Amelia y su empeño en estudiar Medicina, algo impropio en una mujer de la época, desde luego, de Marita y Víctor, al que aún no había visto, y de mil cosas más.

Tras un desayuno largo e intenso, cada uno de los miembros de la familia Quintana se dirigió a sus quehaceres. La madre, a planificar la casa; y los hombres a dar una vuelta por el inmenso jardín de la mansión.

—Hijo...

—Padre, sé lo que vas a decirme. Ambos cometimos errores en el pasado. No quiero que volvamos a hablar de ello. Recuperemos el tiempo. ¿Te parece?

Y esa fue toda la conversación que mantuvieron sobre el pasado.

Capítulo 11

Al cabo de una semana, Óscar sintió que nunca se había marchado. El tiempo se le había pasado volando. Estuvo ocupadísimo, puesto que sus hermanos casados se empeñaron en invitarlo a cenar varias veces a lo largo de esos siete días, llegando incluso a discutir entre ellos.

La casa de Lorena era un hogar inmenso, tan grande como una de esas bellas mansiones londinenses que había visto en sus numerosos viajes, ideales para perderse y tardar varias horas en salir. Su esposo, un apuesto hombre de estatura mediana y pelo castaño, se dedicaba a los negocios familiares, unas joyerías que entre algunos de sus clientes contaban a la Casa Real. Pero, sin embargo, y pese a la enorme fortuna que seguro poseía, era un hombre muy cercano en su trato. Sencillo, y según pudo comprobar, absoluta e irremediablemente enamorado de su esposa. Ambos se compenetraban a la perfección. Él, hablador y nervioso, que movía las manos sin cesar; y ella, más tímida y tranquila.

A Óscar le cayó muy bien su cuñado. Pronto se hicieron amigos, y más de una vez quedaron para cabalgar por El Olmedar.

En contrapartida, la casa de Pablo y Lucía era más sencilla. Grande también, pero no tan desmesurada. Desde que Óscar se fue, Pablo había cumplido a la perfección con todas las tareas que se suponía debiera haber llevado a cabo el hermano mayor. Se hizo cargo de la finca, de las caballerizas, de las inversiones y hasta de su trabajo en el Consejo de Gobierno. Aquí había alcanzado una gran fama, debido a su arte para negociar y a su enorme capacidad de diálogo. Él solo había logrado convencer a medio país de la necesidad de establecer un sistema educativo para las clases más desfavorecidas. Su hermano, en resumen, se había convertido en un gran político.

Su esposa era una versión en femenino del propio Pablo. Tan batalladora como menuda, era al parecer toda una institución, ya que ella solita logró con su propio esfuerzo ascender desde las clases más desfavorecidas (su madre era la criada de un profesor rural) a la aristocracia, tan solo... estudiando. A sus veinte años era reclamada en las tertulias de los intelectuales más importantes de la ciudad y de medio país. Con las ideas muy claras, dedicaba gran parte de su tiempo a la lucha por el derecho a la educación, pasión que, sin duda, había inculcado a su hermano, vistos sus éxitos en el Consejo.

La pareja aún no tenía hijos, por voluntad propia, según sospechaba Óscar, pero se mostraba muy compenetrada y enamorada.

El resto de la semana, Óscar estuvo ocupado pasando tiempo con Amelia, que estudiaba Medicina con ahínco, desafiando a toda la alta sociedad gracias, según pensaba Óscar, a la influencia de su cuñada Lucía; hablando con sus padres y revisando sus propios asuntos relacionados con sus tierras y fincas.

No volvió a ver a Lluvia ni a la niña hasta la mañana del sábado.

Se las encontró de nuevo en la sala de desayuno. Entraban justo cuando Óscar estaba terminando su plato de dulces, bollos que dejó a medio consumir, levantándose con premura al verlas.

—Señoritas, permítanme —pidió justo antes de disponerse a acomodar las sillas de alto respaldo para que ambas se sentaran.

—*Grazias, zeñor* —dijo la pequeña con una amplia sonrisa—. Yo mamá *zolo* quiero para *dezayunar* azúcar —pidió la niña con determinación mientras se acomodaba en el asiento que Óscar le ofrecía—. *¿Te gusta mi vestido nuevo, zeñor?* —preguntó mientras extendía con dos diminutos dedos la falda de flores rosadas.

A Óscar le hizo gracia el desparpajo de la niña, y sentándose a su lado, le comentó muy serio:

—Sí, está usted muy hermosa esta mañana y *¿*no cree usted, señorita Alejandra, que tal vez debería beber un poco de leche también?

—*Ez posible* —razonó—. *Zi, mami*, Alex quiere también un poquito de leche... —y dicho esto, introdujo literalmente el dedo índice entero en la mermelada de fambuesas, mirando a ambos lados de la mesa para comprobar si los dos adultos habían visto su pequeño desliz.

Victoria y Óscar se miraron mientras reían ante la ocurrencia de la pequeña. Por un breve instante, en los ojos de ambos se reflejó el feliz pasado más lejano, pero solo duró un segundo, ya que ella recuperó su fría mirada con rapidez y, volviéndole la espalda, comenzó a servirle el desayuno a su hija.

—Lluvia, si tienes tiempo después, me gustaría hablar un ratito contigo.

—No creo que disponga de tiempo, señor Óscar.

—*¿*Señor? *¿*Por qué ser tan formales? Si no recuerdo mal, nunca me habías llamado así. Incluso si la memoria no me falla, yo diría que llegaste a sacarme la lengua y a tirarme un libro a la cabeza.

Lluvia sonrió al pensar en aquellos tiempos de despreocupación.

—Sí, es cierto. Era una chiquilla. No conocía las normas básicas de cortesía. —Hizo una mueca con la boca. Una boca digna de mención, por cierto.

Sin poderlo evitar, Óscar se fijó con demasiado énfasis en los labios gordezuelos y carnosos. Y para ser honestos, aún puso más interés en el pequeño lunar oscuro, diminuto como una peca, que se encontraba situado justo debajo del labio inferior.

—Perdón, *¿*decías? —preguntó mientras se rascaba la barbilla como queriendo disimular el interés repentino que sus labios le habían suscitado cuando observó que ella esperaba una respuesta a su comentario.

—Decía que éramos muy jóvenes. No sé cómo los señores Quintana me aguantaban andando sucia y desgarrada por la casa.

—Lluvia, pero sí...

—Señor, si no le importa, preferiría que me llamara Victoria. Lluvia no era más que un apelativo cariñoso puesto a una niña traviesa —pidió con desdén mientras suspiraba sutilmente como si le costara respirar, algo que esperaba hubiera pasado inadvertido a los ojos de aquel hombre que la hacía sentir tan incómoda.

—Como gustes —Óscar se sintió molesto—, aunque me costará. Siempre he pensado en ti como Lluvia durante todos estos años.

—Venga, no me dirá que en estos casi seis años —se sorprendió ella— ha estado pensando en la hija del ama de llaves —ironizó mientras le quitaba por tercera vez a Alex un terrón de azúcar a pesar del evidente disgusto de la niña.

—Por supuesto que he pensado en ti —masculló Óscar indignado—. *¿*Cómo no iba a hacerlo?

—Mami, *¿*tú *zabez hazzer brubujazz* con la leche? —preguntó Alejandra curiosa mientras empleaba ciertas tácticas con la bebida poco adecuadas para una pequeña damita, lo que provocó que se derramara todo el contenido de la taza encima del canesú de su vestido.

—*¿*Alex! Definitivamente, hoy no te estás portando nada bien.

—*¿*Vamos Llu... ejem... Victoria —modificó Óscar ante la dura mirada de su en otra época amiga—. No es más que una chiquillada.

—Si no le molesta, señor —dijo con voz firme—, le agradecería que no interviniera en los asuntos de mi hija. Y recalcando esto último cogió en brazos a la niña y salió del comedor de desayuno con paso firme.

Dentro de la estancia se quedó un hombre asombrado ante el cambio operado en la personalidad de Lluvia. No, mejor Victoria, recordó.

Fuera, en el jardín, mientras caminaba hacia su casa con la niña en brazos, Victoria pensó que ese hombre, definitivamente, era idiota.

Tras el impactante desayuno se encontró con Víctor, su antiguo tutor, cerca del porche de la casa de invitados mientras este cortaba gruesos troncos de leña. Óscar siempre había admirado la maravillosa complejión atlética del marido de Marita. Era un hombre al que le encantaba hacer deporte, y a pesar de la edad que ya tenía, y de las hebras canosas que decoraban su pelo, se encontraba en perfecta forma. Su rostro, observó, seguía manteniendo el temple de antaño, y los ojos pequeños como fuego ámbar, que miraban siempre con comprensión, menos cuando no aprendías la lección, conservaban la luz.

—*¿*Víctor! —Hamó Óscar con afecto mientras le palmeaba el hombro con afecto.

El aludido se giró despacio, con calma, como hacía todas las cosas, y dejando el hacha con cuidado en la madera, se remangó las mangas de la camisa de franela con cuadros que llevaba, y le pegó un fuerte puñetazo en plena cara que lo tiró al suelo.

A Óscar le costó exactamente cinco minutos reaccionar, el tiempo que tardó Víctor en echarle un cubo de agua fresca en la cara.

—Pero, *¿*qué ha pasado? ¡Me has pegado! ¡Víctor, me has pegado! —gritó Óscar mientras escupía el agua llena de barro de la boca.

—*¿*Y qué esperaba el señorito? *¿*Que le recibiera con los brazos abiertos después de lo que hizo?

—*¿*Qué hice, si se puede saber?

—Ven aquí... exclamó furioso agarrando del chaleco al agredido y empujándole, no sin cierto esfuerzo, hasta el roble más próximo—. *¿*Que qué hiciste? ¡Mira, que me dan ganas de volverte a pegar...!

—Pero Víctor —remugó sintiendo cómo le palpitaba el golpe aún en la cara.

—Víctor, nada, tú no eres un caballero.

—Me estás empezando a ofender —masculló Óscar enfadado—. *¿*Qué te pasa conmigo? —agregó mientras se pasaba las manos por el cabello negro mojado.

Víctor lo soltó a bocajarro.

—*¿*Quién crees que recogió a la niña que dejaste en la puerta? Cobarde —le escupió su hasta entonces aliado tutor.

Óscar no pudo hablar por unos instantes. Ahí tenía la respuesta a la pregunta que le había martilleado el alma durante tantos días.

—*¿*Cómo sabes que fui yo? *¿*Me viste? *¿*Dónde está la niña? —Un torrente de preguntas brotaron de su garganta.

—No mereces saberlo, y sí, te vi correr como un cobarde —repitió Víctor.

—Era... ¡es! Víctor, ¡dime por Dios dónde está la niña! —gruñó Óscar desesperado.

—Murio —susurró con profunda tristeza el profesor—. Murio la noche que la dejaste.

Y si a Óscar le hubieran pateado el alma mil caballos, no le hubiera dolido tanto como la noticia que acababa de recibir. Cayó al suelo, esta vez porque le flaquearon las fuerzas, y no se dio ni cuenta de que el viejo maestro le dejaba solo con su pena, no sin antes volver a dirigirle una mirada de desprecio.

No muy lejos de donde Óscar intentaba asimilar la noticia recibida...

—Papá, pero...

—Lluvia, cariño, se lo dije tal y como tú querías. Sabes que no estoy de acuerdo, pero... es tú decisión al fin y al cabo.

—Papá, aquella noche —recordó Lluvia con tristeza, mientras se masajeara las manos—, cuando Óscar dejó a la niña abandonada, yo estaba en la biblioteca leyendo como siempre. Y lo vi —tragó—, vi cómo dejaba a su hija envuelta en una mantita. Corrí, corrí hacia la puerta en cuanto se fue —recordó—. Abrí la puerta, y cuando cogí a la niña... Papá, no lo puedo comprender. *¿*Cómo pudo hacerlo? Era tan bonita, tan perfecta, tan pequeña como un cachorrillo asustado... —Lluvia comenzó a llorar.

—Cariño —habló comprensivo el padre—, no lo eres. No hace falta que te pongas así.

—Papá, Óscar, que me salvó a mí, que me encontró a mí... *¿*Cómo fue capaz de hacerle lo mismo a su hija? —Rota por el dolor, dejó que su padre la abrazara con amor.

Los días siguientes pasaron como una nebulosa para Óscar. Su vida había vuelto a partirse en dos. La niña, a la que una vez consideró su hija, había desaparecido para siempre, y la culpa era única y exclusivamente suya. Recordaba una y otra vez cada una de las líneas que Martina le había escrito. Recordaba, como un puñal que se le clavaba, cómo descubrió que la niña no era su hija. Recordó todo el alcohol que bebió. Y la furia, el miedo, la impotencia, el desarraigo, la frustración. Recordó que corrió mucho, mucho, y que dejó a la niña. Recordó que llamó a la puerta y el sonido de sus propios pasos huyendo fue lo último que oyó.

Pero, *¿*hacia dónde huía ahora?, pensó mientras paseaba por el jardín.

—¿*Eztaz trizte, zeñor?* —dijo una vozecilla de la manga de la chaqueta.

Oscar miró a la diminuta criatura que lo observaba con asombro. No se había dado cuenta de que la niña estaba allí.

—No, cariño, solo paseaba —le dijo mientras se agachaba despacio—. ¿Qué haces, bonita?

—*Eztoy ziendo* jardinera. Juego con *laz florez* —aseguró mostrándole una gran cantidad de margaritas, sospechosamente arrancadas, del seto de la esquina—. ¿*Quierez* jugar conmigo? —Y le cogió la mano, invitándolo a colocarse en la hierba a su lado.

Él se sentó sin muchos miramientos junto a la pequeña, y observó durante unos instantes el juego.

—Mira, *tienez* que *ponerlaz* en fila y luego meter el rabito *ezte* —señaló el tallo — en la hierba. *Dizze* mami que *azi* crecen *laz florez* —explicó la niña con muchos detalles—. ¿Vale?

—Bien, señorita, entendido. Me gusta tu juego, lo que no tengo tan claro es que al jardinero le guste tanto como a nosotros...

La niña le miró con la naricilla llena de tierra y, frunciéndola, volcó pronto toda su atención a la plantación de las flores.

Fue toda una experiencia. Aquella pequeñaja no paró de hablar durante horas. Le habló de las flores, de los pájaros, de los dulces, de las muñecas Josefina y Pilar, de los árboles... Llegó incluso a contarle un cuento, mientras ambos, tumbados en la hierba miraban las nubes. Jugaron tanto que, a media tarde, justo cuando el sol más calentaba, los dos cayeron agotados.

Así los encontró Lluvia: Oscar tumbado en el césped y la pequeña Alex durmiendo con la cabeza apoyada en su hombro, ambos rodeados por un montón de margaritas con el tallo metido en la tierra.

—Despacito —pidió Oscar—. Ha caído rendida —volvió a susurrar en voz muy baja, mientras ponía el dedo índice encima de su boca, advirtiéndole.

—Ya veo... es incansable ¿eh? —dijo ella aún de pie.

—Vamos, siéntate con nosotros, Victoria. Deja que duerma un poco más. Aquí no hace frío—añadió Oscar mientras tapaba a Alejandra con su chaqueta—. Ven a ver las nubes tú también —pidió, tendiéndole la mano como horas antes había hecho la niña con él mismo.

—Bien, ¿por qué no? Pero solo un rato —asintió Victoria en contra de su voluntad, sentándose a su lado, pero sin tomar la mano que le era ofrecida.

—Tienes que tumbarte como nosotros. Si no, no verás las nubes.

—Oh, está bien. Hacía tiempo que no jugaba a las nubes. Creo que la última vez fue con usted, señor —recordó ella con nostalgia. Había estado a punto de tutearlo, y eso era un paso que ella no quería dar.

—¿Conmigo? No lo recuerdo. ¿Cuándo fue eso? —dijo él somnoliento.

—¿No lo recuerda? Fue el día del cumpleaños de Amelia. Yo había roto tres copas. Mi madre me había regañado por tercera vez, y creo que también había tirado el pastel al suelo. —Se quedó pensativa—. Sí, lo tiré —afirmó—. Usted me cogió de la mano cuando comencé a llorar porque me habían castigado y me trajo aquí. Nos tumbamos como ahora y jugamos durante horas a descubrir formas en las nubes. Lo siguiente que recuerdo fue... —continuó girándose para mirar a Oscar. Estaba durmiendo, tan tranquilo.

Le sorprendió lo cerca que estaban. Les separaban escasos centímetros. Observó las pestañas, largas, oscuras. Miró su nariz, bonita, quizás un poquito grande. Realizó un minucioso escrutinio de su boca. Perfecta, dibujada. Sus labios parecían suaves, cálidos, perfectos para besar. Cerró los ojos por un instante y notó su perfume. El de siempre. Olía a él.

Notó que un cosquilleo le pellizcaba el estómago. Ahí estaba otra vez ese dichoso latigazo. Lo había sentido siempre. Se levantó. De prisa, de golpe. Le costó solo un segundo y medio comprender que si seguía a su lado perdería la cabeza y olvidaría todo el rencor que le tenía. Eso no iba a permitirselo. Él había sido cruel con la niña. Ella no podía volver a recordar todo lo que Oscar le hacía... no, le había hecho sentir de niña.

Cogió despacio a la pequeña Alex, que se acomodó pronto en sus brazos sin despertarse, y sin hacer ruido, se alejó.

Oscar despertó una hora después. Estaba solo y lleno de hierba.

Al día siguiente, tras el almuerzo, decidió ir en busca de su antiguo profesor. La última vez que se habían visto fue un desastre, y él todavía necesitaba averiguar unas cuantas cosas más sobre su pequeña Sara.

Lo encontró vigilando a Alejandra, que alegre se balanceaba en un tronco, el mismo que había servido de columpio a toda la última generación de niños Quintana.

Se acercó despacio, mientras Víctor le miraba de reojo a la vez que mecía a la niña.

—No vengo a discutir, Víctor. Te lo ruego. Habla conmigo —suplicó Oscar—, por favor. Solo tú puedes ayudarme. No tengo a nadie más con quien hablar de Sara.

—¿Sara? —susurró despacio el tutor a la vez que le hacía gestos a su antiguo alumno para que no hablara delante de la Alejandra.

—La niña. La niña que... —se sintió humillado al repetirlo de nuevo— dejó aquí.

—Espera un momento. Déjame pensar. —Se giró meditando hasta que una vez tomada la decisión pudo mirarle a los ojos—. Sí, quizás sería bueno que habláramos. Te espero esta noche en el antiguo cuarto de estudios, si te parece correcto.

—A las diez, Víctor. Gracias de corazón.

Mientras veía a su alumno preferido alejarse, el profesor pensó que a veces la vida no era nada, pero nada sencilla, y que en numerosas ocasiones las buenas personas, quizás, también se equivocaban. No sabía qué era lo que le había ocurrido a ese muchacho tan noble, pero estaba convencido, de que había tenido que ser algo muy fuerte, porque abandonar a esa hermosura de niña (miró a su nieta) solo era posible si uno estaba loco.

Sin perder el hilo de sus pensamientos, continuó columpiando a la pequeña.

Al día siguiente, tras el almuerzo, decidió ir en busca de su antiguo profesor. La última vez que se habían visto fue un desastre, y él todavía necesitaba averiguar unas cuantas cosas más sobre su pequeña Sara.

Nada parecía fuera de su sitio. Todo estaba igual. Las estanterías repletas de libros de literatura y aritmética (siempre que pronunciaba esa palabra se acordaba de Lluvia), las mesas adaptadas a las diferentes edades, los volúmenes de ciencias. Todo seguía igual, hasta el olor.

El chirriar de la puerta anunció la presencia de Víctor, provocándoles a ambos un *déjà vu* emocional que les transportó a otras épocas felices, donde la inocencia y la felicidad gobernaban.

—Víctor, pasa, por favor, y siéntate —pidió Oscar mientras se ponía de pie.

—Gracias. Mira, Óscar, he estado reflexionando... —Era evidente que el maestro se sentía incómodo—. Pienso que tal vez no debería estar aquí —siguió hablando mientras se atusaba el cabello blanco de la barba.

—Por favor, te lo suplico. Necesito hablar contigo, de verdad. Déjame que te cuente la historia. Solo te pido que me escuches, y si después de oír mi verdad sigues pensando que soy un ser asqueroso y vil, te juro que nunca más —le miró con ojos tristes— volveré a intentar hablar contigo. Por favor —agregó—. Dame la oportunidad.

—Está bien —concedió Víctor—. Te escucho.

—Solo te voy a pedir un favor más antes de empezar a relatarte lo que ha sido mi vida durante estos años.

—Dime.

—Júrame que nunca le contarás a nadie de esta familia nada de lo que voy a decir esta noche. Debes jurármelo. Confío en ti.

—¿No crees que me estás pidiendo demasiado?

—Víctor, recuerdo una etapa de mi vida en la que ambos éramos cómplices. Yo te contaba todos mis secretos y tú los guardabas como el mejor de los amigos.

—Está bien, pero es la...

—... la última vez, ¿verdad? Pues voy a aprovecharla, te lo aseguro.

A lo largo de cuatro horas de intensa conversación Oscar contó, narró, lloró, explicó y se desahogó. No escondió ni un solo detalle. Él no pretendía ser comprendido. Solo necesitaba hablar, y el viejo profesor, dentro de su sabiduría, no le interrumpió ni una sola vez.

Al finalizar la noche, Víctor, ya acostado, pensó en todo lo que le había sido revelado esa noche, y francamente, no pudo evitar pensar que la vida, a veces, era una real porquería.

Marita, a su lado, dormía como un bebé sin ni siquiera imaginarse nada de lo que perturbaba a su esposo desde hacía ya varios años. Ella no sabía nada, y realmente pensaba que la niña era la hija del difunto esposo de Lluvia, un personaje que ambos habían inventado, para evitar habladurías.

La noche en que Oscar abandonó a Alex, solo Lluvia y él lo supieron.

Tras alimentar bien a la pequeña y darle un buen baño caliente, Víctor y Lluvia analizaron la situación mientras observaban con indignación al pequeño ser que había caído en sus manos.

Nunca pensaron en delatar a Oscar delante de su familia, y desde luego no querían implicar a nadie más.

Después de muchas horas de meditación acordaron que Lluvia viajara con la niña al campo, ayudada por los ahorros de toda una vida de su padre. Los habitantes de la casa fueron avisados convenientemente de la repentina enfermedad de la tía Pitu, muy anciana ya. La tía Pitu era tan adorable que incluso la férrea Marita cedió ante la alocada idea de que su querida hija viajara sola sin carabina al norte del país.

Una vez instalada allí, se forjó una nueva vida durante unos meses, pocos, pero los suficientes como para hacer creer a todo el mundo, incluida su madre, que había conocido a un joven viudo con una niña recién nacida, que se había enamorado, casado con él y que, lamentablemente, unos meses después este había fallecido en un trágico accidente dejándole a la pequeña a su cargo.

Nadie sospechó de la historia, y simplemente aceptaron con amor y de muy buen grado a la pequeña Alex como la hija de Lluvia. Desde entonces, ninguno de los Quintana había hecho ni una sola pregunta.

Todo sería perfecto, pensó, si él no supiera las dos caras de la verdad.

Lo único que él sabía era que dos de las personas a las que más amaba en el mundo estaban sufriendo. Las dos. Lluvia, presa de un enorme resentimiento; y Óscar, abrumado por la culpa.

¡Qué fácil sería si él pudiera hablar! Pero había dado su palabra de caballero, y eso ponía una fuerte armadura a su silencio.

Solo podía rezar. Y eso fue lo que hizo. Al fin y al cabo estaba demasiado acostumbrado a guardar secretos.

Durante tres largos días llovió sin parar. No había posibilidad alguna de pasear, salir a montar o hacer nada que requiriera estar al aire libre, así que cada uno buscó algo que hacer dentro de la gran casona Quintana.

Amelia seguía enfrascada en sus libros de anatomía; su padre escribía; Valeria, su madre, cosía; Víctor cuidaba a Marita, que guardaba cama por un tremendo constipado; y él estaba tedioso y aletargado, asqueado por el tiempo.

Siempre que se aburría necesitaba comer, así que se dirigió hacia la cocina, deseando que hubiese quedado algo del maravilloso chocolate del desayuno.

Animado ante la perspectiva del dulce, abrió la puerta de la cocina y se llevó una estupenda sorpresa.

Estaba desmontada, hecha un desastre, y un pequeño duende blanco luchaba por amasar una masa pegajosa de aspecto sospecho.

—¿Alejandra? —Desde luego una aparición de ese tamaño solo podía ser ella.

—¿Zi? —contestó el gnomo suspirando.

—¿Qué haces, cielo? —preguntó con cautela.

—*Ezztoy* jugando a *zer pazztelera* —contestó alegre la pequeña.

—Ya veo, y oye, dime, ¿ya no quieres ser jardinera, cariño?

—*Ze me toztó* la cara de tanto *zol*. Mejor *pazztelera*. ¿*Quierez* jugar conmigo?

—¿Sabe tu mamá que estás aquí? —indagó divertido.

—*Zziii*, porque me *eztá* cuidando Margarita. Pero ahora *ze* ha ido a por *loz huevoz* para el *pastel* —explicó el pequeño duende mientras resoplaba hacia un mechón de pelo moreno que le caía sobre la carita.

—Sí —murmuró Oscar por lo bajo—, ya veo cómo te cuida Margarita. —Y anotó en su mente hablar con ella más tarde sobre la importancia de no dejar nunca a una niña sola en una cocina llena de peligros.

—*Zeñor Ózcar*, ¿*podríaz* quitar un poco de *ezto?* —señaló el pegote— de *lozz ojozz?* No veo nada.

Oscar lo hizo, y ese fue exactamente el error que cometió, porque los cabellos de la niña estaban tan llenos de harina que, una vez manchado, decidió ayudar a Alex en el proceso de elaboración del supuesto pastel.

—Señorita cocinera...

—*Pastelera...*
—Perdón —dijo entre risas—, señorita pastelera, ¿de qué sabor va a ser esta rica tarta?
—De chocolate, *zeñor* ayudante. Ha quedado del *deayuno* —explicó la chiquitina con los dedos tan pegajosos que mezclaban junto a la masa cuanto sustancia sospechosa encontraba a su alrededor.
—Ah, muy bien, perfecto. Me encanta el chocolate, Alex. ¿Y nos falta algún ingrediente más? —preguntó curioso al descubrir un ¿garbanzo? dentro del pastel.
—No zé, no zé... ¿tú qué *creez*?
—¿Ponemos azúcar? —sugirió Óscar mirando a su alrededor.
—*Zi*, azúcar, ¡qué rico *nuestro* pastel! Oye.
—Dime, preciosa. —Óscar observó a la niña, que se había quedado callada mientras se agachaba para ponerse a su altura.
—Me *guzta* jugar contigo —y dicho esto, le plantó un sonoro beso de harina en la cara a Óscar. Este se quedó confundido. Esa niña le convertía el corazón en gelatina como nadie lo había hecho en su vida.

¿Nadie?
Ninguno de los dos, asortos en su tarea y embadurnados de harina, acertó a ver las caras de estupefacción que pusieron Margarita y Victoria, que acababan de entrar en la cocina. La primera con seis magníficos huevos morenos, que terminaron estrellados en el suelo por la impresión. La segunda, bastante sorprendida por la visión que se hallaba ante sus ojos: dos seres, uno adulto y otro pequeño, llenos de masa, harina, azúcar y chocolate.

—Margarita...
—Señorita... —Tembló la criada ataviada con un uniforme azul y blanco.
—¿No habrás dejado sola a Alex, verdad?
—Fui a por los huevos —se escudó la pobre mientras desviaba la mirada hacia el suelo y contemplaba el desastre al que ella, de su propia cosecha, había añadido los huevos escañados en el suelo.
—¡Mami! —exclamó la pequeña mirando a su madre. —¡*Zomozz pastelerozz!* —añadió la niña divertida mientras esta miraba al pinche de su hija, que encogía los hombros con despreocupación—. ¿*Nozz ayudazz?*
—Sí, Victoria, ayúdanos —invitó un convencido saco de harina del que salía la voz de Óscar.
—Señor Quintana, no quiero imaginarme que este desastre haya sido idea suya.
—No sabría bien qué decir... —dijo mirando a su cómplice de fechorías.

Victoria, que llevaba un precioso vestido con finas rayas del color de la hierba, aparecía hermosa. A través de la harina que se le pegaba a las pestañas Óscar pudo observar que seguía manteniendo el color de pelo que tenía de niña, pero mucho más brillante. Era muy probable que fuera porque ahora lo llevaba peinado y limpio sin ningún rastro de sirope o barro. Estaba recogido en un laborioso peinado que despejaba su bello rostro. En estos momentos fruncía la boca, mostrando unos brillantes y jugosos labios mientras pensaba si se unía al juego o ejercía de madre responsable. Él, que en otra época había sido el mayor conquistador del país, por primera vez, después de tantos años, volvió a sentir un sospechoso cosquilleo en el estómago... y un pelín más abajo. Desvió la vista de la preciosidad que tenía delante y se obligó a mirar a la angustiada criada, que lloraba en silencio asustada por las consecuencias que podía tener todo aquello. Al verla llorar, Óscar abandonó la idea de amonestarla por dejar a Alex solita.

—Margarita, no llores, por favor. Yo asumo las consecuencias de este pastel —concluyó mirando con disimulo el dulce—. Anda, ve a dar un paseo y corta unas flores para Marita —dijo calmando a la empleada, que aliviada salió despacio de la cocina.

—Margarita, una cosa más antes de retirarte, si vas a ver a María, por favor, no le hables de la nueva cocinera.
—Descuide señor, se lo prometo —afirmó encantada de poder salir corriendo de allí.

En cuanto la sirvienta salió de la cocina y se quedaron los tres solos, Victoria no supo qué hacer, si llevarse a Alex directa a la tina o unirse ella misma al desaguisado. Miró de reajo a los dos cocineros y, a pesar de su reticencia inicial, se dejó convencer por los ojos suplicantes de la niña, que muy sonriente le extendía un pedacito de masa.

—Está bien —dijo con decisión—. He decidido ayudaros. Terminaremos el postre, y después, tú, señorita —señaló con el dedo— deberás darte un buen baño. —La niña abrió la boquita para protestar, pero su madre, que ya la conocía añadió—: Sin discutir Alejandra, sin protestar, ¿de acuerdo? —concluyó con voz firme.

—*Eztá* bien. Me bañaré *zin* gruñir —asintió, haciendo un gracioso mohín con los ojos—. *Zeñor Óscar*, no me *guzta* nada bañarme. *Dezpués* me *eztiran* del pelo para *dezenredarlo* y *ze* me mete el jabón en *loz ojoz*. ¿Tú te *bañaz*? —preguntó esperanzada por si él decía que no.

Óscar rio.
—Pues claro que me baño. Todos los días, pequeña. Mira, haremos un trato y así tu mamá estará contenta con nosotros. —Miró a Victoria y le guiñó un ojo—. En cuanto hayamos metido la tarta en el horno de leña, los dos saldremos corriendo para bañarnos, así estaremos limpios y guapos para comernos todo el pastel en la merienda, ¿te parece?

—Bien, me *pareze* bien. ¡Mami, *nezazitamos laz guindaz!* —ordenó la nueva jefa de cocina de la mansión.
—Yo las cojo, cariño.
Y así fue como Óscar, Victoria y Alejandra pasaron la lluviosa tarde.

Victoria pensó que el baño que Alex acababa de darse, era el más rápido y fácil de la historia. No abrió la boca para decir nada. Se dejó asear, desenredar el suave cabello negro, vestir con el traje que ella deseó y hasta poner un colorido lazo rojo en los bucles. Todo, con tal de poder ir pronto a la cocina para vigilar si el pastel ya estaba horneado y así darle un buen mordisco.

Debía reconocer que la tarde había sido muy divertida. Los tres se habían reído mucho mientras cocinaban, y si era franca consigo misma tenía que confesar, que Óscar era capaz de relacionarse muy bien con la niña siendo muy paciente con ella.

A menudo se preguntaba qué pensaría él si supiera que en realidad la niña con la que había jugado casi toda la tarde, era en realidad su propia hija. Mientras ella misma se arreglaba el cabello, que también había acabado lleno de chocolate y harina, no pudo evitar pensar en Óscar Quintana una vez más.

Durante los años en que había estado ausente, jamás, había dejado de pensar en él. Al principio con nostalgia, con mucha tristeza. Tras la aparición de Alejandra en su vida, la nostalgia se transformó en rencor, pero aún así, debía admitirse a sí misma, seguía pensando en el que era su compinche principal cuando era niña. Siempre encontraba tiempo para leerle un cuento, jugar con ella o enseñarle a montar a caballo. Ahora, después de tantos años y a pesar de lo decepcionada que se sentía con respecto a él, se daba perfecta cuenta de que Óscar se estaba comportando con Alex exactamente igual que hizo con ella.

Desde que él había vuelto, los había encontrado juntos en multitud de ocasiones: en la biblioteca leyéndole una fábula, en el jardín destrozando los setos de margaritas, después volvieron a plantarlas, eso sí, de una en una, en el columpio y ahora en la cocina.

En todas esas ocasiones, ambos reían y parecían sentirse felices de estar el uno con el otro. ¿Cómo podía ser que una misma persona cometiera actos tan dispares?
Sin querer pensar más, se ajustó la blusa blanca, recolocando el lazo que se ataba en el cuello, y observando su imagen en el espejo, salió cantando de su habitación.

Capítulo 12

Dejó de cantar en cuanto llegó al comedor. Se le había cortado el aliento.

Allí, sentada en uno de los sillones de terciopelo amarillo, estaba su niña. Tranquila e impoluta, ataviada con el vestido de florecillas rojas a juego con la cinta que ella misma le había conseguido poner, ojeaba un cuento.

Al fondo, al lado de la chimenea, de espaldas, estaba él. Llevaba una camisa blanca, un chaleco y pantalón oscuro. Sus rizos negros aún estaban húmedos, lo que demostraba que también se había bañado. Tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón, y con la otra sujetaba una fina copa de vino. Hacía tiempo que no lo veía así, tan guapo.

—Mami, ¡qué guapa *estás!* —exclamó la pequeña con orgullo cuando tras levantar los ojos descubrió a esta en la puerta—. Óscar, ¿a que *ez* la mamá *máz* guapa de *loz mundoz*? —preguntó sabiendo de antemano la respuesta y haciendo que Victoria enrojeciera hasta la raíz del cabello.

—Lo es, preciosa —dijo sin precisar a cuál de las dos se refería, lo cual provocó una risita en la niña.

—¿*Noz* comemos el pastel ya, o *esperamos hasta* que a mamá *ze* le vuelva a poner la cara de *zu* color? —preguntó con inocencia Alejandra mientras se ponía de pie y se acercaba a la mesa donde estaba la merienda.

—Mejor merendamos, cielo... —dijo Óscar entre risas, lo que provocó una mirada furiosa de Lluvia.

El pastel que había encima de la mesa era espectacular. Tenía una fina capa de chocolate recubriendo el bizcocho y estaba adornado con abundantes guindas de un brillante color cereza. Era redondo y perfecto.

Lluvia pronto advirtió que aquella no era la tarta que la niña había hecho, pero no supo cómo había llegado el actual a la mesa.

Cuando Alejandra vio aquella hermosa golosina casi se desmayó de la emoción. Comió tanto, y se sintió tan encantada, que pronto cayó rendida en medio de la alfombra abrazada a un enorme cojín. Se veía hermosa y muy feliz con la boca llena de chocolate.

—¿De dónde sacó el pastel, Óscar?

—¿El pastel? Pues del horno naturalmente —mintió él—. ¿Te apetece un jerez, Victoria? —dijo ofreciéndole una pequeña copita llena del dulce licor.

Ella lo aceptó y bebió un sorbito que bajó suavemente por su garganta.

Mientras bebía, él la observaba en silencio. Al fondo de la sala, la madera que ardía en la chimenea crepitaba, componiendo una discontinua sinfonía que daba al ambiente un cálido olor de hogar.

Lluvia, para él siempre sería Lluvia, estaba demasiado hermosa esa tarde. El rojizo de sus cabellos, del mismo tono que el fuego, quedaba resaltado por el blanco inmaculado de la blusa. Lucía también una amplia faldita color burdeos. Debajo de la faldita sobresalían unos brillantes botines con cordones, que parecían recién limpiados.

Mirarla era todo un espectáculo. Tenía las pestañas del mismo color que su cabello, y esos ojos verdes, grandes y brillantes como dos gemas preciosas, reposaban en silencio. Óscar no pudo evitar mirar sus labios mientras sorbían lentamente la copa de Jerez. Observó que cada vez que tragaba el dulce líquido, esta cerraba los ojos complacida.

Parecía quedar poco de la niña traviesa que él había conocido una vez. En los pocos momentos que habían compartido desde que regresó, siempre se había mostrado distante y fría en su trato hacia él, pero, a lo largo de la tarde que habían pasado juntos en la cocina, por breves instantes, había aflorado la antigua magia.

En silencio, Victoria se puso de pie para dejar la copa en la pequeña repisa donde se guardaban los licores.

Óscar vio cómo se movía despacio, y no pudo evitar levantarse e ir tras ella.

—Victoria —susurró a su lado.

—¿Sí, señor? —contestó ella girándose.

Quedaron frente a frente. Ella con las manos juntas detrás de la espalda, y él con las suyas dentro del pantalón. Se miraron fijamente, hasta que él preguntó:

—¿Por qué me llamas señor? ¿No te parece absurdo?

—No, usted es uno de los señores de la casa. —Pestañeó Victoria incómoda ante la intimidad del momento.

—Pero... tú también eres de la familia.

—Yo soy la hija del profesor y del ama de llaves.

—Lluvia... perdón, Victoria, no digas tonterías. Sabes perfectamente que todos vosotros sois nuestra familia. Siempre ha sido así, y dime... —El casi invisible lunar que ella tenía en el labio inferior le estaba poniendo especialmente nervioso.

—¿Qué? —preguntó ella mientras se mojaba los labios con la puntita de la lengua en un gesto inocente.

Óscar no pudo evitar que el estómago le diera un vuelco.

—Nada, déjalo —dijo él muy serio mientras se apartaba de ella dando un respingo y alejándose de su lado—. Será mejor que la lleve a su cama, ¿no crees? —preguntó cogiendo a la niña en brazos con suma delicadeza—. ¿Vamos?

—Pues no es necesario que se moleste. Puedo llevarla sin dificultad —apuntó Victoria sorprendida.

—No. Yo lo haré, desde luego —exclamó justo antes de comenzar a caminar rumbo a la casita del jardín.

No soltó a la niña hasta que se aseguró que esta se hallaba bien cómoda y abrigada en su camita.

Tras comprobar por última vez que su pequeña amiga estaba calentita e instalada, apagó con un pequeño soplo la vela de la consola de noche y salió despacio de la habitación cerrando la puerta con cuidado. Encontró a Lluvia sentada en la barandilla del porche de la pequeña casa cubierta por un oloroso jazmín amarillo que perfumaba el ambiente desde hacía más noches de las que él podía recordar.

Estaba mirando la brillante luna llena y parecía algo melancólica. Óscar guardó silencio hasta que ella se percató de su presencia.

—Creo que hoy ha sido un gran día para Alex —comentó él—, y debo decir que para mí también —lo admitió para sí mismo—. ¿Sabes, Lluvia? Hacía tiempo que no me sentía tan en calma. —Mientras hablaba iba inhalando con fuerza el aroma a jazmín, acercando sus pasos hacia ella—. Si fuese capaz de explicarte todo lo que he tenido que vivir. —Se giró con los ojos brillantes—. Una vez, yo también tuve una...

—Óscar, ¿una qué? —preguntó ella tocándole el hombro con suavidad conmovida por la tristeza que reflejaban los ojos de él.

Ante el contacto de la mano tibia que le acariciaba el hombro, él se volvió despacio.

—Una... —dijo, y no pudo seguir. Vio su boca.

No pudo evitarlo. Vio el lunar.

Con una fuerza que tenía guardada en el fondo de su tristeza, cogió a Lluvia por la cintura y, acercándola hacia él sin que a ella le diera tiempo siquiera a respirar, la besó.

La besó con toda su alma.

Apretó sus labios contra los de Victoria mientras la abrazaba con ternura. Acarició con desespero su bello rostro deshaciéndole el recogido de sus cabellos y continuó besándola. Cada vez con más ganas.

El beso duró exactamente medio minuto.

A Óscar le pareció un segundo.

A Lluvia, una eternidad. Al principio no se lo esperaba. Luego sucumbió a ese delicioso beso.

Se sintió trastornada, nerviosa, temblorosa, asustada y, por qué no, absoluta e irremediablemente alterada, excitada... confundida, como si un fuerte tornado la sacudiera desde la cabeza a los pies.

En cuanto encontró su pérdida fuerza de voluntad reaccionó.

No muy bien, la verdad, pero es que a una no la besan por primera vez todos los días.

A la mañana siguiente, a Óscar Quintana, libertino y conquistador en otros tiempos, todavía le dolía la cara por el bofetón que le habían dado la noche anterior, pero si era sincero consigo mismo, debía admitir que eso no era lo que más le había herido. Fue, sin duda, la mirada de odio profundo que Lluvia le regaló.

No podía comprender cómo la niña que le adoró antaño podía mirarle con tanto desprecio. ¿Qué experiencias habría pasado en su vida? ¿No fue feliz su matrimonio? No sabía por qué, pero el que ella hubiese estado casada le repataba las tripas. ¿Por qué guardaba ese resentimiento hacia los hombres? ¿O era solo hacia él? Necesitaba averiguarlo.

No pudo hacerlo ni ese día ni al siguiente. Cuando estaba a punto de salir a buscarla, vio correr a media casa.

Algo había sucedido. Lo supo en el instante en que sintió ese cosquilleo extraño en el estómago, pero no lo confirmó hasta que vio la cara de angustia de su madre y la expresión asustada de su padre.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó con enorme preocupación—. ¿Pasa algo? ¿Qué?

—¡Tu hermano! ¡Tu hermano! —atino a decir su madre entre lágrimas—. Tu hermano ha tenido un accidente en una de sus expediciones geológicas. Una cueva se ha derrumbado cuando él la exploraba.

—¿Una cueva? ¿Dónde? —gritó a su padre, porque este no le contestaba—. Dime dónde.

—Cerca de la ribera del río. En las cuevas donde encontraron esos restos arqueológicos la semana pasada.

—Está bien —pensó Óscar en voz alta—, no os preocupéis, voy a averiguar qué ha sucedido. —Se giró para hablar de nuevo con sus padres, que estaban absolutamente angustiados—. Lo encontraremos, os lo prometo. Tranquilos.

Y dándole un beso a su madre, salió corriendo hacia las caballerizas mientras gritaba órdenes a los criados para que le ensillaran uno de los caballos.

Una vez elegida la montura, salió disparado hacia el lugar que le habían indicado sus padres.

Durante el camino le dio tiempo suficiente para pensar en Pablo. Ese hombre estaba obsesionado con la geología. Lo había estado toda su vida, y de hecho se graduó en esa especialidad en la universidad.

Óscar recordó también la emoción que reflejaba el rostro de su hermano mientras le relataba, hacía pocos días, que había descubierto unos viejos fósiles justo en la ladera de la montaña donde al parecer se hallaba ahora atrapado.

Este pensamiento le hizo espolear el caballo con energía, y galopó como un loco la distancia que faltaba hasta llegar allí.

La ribera del río era una zona muy popular para los arqueólogos y geólogos del país. Se presumía que en esa zona se habían erigido diversos poblados antiguos que habían quedado sepultados tras un derrumbamiento provocado por un terremoto. Era un lugar hermoso, lleno de profundos bosques, siempre verdes, que apenas dejaban vislumbrar el caudaloso río que se hacía notar por el rugido de sus aguas.

Cerca del río, la montaña tenía un saliente, donde se habían formado hacia miles de años varias cuevas, inaccesibles para el hombre debido a que siempre estaban húmedas por la proximidad de las aguas. Esto las hacía muy peligrosas y solo un inconsciente como su hermano se habría atrevido a meterse allí dentro.

Cabalgó alrededor de una hora. Cuando por fin llegó al prado y vio al gran grupo de personas que se habían congregado para ayudar en el rescate, se asustó mucho más aún, pues se dio cuenta del peligro real en el que se encontraba Pablo. Notó que un helado escalofrío le recorría la espina dorsal de arriba abajo, y desmontando su agitado caballo se dirigió esta vez sin paso firme, más bien con piernas temblorosas, hacia la multitud que se encontraba reunida alrededor de un círculo mirando hacia abajo.

Se quedó mudo. Todos y cada uno de aquellos hombres no estaban mirando al suelo como él creía. Estaban en silencio, escuchando atentamente a su menuda cuñada, que repartía órdenes a todo aquel que tuviera dos orejas controlando con temple todos y cada uno de los detalles del rescate. Se la veía hermosa y capaz, con tono firme y decidido. Iba vestida con un traje de montar de color beis claro, y se notaba a la perfección por el estado de este, lleno de barro y hojas, que ya había intentado por sí misma rescatar a su marido. Con dos palmadas, puso en marcha a todo el equipo y cada uno de los hombres partió a cumplir su cometido.

—¡Lucía! —llamó Óscar.

La aludida dio un respingo al escuchar su voz y salió disparada hacia él, hasta que quedaron uno enfrente del otro.

Óscar pudo comprobar que la mujer que tenía delante estaba muy cansada, triste y tan desesperada como él. No comprendía cómo nadie se había dado cuenta antes de ello. Pasándole un brazo alrededor de los hombros, la acompañó hasta un pequeño seto donde pudieran sentarse.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras la miraba asombrado de la entereza que mostraba.

—Sí, claro —fingió ella—. No es la primera vez que tu hermano me da un susto de estos. Este hombre no deja de darme disgustos —dijo apartándose los suaves mechones que le caían sin remedio por los ojos.

—En serio, Lucía, soy Óscar, no tienes por qué mentirme a mí —replicó él, no muy convencido pero atento a cualquier reacción.

—Yo estoy bien. Ya sabes, una, al final, se acostumbra a todo.

Vio que Lucía giraba despacio la cara para que él no viera el miedo en sus pupilas. Sabía que estaba a punto de llorar, pero debía admitir que su pequeña cuñada era muy fuerte.

—Cariño...

Eso fue la gota que colmó el vaso para la mujer que tenía delante

—Oh, Óscar. —Se tapó los ojos con ambas manos—. ¡No sé qué hacer! Pablo lleva ya tres horas sin dar señales. ¿Y si le ha pasado algo esta vez? Siempre dice que la esa expedición va a ser la última, pero de pronto siente que debe seguir, y continúa haciéndolo.

Ella agitaba las manos, nerviosa, mientras resoplaba sin mucho decoro.

—No sé si van a encontrarlo, y... —Lloriqueó sonándose la nariz con un pañuelo que Óscar le prestó.

De repente, se puso de pie violentamente y salió disparada hacia las cuevas.

—¿Pero adónde vas? —Estaba seguro de que no le había escuchado, así que no le quedó más remedio que ir tras ella dando grandes zancadas—. ¡Espera!

Le dio justo el tiempo de agarrarla por las piernas. Su loca cuñada ya se encontraba atada por la cintura con una de las cuerdas y estaba a punto de meterse en el claustrofóbico agujero que daba la entrada a la gruta.

—Pero ¡señora!, ¿dónde crees que vas? —preguntó angustiado.

Ella le miro muy sorprendida, con esos ojos negros y profundos llenos de dolor y miedo.

—¡Voy a buscar a mi marido, desde luego! —exclamó antes de saltar resuelta al agujero por en medio de las rocas.

Fue bastante difícil tensar las cuerdas lo suficiente como para que ella no pudiera bajar.

—Señores —gruñó con rabia—, ¿quieren hacerme el favor de dejarme en paz? —gritó enfurecida mirándolos como si fuera capaz de cortarlos en pedacitos.

—Lucía, ¿qué crees que diría mi hermano si cuando le rescatemos le informamos de que su esposa está perdida por ahí... abajo? —señaló con el dedo.

—Pues supongo que se enfadaría bastante —razonó ella—, pero me da exactamente igual —añadió resuelta—. ¡Yo también estoy enfadada ahora mismo! —lo dijo tan fuerte que el resto de cooperantes se giraron asombrados de que una persona tan menuda tuviera la fuerza necesaria para gritar tanto.

Hicieron falta tres hombres para alejar a Lucía de la gruta. Todos ellos salieron mal parados. Alguna patada, alguna contusión y unos cuantos arañazos en los brazos, como si la mujer a la que intentaban detener fuera un rabioso felino.

Cuando por fin se calmó después de un buen rato de nervios Óscar pudo negociar con ella, convenciéndola para que se quedara sentadita allí mientras él bajaba por las rocas en busca de su hermano.

Lo aceptó, no muy convencida en un primer momento, aunque después pensó que si Óscar quería también a Pablo lo buscaría con las mismas ganas que ella. De todas formas, si era honesta, debía admitir que no tenía ni idea de dónde comenzar a buscarlo... Ahora bien, si de algo estaba segura era de que en cuanto viera a su querido esposo, Dios quisiera que pronto, porque si no iba a volverse loca, este tendría que lidiar con su furia.

Vo cómo su cuñado se ataba las cuerdas alrededor de la cintura y, con cuidado, se introducía a través de la angosta entrada. Varios hombre se encargaron de darle las instrucciones necesarias y un mapa de lo que hasta ahora se conocía de la cueva.

El interior de la misma era oscura, húmeda y tan resbaladiza como una alfombra de hielo. Óscar se cayó en varias ocasiones, e incluso se cortó en un brazo con uno de los salientes. Le dio tiempo de maldecir a su hermano en veinte o treinta ocasiones y se preguntó que por qué no le había dado por hacer figuras con barro, pintar, o simplemente jugar a las cartas como a cualquier caballero normal.

El mapa que le habían dado era un verdadero desastre. Las indicaciones no le facilitaban el camino a seguir, y para ser sincero, no le gustaban nada ni la oscuridad ni el frío que hacía allí dentro. Por no hablar de la sensación de tener una gran montaña encima de la cabeza. Empezaba a tener miedo, y no tenía muy claro si iba a encontrar al idiota que tenía por hermano.

Chilló y gritó hasta que le dolió la garganta, y justo cuando estaba a punto de abandonar, después de más o menos dos horas de largo camino, le encontró.

Sentado, tranquilo, absorto y absolutamente feliz. ¿Sería posible?

—Pero tú... —gritó muy enfadado—, ¿tú eres consciente del calvario que nos has hecho pasar a todos?

Pablo se giró despacio y sin problemas. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara con toda la serenidad del mundo reflejada en una amplia sonrisa.

—Ven, siéntate aquí conmigo. Me alegro mucho de que estés aquí —le miró y sonrió enigmático de nuevo— y me sorprende mucho también. Por cierto, ¿qué haces aquí? —preguntó asombrado por primera vez...

—Que, qué... Tus padres están a punto de que les dé un infarto, tu mujer está arriba histérica pensando que te había pasado algo, y tú, ¿qué haces tú aquí?

—Mira —dijo extasiado extendiendo las manos hacia la izquierda.

—¿Qué quieres que mire?

Óscar se giró, reticente, incapaz de entender el porqué del atontamiento de su hermano.

—¡Vaya!

Ante sí tenía un maravilloso lago subterráneo de un color azul impactante.

—Vaya —repitió incapaz de decir algo más coherente—. No había visto nada igual en toda mi vida.

—Es hermoso, ¿verdad? Sabía que esta cueva encerraba algún tesoro. Fijate —indicó con el dedo—, es emocionante ser el primer hombre que ve esto desde hace tantos años. Mira —le mostró la mano—, he encontrado restos de cerámica, humanos, algunos metales. Observa bien, en las paredes hay pinturas.

Óscar escuchó las explicaciones de su hermano ensimismado, alterado él también ante la importancia del descubrimiento que Pablo había realizado esa tarde. Probablemente, la historia del hombre, lo que se sabía de él, había cambiado para siempre. En esos momentos se sentía muy orgulloso de él.

Permanecieron en silencio durante muchos minutos mientras miraban, pasmados, aquella maravilla. Hasta que...

—¿Se puede saber cuál de los dos hermanos Quintana es más idiota?

Ambos se giraron sobresaltados. Una figura menuda, llena de barro, con las manos cortadas y el cabello deshecho, les miraba con enñado.

Antes de que Pablo pudiera si quiera abrir la boca, Lucía habló de nuevo. ¡A esa mujer le costaba permanecer en silencio!

—¡Oh, vaya! —Y se sentó junto a ellos olvidando el enñado.

Estuvieron allí varias horas, hasta que empezaron a sentir hambre. Poco a poco y con cuidado salieron, siendo ya de noche y sin otro problema que un resbalón por parte de Óscar, ya a la salida, que le partió literalmente el pie en varios trocitos.

Se quedó mudo por el dolor. Se puso blanco y al final, digamos que gritó un par de veces mientras alguien le recolocaba el hueso. Pero bueno, en el fondo no le importó demasiado. La belleza de lo vivido compensaba.

Capítulo 13

Cuando el pie se enfió, aquello ya fue otra cosa. Volvió a recuperar la furia.

El camino hasta casa fue una pesadilla.

Con el traqueteo del carro, nadie había ido en carruaje y tuvieron que volver en un viejo carromato prestado, el pie le dolía muchísimo, cualquier movimiento desplazaba de nuevo el hueso roto, por lo que al final fue necesario que bebiera más vino del que hubiera deseado, pero fue lo único que sirvió para atontarle.

Pablo había mandado un mensajero a casa con dos misivas: la primera con objeto de calmar los ánimos. Habían pasado demasiadas horas sin saber nada sobre ellos, y la segunda era para que el doctor de la familia, el doctor Miles, estuviera en casa cuando ellos llegaran.

Divisaron el camino de farolillos iluminados de la mansión Quintana a media noche. Óscar, histérico, agobiado por el dolor insoportable. El resto, aunque preocupados por él, acabaron con ganas de romperle el otro pie también para que se callara.

Bajaron al herido del carromato con sumo cuidado. La verdad es que no solo para evitar hacerle más daño, sino también porque este estaba de un pésimo humor. Para ser justos, había que admitir que el pie tenía mala pinta. Estaba morado, hinchado y con un aspecto de estar muy, pero que muy roto.

Valeria y Alonso, aliviados al verles, iluminaron el camino con sendos candiles y guiaron a los criados hasta la primera planta, lugar donde se encontraba la habitación de su hijo mayor.

Una vez allí, y tras dejar a Óscar cómodamente, por decir algo, instalado, se retiraron para dejar trabajar con calma al doctor.

—Hijo, sé que duele, pero intenta no moverte y maldecir. Así no haces más que alargar la cura —sugirió el casi anciano médico con suma paciencia.

—No puedo, doctor Miles, se lo aseguro —masculló—. El dolor es tan fuerte que estoy a punto de pegarme cabezazos contra la pared—. Óscar respiraba con dificultad mientras se agarraba a las sábanas y lo hacía con tanta fuerza que hasta tenía los nudillos blancos.

—Quizás deberías tomar una dosis de láudano. No solo te tranquilizaría. También te quitaría el dolor más fuerte —sugirió el médico, aun conociendo la respuesta de antemano.

—No pienso tomar nada —dijo cabezón—, así que acabe pronto porque no voy a poder aguantar mucho más. ¡Rápido, por favor!

—Siempre has sido igual, hijo. Recuerdo una vez cuando eras pequeño y te rompiste un dedo de la mano. No consentiste tampoco en tomar nada. A ver... —El médico palpaba el pie, ante la mirada de furia de su paciente—. Al final, creo que está roto en dos tramos. Respira hondo que voy a tratar de encajarlo bien. Respira...

Allí ocurrieron dos cosas: Óscar se desmayó, y por fin el sabio doctor pudo trabajar tranquilo y lo primero que hizo fue meterle en la boca una dosis del ya mencionado láudano, por si despertaba.

Dieciséis horas después, Óscar Quintana abrió los ojos. Un segundo más tarde vomitó. Dos segundos después, se acordó de toda la familia del doctor Miles. Los siguientes tres segundos maldijo, a los cinco discutió con su padre, a los siete con su madre, a los ocho con sus hermanos, sobre todo con Amelia, según ella casi médica, y exactamente a los diez de haber despertado sonrió con la mejor de sus caras. Todos se quedaron extasiados.

—¿Ze puede entrar, *señor* Óscar? —dijo una voceilla desde el umbral de la puerta.

—¡Cariño! —el resto de la familia alucinó un poquito más—, claro, pasa. —Y la animó a entrar con la mano.

La niñita avanzó con pasos de duendecillo por la habitación y se subió con agilidad en la cama, no sin antes hacer una pequeña reverencia a los señores Quintana. Se tumbó a su lado y, adquiriendo la misma postura que él, le dijo:

—¿No *zabez* andar con lo mayor que *erez*? —preguntó con inocencia, mientras miraba con pena la pierna vendada.

Óscar la miró muerto de la risa ante la fascinada mirada de su familia, que observaban sorprendidos el cambio de actitud del enfermo.

—Resbalé, cariño, y me he roto un pie —explicó despacio.

—Ya no podemos *zer pasteleroz* —sentenció Alex—, pero ¡puedo *zer* enfermera! —Y se le iluminó la carita.

Los días siguientes fueron muy extraños.

Óscar mostraba un malhumor insoportable con todo el mundo, excepto con Alejandra, así que su familia optó por hablar con él única y exclusivamente cuando la pequeña se encontraba delante. Era la mejor forma de que su respuesta fuera educada.

Para una persona inquieta y vital como él, estar inmóvil durante un mes fue una tortura difícil de digerir. Las cuatro paredes de su habitación se le caían encima. No sabía qué hacer, y aunque agradecía de corazón la ayuda que todos le prestaban, era un incordio escuchar las lecturas de su padre, las conversaciones de su madre, las explicaciones sobre anatomía de Amelia, quien se empeñó en exponerle cómo se había roto el pie, las narraciones de Lorena sobre los antojos, las interminables partidas de ajedrez con su cuñado, las antropológicas charlas de su hermano Pablo, quien por cierto se había convertido en una gran celebridad tras el descubrimiento de la Gruta del Lago tal y como ahora era conocida, las feministas reivindicaciones de Lucía, comerse los flanes de Marita, los silencios enfadados de Víctor... y así un largo etcétera. Un largo etcétera que no incluía a Lluvia.

Solo quería la compañía de Alejandra, que se las agenciaba para distraerle sin el menor esfuerzo. Era divertida, graciosa y tan ingeniosa como uno de esos titiriteros que actuaban en el Teatro Raval. Le hacía reír y con ella olvidaba su encierro forzoso. Había instalado en su cuarto todo un arsenal de artilugios, material de médicos, tal y como decía ella. En su campamento base, la niña tenía vendas, papel, botes llenos de medicinas que en realidad eran cajitas de caramelos y alguna que otra cosa más totalmente imprescindible, como algún bizcochito de chocolate.

En el porche de la casita rodeada de jazmín amarillo, Lluvia se debatía sobre qué debía hacer. Ya habían pasado dos días desde el accidente de Óscar y ella aún no había ido a visitarlo. Como una forma de cortesía sabía que debía hacerlo, pero por otro lado, le daba bastante vergüenza. Todavía podía notar sus cálidos labios moviéndose sobre los suyos. Era evidente que ese beso la había trastornado bastante, y lo que era peor, ¡le había encantado!

Si era honesta consigo misma, debía admitir que había esperado toda la vida a que eso sucediera. Desde niña.

Siempre.

Desde que su memoria alcanzaba, había estado enamorada de Óscar.

Siempre.

No había pasado ni un solo día sin que soñara con él.

Lo que no aparecía en sus sueños, era el rencor que le tenía por haber dejado a Alex.

Ese pensamiento hizo que Victoria volviera a la realidad, y mirando de reojo a su padre, que se balanceaba en la mecedora de la entrada de la casa mientras leía *en El Noticiero* una reseña sobre Pablo, preguntó:

—Papá, ¿has visto a la niña? ¿Está con mamá otra vez en la cocina?

—No, hija —contestó desviando la mirada del periódico—. Está con Óscar —respondió con cautela ante la mirada de su hija.

—¿De nuevo?

—Sí, le encanta estar con él. Parece ser que la niña influye en su malhumor de forma positiva, así que todos aprovechan que ella está delante para ir a visitarlo. Si Alex no está, Óscar es un monstruo —continuó el profesor—. Hija, ¿te has dado cuenta de lo bien que se llevan? Ayer mientras yo estaba cambiando...

—Sí —interrumpió Lluvia.

—Y —añadió el interrumpido—, ¿te has dado cuenta de lo cariñoso que es él con la niña? —lanzó Víctor.

—Sí —admitió ella de mala gana.

—Y —continuó—, ¿te has dado cuenta de que siempre están juntos? Y de que...

—¡Papá! ¡Por favor!, ¿qué intentas decirme?

—¿Decir? Nada. Solo quería saber si te habías dado cuenta.

—Lo he hecho —masculló molesta—. Lo he hecho —susurró alejándose hacia la casona.

En el porche con olor a jazmín, Víctor, que conocía el secreto de Óscar, se quedó meditando un buen rato más, olvidado ya el periódico.

Capítulo 14

Se miró en el espejo del pasillo y se pellizcó las mejillas. Fue un acto reflejo, pensó, un hecho sin importancia. «A todas las mujeres nos gusta lucir bien».

Llamó despacio a la puerta con cierto nerviosismo. No sabía cómo iba a reaccionar cuando estuviera frente a él, pero en el fondo tenía ganas de verlo.

—Adelante —dijo una vocecilla infantil.

Lluvia abrió la puerta, extrañada, y entró en la salita de estar contigua a la habitación. Solo pudo ver a su pequeña sentada en la alfombra jugando con sus artilugios.

—¡Mamá! —exclamó la niña encantada de ver a su madre, poniéndose de pie para darle un beso.

—¿Estás solita, cariño? —preguntó extrañada.

—Zi, mamá, Óscar *está* ahí dentro. —Señaló con un dedito la habitación vecina. Ze ha quedado dormido y he venido a jugar aquí para no *dezpertarlo*. Le duele mucho el pie. Ayer cuando vino el doctor *cazi* llora —informó la pequeña.

—¿Y a qué juegas, bonita?

—Preparo *medizinas*. Cuando *ze dezpierte*, tengo que darle el jarabe.

—Muy bien, señorita doctora, es usted la médica más preciosa del mundo —dijo sentándose a su lado para darle un abrazo.

Estuvieron jugando juntas un buen rato, hasta que oyeron ruidos en la habitación de al lado.

—Ya *ze dezpertó*, mamá. —La niña se levantó enseguida—. *¿Vamos* a verle? —y sin darle tiempo a contestar, entró sin llamar.

Óscar estaba despeinado y con cara de dolor. Tumbado entre los almohadones blancos de su cama se le veía débil y frágil.

Lluvia pensó que parecía un niño afligido mientras lo miraba por la rendija de la puerta que había abierto antes Alejandra.

Alex, sentada junto a él en el lecho, estaba vendándole la mano, ante la mirada cariñosa del enfermo. La pequeña parecía explicarle las ventajas que ofrecía tener la mano vendada para la curación del pie. Él, paciente, aparentaba mostrarse encantado con la enfermera, a pesar de que era evidente que no se encontraba bien.

—*Zabez*, Óscar, mi mamá está ahí fuera en la *zalita*. Le da vergüenza entrar. Ella no me lo ha dicho, pero *ze* pone colorada cuando *le hablaz* —informó la niña dándole vueltas a los vendajes—. Creo que a *vezez* le *daz* miedo. No *zé* por qué —concluyó la pequeña sin levantar la carita de su trabajo, por lo que no pudo ver la cara de asombro de su paciente.

Victoria casi se muere. Si antes había tenido vergüenza, ahora no sabía dónde meterse, especialmente cuando se dio cuenta de que Óscar miraba hacia la puerta. Menos mal que desde donde estaba no podía verla.

A Óscar también le impactó el comentario de Alejandra. Guiado por su instinto, miró hacia la puerta, que estaba ligeramente entreabierta. Al principio no vio nada que corroborara la información de la niña, pero un leve movimiento le puso alerta. Cerca del suelo podía verse el volante de una falda amarillo limón.

—Curioso. —Y en seguida tuvo la brillante idea de poner a Victoria en un aprieto. A pesar del malestar, un brillo malicioso se apoderó de sus ojos—. Cariño —dijo dirigiéndose a Alex—, ¿no te ha enseñado tu mamá a no fisgonear a través de la puerta?

La niña le miró extrañada.

Al otro lado de la puerta, alguien dio un respingo, pues Óscar vio cómo saltaba un volante.

Óscar estalló en carcajadas... hasta que dobló el pie.

—¡Oh! ¡Maldición!

La puerta se abrió de golpe.

—¡No maldiga delante de la niña! —advirtió el resto del vestido amarillo limón con cara furiosa, hasta que se dio cuenta de que Óscar se había hecho daño. Tenía el semblante pálido, y aunque él intentó evitarlo, pudo ver cómo sus ojos estaban húmedos.

—Lo lamento —aseguró—. No era mi intención hacerlo. —Se disculpó agitando las manos nervioso, mientras intentaba relajarse para aliviar el dolor.

Fue evidente que ni siquiera pensó en que la niña estaba delante, aunque ella, para ser honestos no se había ni inmutado y miraba con carita de pena a su amigo mientras acariciaba su mano con cuidado.

—Mamá, no le *gritez*. Le duele de verdad.

Lluvia se sintió como un gusano por haberle hablado tan mal, y con gesto de preocupación, se acercó al convaleciente.

—¿Quiere un poco de agua? —Le puso la mano en la frente como guiada por un instinto—. ¡Uy, está ardiendo! Tiene fiebre.

Óscar la miró con los ojos apagados y vidriosos.

Lo que sucedió a continuación fue todo un despliegue de artes maternas.

En dos minutos Victoria le había cambiado ella solita las sábanas, le había mojado el rostro, puesto un paño húmedo en la frente, aireado la habitación, recolocado los cojines para que estuviera más cómodo y encargado una infusión de jengibre, buenisísima, según Marita, para la fiebre, el dolor y las inflamaciones. Ahora estaba hablando con una de las criadas, pidiéndole por favor que llamara a su madre.

A pesar de la temperatura que tenía, Óscar pensó que Lluvia estaba preciosa vestida de amarillo. El escote, debía admitir, era recatado, pero tenía algo que le estaba poniendo realmente nervioso, y es que ese cuello era precioso. No sabía si era cosa de la fiebre, pero estaba realmente achicharrado.

Las dos madres llegaron rápidamente a su lado. Entre las tres, estaba perdido con tanta mujer ocupándose de él, decidieron volver a llamar al doctor Miles, quien admiró la intervención de Victoria y la infusión de jengibre. Prescribió que continuara con ella cada cuatro horas, y añadió como recomendación que tomara un poco de láudano, tal y como ya le había indicado anteriormente, a pesar de que estaba seguro que no iba a tomar tampoco en esta ocasión. El médico le revisó el pie y le sugirió que se armara de paciencia, porque la convalecencia iba para largo tiempo, tratándose de un paciente que no estaba poniendo nada de su parte. Por último, el pobre doctor Miles pidió, más bien ordenó, que no fuera llamado, a no ser que Óscar, al que conocía desde su nacimiento, le hiciese aunque fuera un poquito de caso en sus recomendaciones.

El hombre abandonó la habitación, mascullando que quizás volviera al final de la semana para ver qué tal se encontraba, recalando de nuevo que no volvieran a interrumpirle su habitual partida de cartas, a no ser que, literalmente el pie se le cayera a trozos.

Y dicho esto, cerró la puerta, entre las risas disimuladas de las mujeres y la cara compungida del enfermo.

Siguiendo el ejemplo del doctor, todas las féminas de la habitación salieron por la puerta, decididas a no volver a hacerle caso a no ser que de una vez cambiara su humor y se dedicara a tomarse las medicinas.

Él, desde la cama, solo pudo observarlas contrariado.

Una semana después, y tras el vacío descarado de toda la familia a excepción de Alex, bendita fuera, Óscar decidió tomarse las medicinas y seguir a pies juntillas las indicaciones del médico.

Aunque le costaba admitirlo, enseguida se encontró mejor, por lo que a las dos semanas pudo levantarse por primera vez de la cama y dar pequeños paseos por la habitación y la salita contigua con la ayuda de unas muletas.

Casi un mes después de su accidente, ya podía caminar por el jardín. A su lado caminaba Alejandra, que mantenía un inusual silencio.

—¿Te sucede algo, pequeña? —preguntó Óscar inquieto, poco acostumbrado a los silencios de la niña.

—No *zé*. No tengo *ganaz* de hablar —contestó ella—. *Estoy* aburrida.

—¿Quieres que juguemos a algo? —propuso él.

—No. No tengo *ganaz* de jugar tampoco —admitió la niña.

Aquello sí que sorprendió a Óscar. Observó a la niña extrañado. No era habitual ver a la pequeña tan apagada y triste. La condujo hasta un banco del jardín y extendiendo su pierna herida sobre la hierba, se acercó a Alex. La tomó en brazos y, retirándole los oscuros cabellos del hombro, habló con ella:

—Vamos a ver, cariño, ¿qué te pasa? —dijo.

Alejandra le miró, posando sus ojos negros sobre los de él.

—¿*Zabez* que no tengo papá? —dijo muy triste, acariciándole la cara.

A Óscar se le partió el corazón en doscientos trocitos. Como adulto, no había sido consciente de que esa niña sentía la ausencia de un padre y se sintió como un miserable porque él había sido capaz de abandonar a una niña tan hermosa como Alex. Por otro lado, como hombre, recordó que Lluvia había estado casada, y recordar eso, le pateó el hígado una vez más.

No supo bien qué decirle, porque realmente no se sentía con fuerza moral para hablarle, pero sabía que la niña estaba esperando una respuesta.

Esta se había acurrucado en sus brazos. ¡Era tan pequeña! Tenía el pelo negro y rizado, a la altura de los hombros. Casi siempre llevaba un lacito recogiendo esos mechones suaves, pero rebeldes. Su piel era blanquita y muy suave. A Alejandra le gustaban los vestidos estampados, y siempre llevaba los zapatos sucios porque corría de un lado a otro arrastrándolos. No era muy alta para su edad, pero tenía una vitalidad asombrosa. Era ingeniosa, divertida y locuaz como una fantástica caja de sorpresas. Siempre estaba contenta y destacaba por su asombrosa imaginación.

Desde que él había regresado, esa pequeña que dormitaba en sus brazos había sido su tabla de salvación. Gracias a ella podía sentirse una pizca menos miserable. Ella le hacía reír de verdad, y debía admitir que su compañía era una de las cosas más agradables que le habían sucedido en la vida.

Por eso ahora, el hecho de saber que ella estaba triste, le rompía el alma. Esa niña no debería saber lo que era la tristeza. Era demasiado pequeña.

Se puso de pie con dificultad, pues llevaba a Alex en brazos. Andando muy despacio, ya que se apoyaba con la otra mano en el bastón, llegó a la casita donde vivía con su madre y sus abuelos.

Victor estaba arreglando un mueble en el jardín. Cuando los vio llegar, cogió a la pequeña y la metió dentro de la casa para acostarla con cuidado en su camita.

Óscar aguardó fuera.

A los dos minutos, Victor apareció por el quicio de la puerta con dos copas de vino y, animándole a sentarse a su lado en la escalera del porche, encendió un cigarro.

—¿Cómo va ese pie, hijo?

—Mejor, Victor. Aún me duele, pero ya puedo caminar. ¿Es especial, verdad?

—¿El cigarro? —preguntó el maestro mirando el pitillo—. No, es de los normalitos.

—No, Alex. —Óscar abrió las piernas mientras apoyaba los codos sobre sus rodillas y alzaba las manos, pasándose las por el pelo.

—Sí, lo es —aseguró el fumador muy tranquilo.

—Hoy estaba triste.

—¿Sí? —El hasta ahora tranquilo profesor dio un brinco y soltó de golpe el humo del cigarro—. ¡Qué raro! ¿Qué le sucedía?

—Me dijo que no tenía papá.

Al profesor se le atragantó el humo en la garganta, pero permaneció callado.

—¿Te das cuenta, Victor? Esta niña triste porque no tiene un padre, y yo... yo...

Victor le miró de reojo con lástima. ¡Si él pudiera hablar!

—... yo, sin mi niña —murmuró abatido.

—Óscar, hijo —comenzó a decir Victor mientras tiraba el resto del cigarro y lo pisaba con cuidado.

—¡Papá! Mamá te necesita dentro —interrumpió Victoria con tono firme.

Victor miró a su hija enfadado y con despetero.

Esta situación se estaba prolongando demasiado, y a él no le gustaba ver sufrir a aquellas dos personas a las que quería. Su hija, a pesar de tener razón en un inicio, era demasiado cabezota, y Óscar era demasiado irresponsable.

Decidido a no intervenir, al menos por el momento, se levantó y, tras mirarlos a ambos furioso, se fue en busca de su mujer.

—Victoria—Óscar intentó ponerse de pie tambaleándose por la falta de estabilidad a consecuencia de la lesión. Ella le ofreció la mano para que se sujetase—, Lluvia. —Y le miró.

Lo que vio fue diferente. Nunca había visto tanta tristeza en los ojos de Óscar.

«Parece un extraño», pensó ella, mientras observaba cómo sus pestañas oscuras, largas e inmensas subían y bajaban con cada parpadeo. La mano que tenía entre las suyas estaba fría, e incluso podía notar cierto temblor. El hombre que tenía delante realmente estaba angustiado por la pérdida de su hija.

Ella se preguntó hasta qué punto tenía derecho a esconderle la verdad.

Él, en cambio, se hacía una pregunta muy diferente: ¿desde cuándo estaba enamorado de ella?

Se miraron durante unos interminables segundos. Victoria, hermosa. Óscar, perdido. Ella pensativa. Y muestra de ello era que siempre que pensaba se mordía el labio inferior. Él, melancólico.

Victoria no pudo evitarlo. Soltó su mano y con suavidad le abrazó, primero despacio, y luego con mucha fuerza.

Él se quedó mudo. Al principio no pudo ni siquiera mover los brazos, pero tras el impacto inicial, se aferró con toda su energía a ella.

Quizás los hombres no lloraban, pero a él le costó muchísimo reprimir sus lágrimas.

Inspiró su aroma.

Era especial.

Estaba seguro de que el perfume lo había destilado María solo para ella. Se trataba de una sutil mezcla de jengibre y canela. Pensó que a partir de ese momento ese aroma lo perseguiría siempre. ¿Cómo olvidarlo?

Los pensamientos de Victoria andaban por el mismo camino. Óscar olía a almizcle y a cítricos. Siempre había olido igual. Su madre, María, que había destilado los perfumes para cada uno de ellos, le regaló esa mezcla cuando él no era más que un joven. Sentir su aroma la transportó hacia otras épocas felices, en las que ambos eran realmente buenos amigos, y en las que ella admitía abiertamente, estar enamorada.

Llevada por los recuerdos, se separó un poquito de él para mirar de nuevo sus ojos, y sin quererlo evitar, se dejó llevar por su amor retenido de tantos años. Acercó su boca a la de él y le besó con todo su corazón.

Óscar tenía los labios separados por la sorpresa, y aunque le costó reaccionar poco más de un segundo, cuando lo hizo se dejó llevar por el beso. Cerró los ojos y saboreó cada uno de los pequeños avances que ella hacía. Sin poderlo remediar, se apoderó de su boca. Mordió con placer sus labios mientras subía y bajaba las manos por la espalda de Lluvia, quien comenzó a devolverle el beso con la misma intensidad.

Lo que al principio era un beso suave y cálido se convirtió en un beso apasionado.

—Victoria, eres perfecta—dijo mientras la estrechaba todavía más contra él.

Ella no podía pensar. Oía su nombre a lo lejos, pero estaba tan aturdida que ni siquiera hizo el esfuerzo de comprender qué era lo que estaba pasando. Solo podía sentir las manos de Óscar alrededor de su cintura, en su espalda, por su cuello, deshaciéndole el peinado. Sentía calor. Estaba borracha de él. Quería más. Supo que siempre había querido más con él. Con él...

Se separó de golpe. Le miró y respiró. Tenía los labios hinchados de tantos besos, y el corazón desbocado latía sin control. Cerró las manos apretando los puños. ¿Qué había pasado?

—Óscar... —Bajó los ojos aturdida y excitada ante lo vivido.

—Victoria, yo, no sé qué... —Intentó volver a atraerla hacia él. Dios, cómo la deseaba. Hacía años que no había vuelto a desear a ninguna mujer. ¿Había dicho que la deseaba? No. La necesitaba con todas sus fuerzas.

Quedaron de pie los dos, uno enfrente del otro, respirando con dificultad. Así, durante al menos dos largos minutos. Así, hasta que ella, sin dejar de mirarle, entró en la casita recubierta por el jazmín amarillo.

Él esperó unos minutos, tratando de serenarse. Se agachó para recoger el bastón, y justo cuando estaba a punto de volver hacia su casa, oyó la voz angustiada de Victoria que le llamaba:

—¿Óscar! ¡La niña, Alex!, ¡llama al doctor Miles!

A Óscar se le heló la sangre en las venas. Olvidando su pie lesionado, subió las escaleras que acababa de pisar Lluvia. Buscó la habitación de la niña siguiendo la luz de las velas y... creyó morirse.

La pequeña estaba bañada en sudor. Tenía el pelo pegado a la frente y los ojitos cerrados. Parecía respirar con dificultad.

—¡Llama al doctor Miles! ¡Ya! —repetía Lluvia angustiada.

Y él corrió. Con el pie roto aún, corrió. Todo lo que pudo. Ensilló él mismo su caballo, y en lugar de mandar a un lacayo a la casa del médico fue él. Casi tumba la puerta del doctor. El mayordomo que le abrió la puerta casi se muere del susto, a pesar de que estaba acostumbrado a las visitas intempestivas de los pacientes de su señor.

En cuanto el médico estuvo informado de lo que ocurría en la casa Quintana, partió con prisas junto a un Óscar asustado, que azuzaba al caballo desesperado.

En la pequeña casa del jazmín, todos esperaban nerviosos. El doctor Miles llevaba mucho rato en el cuarto de la pequeña Alex. Necesitaban saber qué era lo que estaba pasando. Toda la familia reunida se ocupaba como podía. Alonso y Víctor, en un rincón, fumaban intranquilos. Marita y Valeria rezaban en silencio sentadas en dos mecedoras que había tallado el marido de la primera.

En una esquina desde donde se podía ver la habitación de la pequeña, Óscar y Lluvia hablaban despacio mientras a la segunda le caían lágrimas silenciosas por las mejillas.

—Otra vez no, otra vez no —murmuraba Victoria despacio.

—¿Le ha pasado más veces? —preguntó él con verdadero interés y muy preocupado.

—Sí, cada cambio de estación, especialmente en primavera y en otoño. Le pasa de repente. Comienza a subirle la fiebre y no puede respirar bien. ¡Pobrecita!

La puerta de la habitación de Alejandra se abrió despacio. El doctor Miles salió caminando, arrastrando los pies, mientras se ajustaba los lentes sobre la nariz y apuntaba algo en una libreta.

—Doctor, ¿cómo está mi hija? —preguntó Lluvia inquieta.

El doctor Miles le cogió la mano para tranquilizarla, y con su voz ronca le contestó:

—Tranquila, hija. Ya está mucho mejor. Le he hecho unos vapores y respira con normalidad. Le ha bajado la fiebre—le dio unos golpecitos en las manos—; está mucho mejor. De verdad.

—Pero, ¿qué le ocurre? ¿Por qué cada dos por tres meses se pone enferma? —insistió la madre alarmada.

—Pienso que es asma. Una afección respiratoria que empeora con el cambio de tiempo, o cuando la niña está cerca de algo que le da alergia. Dime, hija, ¿has observado si le sucede cuando está cerca de algún animal o cosa determinada?

—Déjeme pensar. Creo que no. —Lo cierto es que no podía contestarle, pues esta vez no estaba cerca de la niña cuando enfermó.

—Doctor —llamó Marita—, la niña estaba jugando con el gato del jardinero cuando empezó a respirar mal —explicó el ama de llaves—. ¿Cree que puede ser a consecuencia del gato?

—Podría ser, desde luego. He visto a otros pacientes, la mayoría niños, que presentan los mismos síntomas que la pequeña Alex cuando están cerca a algunos animales. —El doctor se atusó la perilla—. Vamos a vigilarla y, por si acaso, que no se acerque a ningún felino, ¿de acuerdo, cariño? —Miró con dulzura a Victoria, a la que también había visto crecer.

—Doctor, ¿qué debemos hacer si vuelve a ocurrirle? —preguntó Óscar mientras pasaba el brazo con naturalidad alrededor de los hombros de Victoria.

—Lluvia lo sabe. Lavarle inmediatamente las manos y la cara, cambiarle la ropa, hacerle vapores de eucalipto, y solo en caso de que empeore darle una cucharada de este jarabe. No olvides, Victoria, que debes tener cuidado con el preparado. Es fuerte para una niña —añadió el médico—. Ah, y como siempre, sería recomendable que viajarais de nuevo al norte para cambiar de clima. Esto siempre ha funcionado, ¿verdad? Estar cerca del mar favorece a los pulmones de la pequeña.

—Está bien, doctor. Mañana mismo volveremos a la casita cerca de la playa. Muchas gracias por su ayuda—dijo mientras abrazaba con ternura al querido médico.

—Ah, cariño, es mi trabajo. Si te quedas más tranquila, dormiré aquí esta noche, ¿de acuerdo?

—¿De verdad haría eso por nosotras? —Lluvia abrió mucho los ojos.

—Por quién si no, por quién si no, claro que sí. —Se emocionó el doctor—. He venido tantas veces a la casa Quintana a visitar a cualquiera de los niños o adultos que casi son de mi familia.

—Lo somos. —Y Óscar abrazó también al médico, emocionado.

Capítulo 15

La noche fue un poco larga y pesada.

Todos quisieron tumarse para vigilar la respiración de Alex, pero Lluvia no lo consintió. Se quedó ella... con Óscar. Solo le dejó estar a él, y no precisamente porque quisiera, sino porque este se puso tan cabezón que no pudo echarle de la habitación. Además, desde el fondo de su alma, no tenía ni fuerzas ni valor para hacerlo. Debía admitir también que la presencia de Óscar la tranquilizaba y le daba seguridad.

Se acomodaron como pudieron al lado de la niña. Ella tumbada en la misma cama. Él, sentado en la alfombra pero con la cabeza apoyada en el mullido colchón. Ninguno de los dos pudo dormir, así que permanecieron toda la noche cuidando a la niña... y cuidándose mutuamente.

En uno de los pocos instantes en los que Victoria cayó rendida por el cansancio, Óscar, tras arroparla con una manta, se quedó observándola durante largo tiempo. Así, dormida, le recordaba más aún a la pequeña y traviesa Lluvia. Seguía teniendo el pelo del color de las calabazas en otoño y algunas pecas salpicaban su bello rostro. Las pestañas, naranjas también, eran largas y hermosas. Y su boca... ¡Menudo beso le había dado esa tarde! Le había dejado con las piernas temblando. ¡Cuánta pasión!

Óscar pensó que aquella mujer le tenía tan confundido como a un tonto. Había veces en que parecía sentir odio hacia él. No podía entender por qué, pero así era. Otras veces, dejaba aflorar su yo verdadero, y volvía a ser la misma de siempre. Divertida, traviesa, espontánea y natural.

Esa Lluvia era la que le había besado con fervor por la tarde. Debía admitir, muy a su pesar, que no sabía si sería capaz de creer en el amor, que se sentía muy a gusto cuando ella estaba cerca. Le hacía sentir cosas muy extrañas. Sabía que nunca había sentido eso, algo muy parecido al amor, o al menos..., sin duda era lo más cerca que había estado de ello.

Cerró los ojos y, por un breve instante, soñó con que esas dos bellezas eran su familia.

Cuando Víctor entró en la habitación por la mañana, se encontró un cuadro precioso. Tres seres hermosos abrazados mientras dormían. Le dio pena tener que despertarlos, pero el carruaje ya estaba listo para partir, y era necesario que la niña hiciera sus vapores.

Fue la pequeña Alejandra la primera en despertar. Grandes ojeras marcaban sus bellos ojos. Se la veía cansada, pero aun así sonrió a su abuelo con dulzura, que al mirarla se derritió. ¡Mira que era bonita esa niña!

—Abuelito. Ya *estoy* buena —anunció estirando los brazos para que la cogiera.

Este extendió los suyos y cogió a su pequeña nieta, dándole a la vez muchos besos.

—Ratoncita hermosa, ¿ya estás curada? —preguntó el mayor.

—¡Ziiii! *Estoy* un poco *canzada*, pero mucho mejor que ayer. Mira, ya *respiro*. —Y le hizo al abuelo toda una demostración, lo que hizo que el profesor se deshiciera en besos de nuevo—. ¡Que me pica la cara, abuelito! —chilló Alex riendo.

Las carcajadas de la pequeña despertaron a Lluvia y a Óscar. La primera lo hizo sobresaltada. El segundo, extrañado, porque no sabía ni dónde estaba.

Tras comprobar que la nena se encontraba en perfectas condiciones, la dejaron con Víctor, quien ya era todo un experto en eso de los vapores, y fueron a la casa grande para tomar el desayuno con el resto de la familia.

La familia al completo desayunaba en silencio, preocupados por todo lo ocurrido la noche anterior. Cuando vieron entrar a Victoria y a Óscar, Valeria fue la primera en reaccionar, dándoles un beso a ambos.

—¿Cómo está, hija? —preguntó como lo hace una madre a otra.

—Bien, señora, está mucho mejor. Agradezco su preocupación. A todos. —Y suspiró cansada.

—Ven, siéntate y desayuna. —La cogió del brazo para acercarla a la mesa, pero esta rechazó amablemente su propuesta.

—No, señora, gracias. Solo he querido venir a saludarles y a contarles que Alejandra estaba bien. Debo ir a casa a hacer el equipaje. Partiremos enseguida.

—Pero hija, necesitas tomar algo, por favor, siéntate y bebe al menos algo de leche, una infusión, o... No, no, no pienso dejar que te vayas sin desayunar. Tú también pareces cansada.

Óscar estaba seguro de que al final Victoria cedería y se sentaría a la mesa. Cuando su madre insistía en algo, era muy difícil hacerle cambiar de idea, así que lo mejor era complacerla.

Desde el fondo de la mesa, sentado y con el pie dañado estirado encima de una silla, ya que el dolor en ocasiones continuaba siendo muy agudo, observaba con cautela la escena mientras meditaba en silencio. ¿Qué iba a hacer él si la niña y Victoria se iban lejos? Estaba claro que no podía hacer nada por evitarlo, ya que él mismo estaba deseando ver a Alex en perfecto estado, pero por otro lado... no quería perderlas de vista... a ninguna de las dos.

—Y dime, hija —se interesó Alonso—. ¿Dónde está esa casa? ¿En qué pueblo?

—Cerca del mar, señor, al lado del río Ángel —apuntó Lluvia—. En la orilla derecha. Parece ser que a mi hija le sienta bien un clima más húmedo —concluyó masticando una galletita de limón.

Óscar escuchaba mientras sus neuronas se movían con rapidez por el cerebro.

—¿Cuánto tiempo estarás allí esta vez? —preguntó Amelia.

—Debería plantearme vivir allí para siempre. Es el clima que mejor le sienta a Alejandra. —Suspiró con tristeza mirando a Óscar.

—Pero, cariño, esa casa donde estuviste la última vez no está en condiciones. Yo misma pude verlo cuando fuimos a visitarte Amelia y yo —apuntó Valeria.

—Sí, señora pero...

Y Óscar, que había estado callado hasta el momento, propuso la solución perfecta, al menos para la niña y... para él.

—Tengo una propiedad en el norte. Está cerca del río Ángel también, pero en la orilla izquierda. Desde la torre se ve el mar, apenas a dos kilómetros, y está perfectamente acondicionada para Alex. Tiene hasta cuarto de niñas... —Tragó con angustia al acordarse de su hija—. Yo mismo viajaré con vosotras para asegurarme de que os instaláis bien.

—No es necesario, de verdad —rechazó Lluvia, incómoda.

—Pero hija, ¿no te das cuenta que es la mejor solución? —advirtió Valeria con las manos entrelazadas sobre la falda rosa salmón.

Y entre todos expusieron tantos motivos que a Victoria no le quedó más remedio que aceptar.

Cuando Marita y Víctor se enteraron de los nuevos planes reaccionaron de formas muy diferentes. Marita se alegró porque su hija y su nieta iban a estar muy bien atendidas. Ella misma había viajado a la casa solariega del norte en una ocasión, y debía admitir que la residencia era muy cómoda y hermosa.

A Víctor no le hizo ninguna gracia. Cuanto más miraba a Victoria y a Óscar, más se daba cuenta de que el secreto que ambos guardaban no podía durar por mucho tiempo sin salir a la luz. Por otro lado, percibía entre ellos algo que no sabía bien cómo llamar, pero que parecía a punto de estallar.

Desde luego, se ofreció para acompañarles, así que tan solo dos horas más tarde Óscar, Victoria, Amelia, quien en último momento sintió la repentina necesidad de viajar, Víctor, y la pequeña Alejandra, se encontraron instalados en el cómodo carruaje familiar con destino a la villa solariega del norte.

Los viajeros pararon un par de veces para cambiar los caballos y tomar algo de comida. Las damas aprovecharon los descansos para estirar las piernas mientras los caballeros conversaban con aparente calma.

—Agradezco tu ofrecimiento, Óscar, de corazón. Es hermoso ver cómo te preocupas por la niña... y por la madre.

Óscar se quedó alucinado ante el comentario de su maestro, siempre perspicaz.

—No sé a qué te refieres —disimuló modesto.

—Vamos, Óscar, cuando mentas de pequeño, también te rascabas la oreja de esa forma. —El aludido dejó de hacerlo—. Ahora, de verdad, te lo advierto. ¡No quiero que le hagas daño a mi hija! —dijo muy serio Víctor.

—Víctor...

—Silencio, ahí llegan las niñas. Ni una palabra sobre esto, pero, ¡quedas advertido! —Terminó la conversación, mirándolo de reojo con severidad.

A Óscar no le quedó más remedio que aguantar la mirada vigilante de Víctor todo el resto del trayecto.

Victoria tuvo que admitir que la casa era perfecta. Se distribuía en una sola planta, a excepción de la torre, una magnífica construcción cubierta de hiedra de color verde que se elevaba hacia las nubes.

Alejandra se volvió literalmente loca ante el inmenso jardín lleno de casitas con figuritas de gnomos y duendes, decoración que había sido ideada por él mismo cuando supo que había nacido su hija.

Y tras trotar como una loca el resto del día y a pesar del agotamiento que le había provocado el largo viaje, tuvieron que arrastrarla hacia la bañera, llegando incluso a regañarle, puesto que no quería dejar de jugar en El Jardín de las Hadas. A pesar de su enojo, tras el baño y una ligera cena, cayó rendida por el cansancio.

Toda la casa dormía.

Sentado debajo del viejo roble del jardín pudo ver cómo las velas que iluminaban las diferentes habitaciones se fueron apagando. Primero la de la habitación de Alex, luego la de Víctor, y por último la de Lluvia. La imaginó vestida con un camisón recatado pero sensual. Pudo ver en su mente cómo soltaba su suave cabello, mientras lo cepillaba tranquilamente. Sintió un escalofío cuando fantaseó con ella tumbándose en la cama, apoyando su cuerpo sobre el cómodo colchón de plumas.

Desé estar junto a ella. A su lado, pero no sabía si tenía derecho.

Metida en la cama, Lluvia también estaba pensativa. Aún no se había repuesto del susto por el sobresalto que la pequeña Alex les había dado. Esta parecía encontrarse restablecida de su enfermedad, pero ella aún tenía que cayera de nuevo enferma.

Por otro lado, estaba él, Óscar. ¡Menudo beso se habían dado! Todavía le temblaban las piernas con solo recordarlo. No podía olvidar, desde luego, que había abandonado a la niña delante de la puerta de la Mansión Quintana, pero debía admitir que había algo extraño en todo aquello. Siempre se mostraba dulce con la niña. Muy paciente. Sabía escuchar y negociar con ella, jugaban juntos a menudo y parecía realmente angustiado cuando Alejandra se puso enferma.

Sí, quizás lo había juzgado mal. Después de todo, casi todo el mundo era merecedor de una segunda oportunidad.

Se durmió pensando en que a lo mejor, lo sensato, era contarle a Óscar toda la verdad.

Capítulo 16

A la mañana siguiente cambió de idea. Le daban miedo las consecuencias.

No se vieron hasta la hora de la comida. Allí, en el campo, todo era mucho más relajado.

Alexy y Victoria aparecieron vestidas con dos trajes prácticamente iguales. Faldas anchas de color azul, la de la niña con florecitas bordadas, respetando sus gustos, y blusas blancas ribeteadas con puntillas.

Los caballeros se levantaron al verlas, y mientras Óscar se quedaba casi sin aliento, a Victor le dio el tiempo justo de observar la cara de abobado de este último antes de que la niña le diera un beso en la mejilla y comenzara a hablar.

—Abuelito, he dormido —explicó emocionada— en una *habitación muy roza*. Tiene una cama grande, y del techo cuelgan *angelitos*. *Ez una habitación de niñaaz*. ¡Nunca *jamáz* había dormido tan a *guzto!* — Cogió con sus pequeñas manitas una tostada con miel—. *Ózcar, me guzta nueztra caza* nueva —exclamó dirigiéndose al aludido que la miraba con una actitud extraña.

Victor sospechó que se trataba de la alcoba donde la niña había dormido sus primeros meses. Alejandra había vuelto a su hogar. Quizás por eso se sentía tan contenta. En el momento en que oyó lo que decía la niña, supo que Óscar se había sentido mal. Le echó un vistazo rápido y vio que, aunque intentaba disimular la tristeza, esta era claramente evidente.

Lluvia, también se dio cuenta.

El desayuno fue una verdadera tortura para él. Empezaba a arrepentirse de haber acompañado a la niña y a Lluvia.

No era nada sencillo permanecer en esa casa sabiendo que en otra época su pequeña Sara había ocupado la misma habitación que Alejandra.

Las culpas estaban agobiándole, y debía admitir que eran cada día más grandes, mucho más pesadas, más insostenibles.

Solo parecía encontrar consuelo cuando la pequeña Alejandra se hallaba cerca de él. Ella hacía el milagro de conseguir que desaparecieran los fantasmas que le martirizaban, y aunque era evidente que nunca, jamás, podría perdonarse por lo que hizo, mirar a los ojos a esa niña parecía devolverle las ganas de sonreír.

Se dirigió con pisadas fuertes a la habitación de los niños. Hacía más de tres años que no entraba allí. Recordó cómo se sintió la noche en que nació Sara. ¡Qué nervios! Se alegró muchísimo de que fuera una niña. Siempre le habían gustado. En cuanto se la pusieron en los brazos, quedó totalmente enamorado del bebé. Tenía la cabecita cubierta de una suave pelusita oscura, y la cara suave como la de un gatito pequeño. Recordó que no pudo evitar contar sus deditos para asegurarse de que todo estaba bien y por fin, cuando cogió la manita de la recién nacida, notó como toda la fuerza del universo reposaba en aquel menudo ser. ¡Qué felicidad!

Al entrar en la salita se dio cuenta de que el servicio había retirado ya la cuna de la pequeña, y que en su lugar podían verse muebles para una niña un poquito más mayor. Toda la habitación estaba decorada en tonos rosados y cereza, ya que eran los que más le gustaban a Alejandra.

Se sentó en una de las diminutas sillas y se pasó las manos por los rizos oscuros. En aquellos momentos no sabía dónde meterse. Se sentía un miserable de la peor calaña, y lo más lamentable era que, pasaran los años que pasaran, hiciera lo que hiciera, rogara a quién rogara, jamás volvería a ver a la niña que creyó su hija. ¡Qué imbécil! ¿Y qué más daba que en realidad no lo fuera si él la quería con toda su alma?

Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no oyó cómo se abría la puerta.

Él no pudo verla, pero Lluvia se quedó durante un buen rato observando cómo Óscar Quintana lloraba en silencio abrazado a una mantita rosada que parecía de un bebé.

En la Casa de la Luna, nombre con el que Alejandra había bautizado a la propiedad solariega, había dos personas, mejor dicho tres, que en esos momentos estaban pensando demasiado.

Una, muy bajita, tramaba cómo llegar hasta la estantería donde la cocinera guardaba la caja de galletas con coco y chocolate. Otra, meditaba cómo decirle a alguien una verdad que podría cambiarle la vida por completo, y por último, una tercera, se martirizaba sentado en una silla diez tallas menor que su tamaño.

Los otros dos habitantes dormían una plácida siesta. Victor, debajo de un roble enorme que daba una maravillosa sombra; y Amelia en una hamaca del jardín rodeada de duendes y gnomos.

De los tres seres que pensaban, la única que encontró una solución adecuada fue la primera, que tras duros discernimientos se había subido no sin dificultad a la mesa de la cocina y había cogido sin mayores problemas la desecada lata de galletas. Una vez abierta, disfrutaba ahora comiendo dulces a dos carrillos, escondida debajo de la mesa que le había servido de puente solo dos minutos antes.

Cuando llegó la hora de la cena, Victor y Amelia se sentaron solos. Óscar no tenía apetito. A Lluvia le dolía inmensamente la cabeza de tanto pensar, y la pequeña Alejandra estaba terriblemente empachada y mostraba una cara casi de color verde. Nadie supo qué era lo que le había sentado mal, hasta que descubrieron en la cocina, debajo del tablón que servía de mesa, algunos restos sospechosos y una lata vacía.

Le dieron infusión de manzanilla y la acostaron calentita en su nueva cama. La pequeña se empeñó en que tanto Óscar como su madre le contaran un cuento, así que en ese momento discutían con la niña sobre el libro a leer:

—Quiero un cuento de *animalez y brujaz*, mami —pidió mientras sujetaba con fuerza la mano de Óscar para que este no se fuera—. *Y después uno de fantazmaz y prinzezaz*. Ózcar. ¿Vale? —reclamó mirando a los mayores.

Los dos adultos suspiraron y procedieron a inventarse lo que la niña les pedía, hasta que se dieron cuenta que se había quedado dormida tan solo cinco minutos después del principio del primer cuento.

—Debe estar agotada. Me ha dicho la cocinera que se ha comido casi una docena de pastas —comentó Lluvia mirando a Óscar y sintiéndose culpable de nuevo, no solo por no haber vigilado mejor a su hija, sino también por el secreto que guardaba.

—Yo una vez de pequeño hice igual. Me comí la caja entera —contestó lo primero que se le vino a la cabeza, ya que él tenía otras cosas en mente—. Victoria...

—¿Sí, señor? —respondió ella con los ojos mirando al suelo de madera.

—Por favor —le pidió cogiéndole la mano —acompañame a dar un paseo por el jardín.

—No, creo que no.

—Por favor. Hoy lo necesito. No quiero estar solo —suplicó de nuevo mientras la miraba con ojos suplicantes.

Lluvia lo miró llena de dudas.

—Está bien —no pudo negarse. La tristeza de él era tan evidente que no pudo rechazar la invitación.

Bajaron con lentitud las escaleras de la entrada principal y entraron en el jardín sin hablar.

Había luna llena y se reflejaba en el agua estancada de la fuente. Era una bonita noche de finales de primavera. A pesar de que durante el día hacía bastante calor ya, por las noches refrescaba un poquito, razón por la cual Victoria, que llevaba puesto un vestido azul pavo real de manga corta, sintió la humedad de la noche.

—Tienes frío... —dijo él parándose y frotándole con sus propias manos los brazos.

—Un poquito. —Frunció la nariz justo antes de que él la tocara—. ¡No, por favor no es necesario! —habló ella sorprendida y apartándose con rapidez.

Quedaron uno enfrente del otro. Ella ya sin frío. Él con un fuego interior que hubiera derretido el hielo.

—Lluvia, nunca me has hablado del padre de Alejandra, de tu... —le costaba hasta decirlo, maldita fuera— marido.

A ella se le estancó el aire en los pulmones. ¿Su marido?

—Pues no me gusta hablar de este tema. Me resulta doloroso —mintió ella.

—Lo comprendo. ¿Cuánto hace que murió —preguntó él con interés.

—Casi tres años ya. Alex era un bebé.

—¿Y a qué se dedicaba? ¿Cómo se ganaba la vida? —continuó indagando. Aquella conversación le interesaba mucho, pero mucho.

—Era dueño de una... granja —respondió dubitativa.

—¿Y cuál era su nombre? —Óscar entrecerró los ojos cada vez más celoso.

—Pues... —a ver qué nombre se inventaba ahora. Esto iba de mal en peor. No le dio tiempo a contestar. Él la cogió por los hombros.

—Lluvia...

—¡Victoria!

—Para mí, siempre serás Lluvia. ¿Es que no te das cuenta?

Se acercó aún más a ella y acarició su cabello pelirrojo, despeinándolo.

—Señor, por favor —susurró ella.

—Óscar, por favor —rogó él.

—Óscar... —admitió por fin, mirándole, y le miró quitándose de una vez todas las corazas que había acumulado con el paso de los años. Acarició su cara suavemente, investigando con sus dedos cada trazo, cada surco de su hermoso rostro. Notó su incipiente barba.

Él sintió que aquellos dedos que lo dibujaban limpiaban su alma, acallando la tristeza que le segabla la ilusión.

—Lluvia, besáme, por favor —suplicó necesitándolo más que el aire que entraba en sus pulmones—. Y no me digas que no —pidió—. Esta noche no. Te necesito.

Y ella lo hizo. Acercó sus labios temblorosos a los de él. Notó su aliento. Tenía un ligero toque a regaliz y vino. Entreabrió la boca y posando el labio superior encima del de Óscar, le besó. Con calma. Con toda su alma.

Óscar reaccionó deprisa, como si una esquirla de fuego líquido hubiera inflamado su cuerpo y, tomándola en sus brazos con fuerza, la fundió contra su ser apretándola para licuarse con ella. Lluvia lo imitó y, durante unos minutos ambos se dejaron llevar, dándose besos largos y prolongados, soñados, calientes, desesperados, como si solo el hecho de besarse fuera la vitamina que el alma necesitaba para seguir conectada al suelo.

Él, que sabía bien lo que tenía que hacer para mantener viva la excitación, estaba volviéndola totalmente loca. Sabía dónde debía tocarla, rozarla, acariciarla. Ella, que no tenía ninguna experiencia, se dejó llevar.

Óscar pensó que si el cielo podía tocarse, en esos momentos lo tenía justo en la punta de los dedos. Necesitaba descubrir la magia de su cuerpo. Lo ansiaba. La necesitaba.

Subió las manos por su espalda y con habilidad desató los cordones del corpiño mientras abría la boca para comérsela a besos. Ella se abrazó a él con más fuerza aún, y saboreó cada uno de sus besos, devolviéndoselos con pasión. Sintió cómo la presión que ejercía el corpiño del vestido se alojaba, dándole la oportunidad de respirar con más profundidad, disfrutando aún más de las caricias y de los besos que él repartía en esos momentos por todo su cuello, mientras pasaba sus manos con delicadeza por encima de la camisola que separaba los dedos de él de su piel.

Se estremeció por sus caricias, atrevida y desbocada consiguió desabrocharle el chaleco y la camisa. Se separó un instante para recuperar la respiración y entornó sus verdes ojos llenos de pasión para disfrutar mejor del espectáculo de músculos que tenía delante de sí. Con timidez, acercó sus dedos al torso desnudo de Óscar y ataviada con la magia de la audacia, tocó. Lo tocó.

Sintió fuego.

Él se fundió.

Con un gemido soñado, se dejó llevar, y cogiéndola en brazos la llevó junto al roble centenario. Apoyó su propio cuerpo en el tronco, y volvió a atraerla junto a él. Hundió la cara en su cuello, y respirando el ya conocido aroma de jengibre y canela, se volvió medio loco. Curiosa sensación.

Ella, quizás un poco más serena, aunque eso era algo que estaba por valorar, acarició los suaves cabellos rizados de Óscar, mientras depositaba, sintiéndose al límite de sus fuerzas, un tierno beso en la frente del hombre que jadeaba junto a su cuello.

Él, que respiraba con dificultad, la miró con fuerza, y volvió a besarla con todo su amor. ¿Amor? —pensó... Sí, sabía que era amor. ¡Amor!

Comprendiendo que la quería, que estaba enamorado hasta la médula, se dio cuenta de que... aunque estaba deseando fundirse en ella más que nada en esta vida, no podía ser así.

Él, que estaba besando por primera vez en toda su vida con el convencimiento de estar enamorado, no podía tomar a esa mujer allí en medio de un jardín y a escondidas. Solo podría hacerle el amor si ella sentía

lo mismo por él.

Al pensar en esto, se sintió terriblemente asustado.

—Oscar... —dijo ella desorientada—. ¿Te sucede algo?

—No, cariño —volvió a besarla en los labios con suavidad—. Solo disfrutaba de tenerte así, tan cerca —susurró abrazándola con ternura—. Ella se encendió enseguida de nuevo—. Lluvia, cielo, me muero de ganas de besarte, pero así no. Aquí no. —Ella seguía besándole el cuello, mordisqueándole la oreja y volviéndole tan loco como un druida en éxtasis, ¿había dicho un druida? Uf, El Jardín de las Hadas y los susurros sensuales de ella estaban haciendo de él un verdadero pirado—. Victoria, no me estás ayudando mucho...

—Oh...

Al escucharla gemir en su cuello, todos sus prejuicios se desvanecieron. Sucumbió. No lo pudo evitar.

La besó con un hambre voraz, feroz.

Juntos resbalaron hasta que quedaron tumbados en la hierba, abrazados, besándose con desespero.

—Mi amor. Te quiero, Lluvia —confesó Óscar abandonado y muy seguro de sus palabras, palabras, por cierto, que salían por primera vez de su boca.

Ella se vio sorprendida e impresionada ante semejante declaración, que la había pillado desprevenida. Con la mente abotargada, se quedó muda, como paralizada. Sin fuerzas.

—¿Victoria? —preguntó él aturcido por la pasión.

—¿Qué has dicho? —interrogó ella de nuevo, escurriéndose por la hierba hasta que quedó alejada de él, pero con la respiración agitada.

—¿Perdón? ¿Qué pasa?

Óscar se sentó de golpe en la hierba, muy sorprendido, sin comprender muy bien qué era lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Lluvia le miraba fijamente a los ojos como si estuviera viendo un fantasma. ¿Óscar acababa de decirle que la quería? ¡Qué dicha sentía en ese momento! ¡Toda una vida de sueños esperando para oír eso! ¡Toda una vida esperando que Óscar Quintana se enamorara de ella! Y ¿por qué se sentía tan mal? ¿Qué le pasaba para que el corazón en lugar de latirle con amor le latiera con remordimientos de conciencia?

—Debo marcharme... —Cogió las manos del hombre que la miraba extrañado y volvió a soltarlas de golpe, impotente ante la negativa de su garganta, que parecía haber perdido la facultad de hablar.

—Espera, no te vayas aún, por favor. Debo hablar contigo. Necesito...

Se quedó hablando solo. Victoria se había marchado corriendo.

Dentro de la casa, Lluvia no vio a su padre, que, sin poder dormir, había bajado a coger un libro de la biblioteca, pero él sí pudo ver el corpiño de su hija desatado.

—Mañana, Óscar y yo tendremos una pequeña charla. ¡Con los puños!

Victor se quedó con las ganas.

Al día siguiente, el distinguido señor Óscar Quintana, antes de que él mismo pudiera hablar, lo arrastró a la biblioteca y le habló de sus sentimientos. Fue honesto.

Sucedió justo al lado de la chimenea que estaba apagada debido a las altas temperaturas que había durante el día en ese comienzo de verano. Le pidió la mano de su hija con toda ceremonia, cumpliendo todas las normas protocolarias. Le explicó que se había dado cuenta de que la amaba, de que llevaba años pensando en ella, que sabía que no era un hombre perfecto, pero que estaba convencido de poder hacerla feliz. Le dijo que iba a cuidarla durante el resto de su vida, y que jamás le iba a faltar nada a su lado. Intentó hacerle comprender que gracias a Lluvia, él tenía ganas de ser mejor persona, que había esperado treinta y pico años hasta darse cuenta de que el amor lo tenía delante, que incluso no le importaba que ella no perteneciera a su clase social, que de hecho eso le daba igual. Le confesó que además de estar perdidamente enamorado de ella, también quería con todo su corazón a la pequeña Alejandra, y que pensaba ser para ella un padre.

Le dijo tantas cosas que Victor quedó totalmente aturdido.

Él que pensaba romperle la cara a guantazos por la indiscreción de la noche anterior, en ese momento solo quería abrazar a Óscar emocionado.

A pesar de eso, no aceptó su propuesta. Al menos de momento, hasta que él fuera capaz de contarle su historia a Lluvia y preguntarle después directamente a ella si también sentía lo mismo.

Orgulloso ante lo que sus ojos y oídos acababan de escuchar, salió de la biblioteca, dejando al enamorado Óscar pensativo, y es que imaginaba que no sabía cómo enfocar la confesión que debía hacer.

Óscar, no vio a Lluvia en todo el día. Sospechaba que estaba intentando evitarle.

Amelia, la niña y ella habían ido a pasar la jornada al pueblo más cercano. La excusa que dieron fue que querían ver la feria de productos artesanales y comprar allí algunas chucherías.

El pueblo era bastante grande. No tanto como una ciudad, pero disponía de lugares muy agradables para pasar la tarde.

Amelia estaba empeñada además en conocer al médico de la localidad para investigar si podía hacer alguna que otra práctica con él, ahora que el curso universitario había finalizado. Le había costado un mundo que la admitieran, pero su cuñada Lucía Marinel, sus calificaciones y los contactos de su padre le habían allanado un camino, que aún así, no estaba siendo fácil. Abrirse un hueco en la Facultad de Medicina era muy complicado, ya que era una de las primeras mujeres que lograba acceder. En calidad de pionera, debía dejar a las mujeres en el lugar que merecían.

Dos de las tres mujeres de la casa pasaron un día fantástico. Todas, menos Amelia, que regresó a la casa de campo muy, pero que muy enfadada con el engreído y machista médico del pueblo, el cual se había negado rotundamente a tomarla como aprendiz, alegando que estaba muy ocupado como para que una señorita de buena cuna con ínfulas de convertirse en médico fuera a molestarle.

En la cena, mientras saboreaban el queso con mermelada de arándanos que habían comprado en la feria del pueblo y bebían el dulce zumo de manzanas hecho por los artesanos de los alrededores, una muy indignada Amelia relataba a los presentes su desafortunado encuentro con el medicucho local.

Hizo reír a todos, lo cual fue una bendición, porque en esa mesa había varias personas francamente nerviosas: Victor, porque no sabía qué iba a pasar. Lluvia, porque estaba muerta de la vergüenza por lo ocurrido la noche anterior no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos del plato. Y Óscar nervioso también por darle tantas vueltas a la cabeza para encontrar la forma de contarle a Victoria su historia.

Solo Alejandra permanecía ajena a todo lo que bullía en la mente de los adultos y saboreaba con ganas —ya se había recuperado del empacho de galletas de coco y chocolate— las empanadas de membrillo, el queso con arándanos y una deliciosa mousse de limón que le había hecho solo para ella la cocinera.

Había que admitir que la velada no resultó muy amena, y es que justo después de cenar Amelia salió disparada hacia su habitación con el fin de escribirle inmediatamente a la mujer de su hermano, Lucía, conocida feminista, para compartir con ella la indignación que sentía ante los abusos del maleducado médico.

La tensión que había en ese salón de descanso podía cortarse con un cuchillo. Victor fumaba inquieto apoyado en uno de los amplios ventanales de madera blanca que daban a El Jardín de las Hadas. Tenía una expresión en el rostro un poco extraña, y parecía estar aguantándose las ganas de explotar.

Cerca del maestro, su nieta jugaba con unos bloques de madera coloreados con los que formaba construcciones.

Vigilándola de cerca, y remendando uno de los delantales de Alex, Victoria, su Victoria, observaba de reojo mirando a su alrededor con esos ojos verdes que le quitaban el aliento.

Hundido en una enorme butaca de piel marrón con el ceño fruncido, Óscar se daba perfecta cuenta de que Lluvia ni una sola vez había mirado hacia dónde él se hallaba. Entendía que su encuentro de la noche anterior la hubiera perturbado. Fue excitante, maravilloso. Él se había vuelto loco, y por instantes llegó a sentir que a ella le había ocurrido lo mismo, pero la mueca que en esos momentos veía en sus labios le desconcertaba un poco.

Si no recordaba mal, ella también había participado ayer por la noche, por eso no comprendía la cara tan seria de Lluvia. No se imaginaba que, en esos momentos, también tenía serios problemas sobre cómo contar una verdad.

—Mami, estoy *canzadita*. Quiero ir a dormir. —Alex se estiró ruidosamente en la alfombra—. ¿Alguien *eztá dizpueto* a contarme una *cuenteztito*? —preguntó juguetona mirando a su abuelo, el cual, dándose por aludido, aplastó lo que quedaba del cigarro que fumaba en un fino cenicero de porcelana.

Victoria hizo ademán de levantarse, pero Victor se adelantó y, haciéndole un gesto con la mano, le dio a entender que él se encargaba de la pequeña.

Lluvia se quedó sentada, no muy convencida, pero asintió con la cabeza, consciente de que no le quedaba otro remedio que quedarse a solas con Óscar y afrontar de una vez la verdad.

—Hija, yo acostaré a Alejandra. Tengo un par de cuentos nuevos para ella. ¿Verdad, ratoncita? —preguntó mirando a su nieta con amor.

—Zi, abuelito. Mami, hoy me duerme él. —Y girándose hacia Óscar, le dijo señalándole con el dedo—. Cuida a mi mamá. *Zi quierez* también le *puedez* contar un cuento. A ella le *guztan loz de prinzeaz y prinzipez*, ¿verdad, mami?

—Sí, hermosa. Dame un besito. —La niña se acercó a ella para besarla.

—*Ezpera*, abuelito —le hizo un gesto con la manita—, que tengo que darle otro *bezito* a Ózcar. —Y se dirigió hacia donde estaba, pero no llegó ante él, tiró de la manga de su camisa para que se agachara y así susurrarle un secreto al oído—. A mi mami, *dezpiúz de lozz cuentozz*, le *guzttan lozz bezzoz*. Yo le *doy muchozz*. *Ezta* noche *ze loz tendrázz* que dar tú.

Óscar casi se muere de la vergüenza, aunque admitió que estaba deseando contar cuento y besarla después hasta hacerle perder el sentido.

Tras desear buenas noches una vez más, la pequeña desapareció, dando pequeños saltitos cogida de la mano de Victor, que los miró de reojo, deseando que pudieran hablar con el corazón.

Óscar y Victoria pasaron muchos segundos en silencio. El primero, más valiente, mirándola con pasión a los ojos. La segunda, un poco más cobarde, mirando al techo, como si rezara.

Él pensó que dónde habían quedado todos sus aires de conquistador. ¿En qué momento se había quedado mudo o se había vuelto idiota de remate? ¿Cuándo había perdido el don de la palabra? Increíble. ¡Venga, va, valiente! ¡Decídetelo! —pensó—. Si quieres que ella te comprenda, debes decirle todo lo que has pasado...

Los pensamientos de ella eran muy similares, pero no le dio tiempo de cavilar demasiado, porque Óscar estaba acercándose con paso firme. ¿Estaba arrastrando el taburete tapizado con terciopelo amarillo? ¿No se estaba acercando demasiado? No podía mirarle, aunque logró hacerlo de reojo. Estaba guapísimo vestido con ese pantalón negro y la camisa blanca ¿Qué hacía? Se había sentado enfrente de ella. Vio que él abría la boca. ¿Qué le iba a decir...?

—Victoria, me gustaría hablar contigo. Es importante.

—Ella le miró fijamente a los ojos.

—Yo también quería hacerlo. Perdón.

—¿Perdón? ¿Por qué te disculpas?

—Anoche me fui un poco deprisa. No sé qué me pasó.

—¿Te asusté?

—No. —Fue quizás un pelín vehemente—. No tuve miedo. Me... —bajó la voz — gustó — admitió poniéndose colorada.

—¿Cómo dices? No te he escuchado —pinchó él satisfecho ante lo que Lluvia acababa de confesarle

—Oh, vamos Óscar —se levantó de repente y le miró desde arriba—, has oído perfectamente lo que he dicho. Como si no lo supieras ya.

Él se quedó desconcertado ante el cambio de actitud que vio en ella.

La Lluvia espontánea y maravillosa que él conocía por fin había salido a flote. Ahora podían ser ellos mismos.

Él decidió ir al grano.

—Te quiero. —Ella volvió a sentarse de golpe—. Estoy enamorado de ti. Desde siempre. —Lluvia abrió los ojos—. Creo que desde aquel momento en que te encontré debajo de la tormenta —confesó Óscar—.

Debo admitir —se tocó el pelo con las manos— que no lo he sabido con certeza hasta hace poco, pero siempre has estado dentro de mi corazón. —La miró fijamente mientras cogía sus manos, que estaban frías—. A lo largo de todos estos años, siempre que pensaba en mi hogar, la primera imagen que me venía a la mente era tú.

—Óscar, yo...

—No, déjame continuar, por favor. —Ella asintió con la cabeza—. Victoria, cuando aquella mujer mintió en la fiesta de cumpleaños de mi madre...

—¿Mintió? ¿No era tú...? ¿No estaba embarazada? —preguntó ella sorprendida de que hubiera en el mundo personas capaces de inventar mentiras de ese tipo.

—¿Amante? Sí. Lo fue, pero en esos momentos, ya había dejado la relación. Lluvia, en esa época —trató de justificarse —era joven, irresponsable, no pensaba en el matrimonio. No, nunca había estado enamorado de ninguna mujer. Solo disfrutaba de la vida. Y en cuanto al embarazo, fue una cruel mentira más.

Se dio perfecta cuenta del efecto que habían causado en ella todas las confesiones que estaba escuchando esa noche, pero a pesar de verla impactada, decidió continuar.

—Aquella horrible noche, después de que mi padre me echara de casa, yo... —costaba contar una historia tan dura— creí que mi madre había fallecido y me volví completamente loco.

—¿Creías que la señora Valeria se...? —A Lluvia le costaba asimilar tanta información

—Sí, estuve muchos años creyéndolo —asintió Óscar mientras se levantaba para llenar una copa de vino—. ¿Quieres? —ofreció.

—No estoy acostumbrada a beber pero creo que esta noche voy a necesitarlo. Sí, por favor. Llénala —pidió cruzando las piernas sobre el sillón verde en el que estaba sentada.

Óscar rio ante la petición de Lluvia, y tras llenar las dos copas volvió a sentarse en el taburete amarillo.

—Estuve tres años y pico creyendo que yo había sido el culpable de la muerte de mi madre. Pero... volvamos a aquella noche. Después de mi salida de la casa Quintana, me las ingenié para conseguir una licencia especial con rapidez, y así fue como me casé con Martina La Vall —recordó asqueado—. Tras la boda, nos instalamos en una vieja choza muy cerca de aquí y le hice creer que éramos infinitamente pobres.

—¡Oh! ¿Y te creyó? —preguntó ella a la vez que alzaba una ceja, incrédula.

—Sí, vaya si me creyó. Trabajé en la tierra durante tres largos años, cuidé animales y vivió como una pordiosera durante todo ese tiempo.

Muy a su pesar, Óscar rio recordando las manos de campesina de Martina.

—Yo me dediqué a trabajar como un esclavo, sintiendo que cada día me moría un poco más.

—Óscar, no sabía. No tenía ni idea...

—Espera, aún falta lo mejor. Una noche —continuó él—, después de haber pasado el día vendiendo la cosecha de nabos en el mismo pueblo que habéis visitado hoy, compré una edición de *El Noticiero* y...

—¿Qué?

—Leí una reseña en la que los señores Alonso y Valeria Quintana anunciaban la boda de Pablo y Lucía.

—¡Dios mío! ¿Fue así como te enteraste de que tu madre seguía viva?

—Sí, así fue. Después de tres años, tres largos años sintiéndome en el infierno. —Cerró los ojos y respiró profundamente agachando la cabeza—. El impacto de la noticia me dejó sorprendido, conmocionado, y

bebí sin parar hasta que caí desplomado. Ella, Martina, aprovechó la situación para... Victoria, me da vergüenza que tengas que oír estas cosas —admitió él, sonrosándose por primera vez desde que ella lo conocía.

—Aproveché para... —le animó a continuar.

Él tragó despacio el nudo que se le había formado en la garganta.

—...para acostarse conmigo. Fue la única vez que sucedió en todo ese tiempo.

¿Para qué le había alentado a seguir?

—¿Solo esa vez?

—Sí, yo la odiaba con todas mis fuerzas. Pero, déjame continuar. Al poco tiempo, me anunció que estaba embarazada. Esta vez fue real, así que nos trasladamos a esta casa para que el bebé pudiera formarse tranquilo. Como podrás imaginar, una mujer tan ambiciosa como Martina nunca me perdonó el que yo le escondiera mi situación económica, así que creo que fue ahí cuando comenzó a tramar su venganza.

—¿Venganza? No te entiendo...

—A su tiempo lo comprenderás... Martina dio a luz a una niña. Una niña hermosa a la que llamamos Sara. —Se le humedecieron los ojos—. Al poco de nacer mi hija, Martina me pidió el divorcio y se marchó con su amante a Francia, un adinerado hombre de negocios, mucho más mayor que ella. Para mí supuso un alivio inmenso. Por fin desaparecía de mi vida, pero dejándome lo que yo más quería en el mundo, a mi hija... —Volvió a tragar con dificultad y apuró el vino que tenía en la mano.

Lluvia empezó a sentirse molesta.

—Junto con la niña, que tenía pocos meses, regresé a la ciudad con la intención de hablar con todos vosotros y asistir a la boda de Pablo.

—No lo hiciste. Yo te estuve esperando —confesó ella también.

—¿Lo hiciste? —preguntó él con ternura.

—Sí —admitió ella—. Siempre te estuve esperando.

—Amor —dijo él acariciándole la cara.

Sus ojos se encontraron con intensidad durante unos segundos.

—Déjame continuar, preciosa. No sé si te va a gustar lo que me queda por contar. —Inspiró con tristeza—. Bien, justo unos días después de haberme encontrado con Pablo, mi abogado me entregó esta carta. —Sacó un amarillento papel del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿De quién era... es esa carta?

—Lluvia, es de Martina. En ella dice... —uf cómo costaba— que la niña, mi Sara, mi hija, en realidad, no... era hija mía. —Aún le costaba respirar cuando pensaba en ese día.

—¿No era tuya? —gritó Lluvia perdiendo la compostura.

—No —admitió él—. Era del herrero del pueblo, con el que al parecer Martina se revolcaba desde hacía tiempo —confesó soltando de golpe la incómoda y odiosa información que llevaba años oprimiéndole el corazón.

—¡Dios mío, Óscar! —El corazón de Lluvia palpitaba con fuerza, con mucha fuerza. Ahora lo comprendía todo. Ahora entendía el porqué de las cosas.

—Me volví tan loco por el dolor... ¡Oh, Victoria! Bebí. Bebí tanto que perdí el control. Cogi a la niña y...

—Y...

—La dejé en la puerta de la Mansión Quintana. Me quedé hasta que oí unos pasos, y... me marché.

Óscar se levantó con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Ya le había contado toda la verdad. Ya. Ahora, solo quedaba ver la reacción de ella.

—Óscar —dijo ella levantándose y acercándose a él. Había llegado su momento—. La niña...

—La niña murió. Me lo contó tu padre al poco de mi regreso. Murió esa misma noche —reveló él con dolor y con un tono de voz muy ronco—. Lluvia, yo soy el culpable de que mi... de que Sara muriera.

A pesar de que él estaba de espaldas, Lluvia le abrazó.

Óscar lloraba. Primero en silencio, pero cuando notó el calor del cuerpo de Lluvia tan cerca, se giró despacio y rompió a llorar con furia, con fuerza, con dolor, con tanta pena que a ella se le quebró el corazón.

Le abrazó con toda su alma y dejó que él llorara.

Sintió cómo temblaba. De arriba abajo.

Ese hombre había cargado con una culpa terrible durante tres años y necesitaba consuelo. ¡Qué dura había sido con él! Desde luego, seguía pensando que era una aberración abandonar a una niña tan pequeña en la oscuridad de la noche, pero... en el fondo sabía que la había dejado con su familia, no con extraños o en un orfanato.

Oh, parecía increíble, pero era la primera vez que ella se daba cuenta de eso. Por otro lado, ¿no era comprensible el dolor que él había sentido al descubrir el engaño de esa víbora?

Se separó un poquito de él para secarle los ojos y se perdió en su oscuridad.

—No llores más, por favor —pidió conmovida—. A ver, déjame secarte esas lágrimas, vamos, no...

No pudo seguir hablando, porque un beso voraz se apoderó de su aliento. Sintió la lengua de él introduciéndose con fuerza en su boca, dominándola, explorando cada uno de sus vericuetos.

Las manos de Óscar parecían estar en todas partes. En el cuello, en la espalda, desabrochándole el vestido, levantándole las faldas, en sus cabellos, deshaciendo el elaborado recogido.

No pudo hacer otra cosa que responder a sus besos, a sus caricias, a su anhelo. Él había encendido la chispa de la magia y ella cruzó la línea del recato. Se dejó llevar.

Sintió que era alzada en el aire y que la cogía en brazos. Pudo ver entre besos que subía con ella las escaleras y que con paso firme avanzaba por el pasillo que llevaba a las habitaciones. Supo que Óscar había abierto la puerta con el pie, puesto que no dejó de besarla con desesperación.

Una vez en el cuarto, la depositó en el suelo, colmándola de besos y caricias. Estaban sedientos el uno del otro. Ella lo deseaba tanto que en esos momentos no había nada más importante que permanecer en sus brazos. Necesitaba tanto sentir su calor que el mundo parecía haber dejado de girar.

Óscar la desnudó, tirando de todas aquellas prendas que oponían la más mínima resistencia, y ella, con manos inexpertas, consiguió desabotonar la fina camisa.

Sabía que tenía los labios enrojecidos y el rostro arbolado por la fricción con la barba de ese hombre que estaba volviéndola literalmente loca de deseo. Ahora le daba todo igual. La vuelta atrás había quedado olvidada entre la pasión de sus gestos.

Óscar parecía estar a punto de estallar. Se sentía como un hombre al que se le había negado el aire y que de pronto podía respirar a bocanadas. Tenerla en sus brazos era absolutamente perfecto, maravilloso. A pesar de que comprendía que aquello no era correcto, no podía parar. Sería como volver a quedar sin aire... ¡y él había estado tanto tiempo sin respiración!

Supo que estaba siendo un poco brusco. Era consciente de ello, pero no podía parar. La besó de nuevo con todo su corazón y la miró. Estaba desnuda. Completamente desnuda. Verla así fue toda una revelación. Victoria tenía un cuerpo maravilloso, proporcionado. Sus pechos, más grandes de lo que él había imaginado, constituyeron toda una sorpresa. Golosos y tentadores, sus duros pezones le daban pistas sobre la excitación que ella sentía en esos instantes. Tenía unas caderas perfectas, y era conmovedor observar que al igual que en el rostro, también a lo largo del cuerpo, algunas sugerentes pecas señalaban rincones hechos para ser besados.

Y eso hizo. Besarla por todas partes.

Lluvia creyó desmayarse cuando notó la boca de Óscar en zonas muy, pero que muy escondidas de su cuerpo. Solo podía oírle susurrar palabras de amor mientras lamía, chupaba y mordía partes de su anatomía que ni siquiera sabía que existía.

La tumbó en la cama con suavidad, y dejó que ella observara.

Victoria tembló de deseo cuando vio ese cuerpo perfecto.

Óscar estaba moreno. Su piel era suave y en ese momento ardía como las llamas del infierno. Puso las manos sobre su pecho, como queriendo calmarle la agitada respiración. Miró con deleite los músculos que se marcaban en su abdomen, y no pudo evitar lamerse los labios cuando por fin se atrevió a mirar un poco más abajo.

Ahora fue ella la que se quedó sin aire.

Él río complacido y cogió su mano, llevándola hasta donde ella quería tocar pero no se atrevía.

Palpitaba.

Para él, eso fue la perdición. Se acostó encima de ella, y besándola de nuevo mientras la acariciaba por todas partes le susurró al oído, consiguió susurrarle al oído lo que llevaba muchos minutos queriéndole gritar.

—Te quiero. Necesito que seas mía... —Respiró profundamente esperando una respuesta—. ¿Quieres...?

—Sí —dijo ella con voz entrecortada. —¡Sí! —gritó cuando Óscar besó de nuevo la suave piel que se arremolinaba alrededor de su ombligo.

Él trató de moverse con delicadeza, pero Victoria no se lo permitió. Fue ella la que atrapó su boca en un feroz beso, otro más, y abriendo las piernas le mostró el camino a seguir.

Óscar pensó en ser delicado, pero no pudo. La penetró con fuerza y la hizo suya con toda su energía, olvidándose de cualquier momento amargo que hubiera existido en su vida.

Sentir como Óscar se deslizaba en su interior fue como encontrar su lugar en el mundo. A medida que él la penetraba, ella iba tomando conciencia de que había nacido solo y exclusivamente para eso, para ser suya, para ser su mujer. No le dolió. Para ser la primera vez, no notó más que una pequeña molestia. El placer era más fuerte. Mucho más intenso.

Percibió cómo él incrementaba la vibración, y se dejó llevar. Alzó las caderas, le clavó las uñas en la espalda, y comenzó a moverse al mismo ritmo. Cada vez notaba que Óscar estaba más dentro de ella. Cada vez más, y eso estaba volviéndola loca... cada vez más dentro... frotando una parte de su interior que le hacía sentir calambres de placer.

Cerró los ojos y... estalló en mil pedazos.

Encima de ella, Óscar notó el orgasmo que Lluvia acababa de experimentar y, acelerando el movimiento, gruñó, mientras el universo explotaba a su alrededor fundiendo su pasión con el brillo de las estrellas.

Durante cinco minutos, ninguno pudo estar pendiente de otra cosa que no fuera respirar.

Una vez calmados, él la acercó a su lado, aún dentro de ella, y apartando el pelirrojo cabello de su bello rostro pudo darse cuenta de que ella se había dormido exhausta.

—Amor —susurró en su oído.

La abrazó con fuerza, y pensó que había sido un verdadero honor ser el único hombre que le había hecho el amor. Pudo notar que era virgen en la primera embestida. Había percibido la barrera del himen. Le encantó ser el primero.

Cerró los ojos orgulloso, y...

Capítulo 18

Quiso morirse. Se sentó de golpe en la cama. ¿El primero? ¿Virgen? Pero... ¿no había estado casada? ¿No era su marido un granjero adinerado? La miró desconcertado. ¿Cómo era posible que hubiera estado casada durante meses y que fuera virgen aún? Entreteció los ojos y comenzó a notar que los nervios se le crispaban.

Vio cómo Victoria, la dulce Lluvia, dormía plácidamente, relajada con una sonrisa en los labios, y no pudo soportarlo

Hipócrita.

Ella le había mentido.

La despertó con un grito:

—¡Victoria!

Lluvia se sentó, tapándose con las sábanas, totalmente desconcertada sin saber bien qué pasaba.

—Óscar, ¿qué te ocurre? —muscitó con los ojos aún adormilados.

—Dímelo tú —gruñó con los brazos cruzados.

—No te comprendo, cariño.

—¿Cariño? ¿Es así como llamabas a tu... esposo?

Lluvia se despertó de golpe. La pasión la había llevado a olvidar ese pequeño detalle. No se le había ocurrido pensar en eso. Se dejó llevar por sus sentimientos y perdió la conciencia de cuanto estaba ocurriendo.

—Óscar... yo... déjame que te explique... —pidió ella muy asustada ante la fría mirada que la observaba enfurecida.

—¿Pero es que tienes una explicación? —masculó indignado.

—Sí, la tengo —le extendió la mano—, vuelve a la cama, por favor. Siéntate a mi lado.

Él lo hizo no muy convencido, a pesar de que sus pies lo llevaban directo al lado contrario.

—Óscar, antes de contarte nada, solo te pido dos cosas: una, que no te olvides que has dicho que me amas, y dos, que tampoco olvides que yo también te quiero. Te quiero desde siempre. Desde que tengo uso de razón.

Victoria intentó acariciar a Óscar, pero este, aún desnudo, apartó la cara.

—Estoy esperando —dijo con dureza.

—Óscar, sé que va a ser duro de comprender, pero...

—Te agradecería que fueras concisa. Al grano, por favor.

—Está bien. —Se puso en cuclillas en la cama—. Mi historia enlaza con la que tú me has revelado esta noche.

Óscar alzó una ceja, y Lluvia le miró desesperada.

—Sigue —rugió él.

—Fui yo la que encontré a la niña que abandonaste —confesó cada vez más asustada ante la mirada de odio que veía en él. Sintió un gusto amargo en el paladar, pero continuó.

—¿Tú?

—Sí. Aquella noche estaba leyendo en la biblioteca, como siempre. Oí cómo llamabas a la puerta y desde el ventanal pude ver que dejabas a la niña. —Miró a Óscar de reojo, que estaba mudo por el asombro—.

Corrí a la puerta, pero tú ya no estabas. Te habías ido corriendo. Cogí a la pequeña y fui a buscar a mi padre. Juntos...

—¡Juntos...!

—Le conté a mi padre lo que había visto, y juntos, sí, decidimos no descubrirte. Tu relación con la familia ya estaba bastante deteriorada como para empeorarla de nuevo.

—¡Sigue!

—Tomamos la decisión que creímos mejor para la niña y... para ti.

—Pero la niña murió esa noche, ¿no?

—Óscar, no. —Le miró con verdadero temor. Ahora venía la peor parte de la confesión—. No murió. Yo me fui con ella durante unos meses gracias a los ahorros de mi padre y cuando volví todos creyeron la historia que contamos...

—No murió, no murió... —repitió Óscar. Se levantó de la cama, se vistió, y comenzó a pasear por la habitación—. ¡La niña es Alejandra! ¡Alejandra es Sara! —exclamó desbordado por la información que acababa de recibir.

—Sí. Es ella y yo nunca estuve casada. Esa es la explicación —reveló, quedándose callada a continuación, esperando una respuesta.

Óscar no sabía qué demonios sentir. Por un lado, ¡Dios! su niña estaba viva. ¡Viva! Y por otro lado...

—¡Tú! ¡Me has mentido! Tu padre y tú os habéis estado burlando de mis sentimientos todos estos meses. Le conté la verdad a Víctor nada más llegar —gritó muy enfurecido por la traición.

—No —se desesperó ella—. Yo no sabía nada más que lo que te he contado. Mi padre no me reveló nada. Cree en mí. Por favor, confía en lo que te digo —suplicó angustiada mientras intentaba, en un acto reflejo, deshacer los enredos de su cabello con los dedos—. Confía, mi vida...

—¿Y esperas que te crea? —rió con amargura—. ¿Quieres que confíe en ti? Nunca. Nunca jamás. —Y sacándola de la cama a trompicones la zarandeó—. ¡Vete de aquí! ¡Vete ya! ¡No quiero saber nada más!

Los gritos pudieron escucharse en media casa.

El servicio, siempre discreto, permaneció en sus aposentos, pero el resto de habitantes no. Amelia, Víctor y Alejandra vieron cómo un furioso Óscar, afortunadamente vestido, sacaba de su habitación a una llorosa Lluvia, vestida también, pero muy despeinada.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que estaban siendo observados, hasta que Víctor, alterado y furioso por ver cómo se estaban desarrollando los acontecimientos decidió intervenir. Lamentablemente, eso, no hizo más que empeorar las cosas.

—¡Victoria! ¡Óscar! Callaos los dos. Estáis dando un espectáculo —rugió.

Óscar, que no había visto a su antiguo profesor, se separó de Lluvia, y tambaleándose por la furia, se dirigió hacia él bramando con fuerza.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Mi amigo, mi mentor, mi maestro, mi confidente! ¡Tú lo sabías todo y te callaste! —estalló cogiendo a Víctor por las solapas de la bata. Le empujó hasta empujarlo contra la pared—. ¡Tú sabías cómo estaba sufriendo! ¡Lo sabías!

—Hijo, cálmate —pidió él en voz baja, comprendiendo perfectamente cómo se sentía.

—¿Que me calme? ¿Quieres que me calme? ¿No te parece exigir demasiado? Llevo meses contándote cómo... —Le envolvió la furia, apretó los puños e intentó golpear con toda su energía al hombre que tenía cogido por el cuello.

Víctor consiguió evadir el golpe, no en vano era un experto deportista y pugilista, pero la pared estaba detrás de él y Óscar sintió que se rompía los nudillos en dos mil pedazos.

El dolor causado por el golpe hizo que el atacante perdiera durante unos instantes el equilibrio, lo que ayudó al más mayor. Consiguió soltarse y coger la suficiente fuerza como para propinarle a Óscar un derechazo en plena barbilla. El porrazo fue tan fuerte que Quintana cayó desplomado al suelo medio mareado.

—¡Fuera de mi casa! —gritó Óscar mientras se masajeara el mentón, que ya estaba empezando a ponerse morado—. ¡Fuera de aquí inmediatamente! —repitió resentido poniéndose de pie.

—¿Y adónde *vamozz* a ir? —susurró una vociecilla desde el fondo del pasillo agarrada a las orejas de un pequeño oso de peluche—. *Estoy azustada*. —Y rompió a llorar con desconsuelo.

Los cuatro adultos que se hallaban en el corredor se sintieron una porquería, pero todos giraron la cabeza impactados ante la presencia de Alejandra, de la que nadie había sido consciente hasta que se decidió a hablar.

—Alejandra... —murmuró Victoria avergonzada caminando hacia ella y cogiéndola en brazos con delicadeza—. No llores, hermosa —consoló ante los hipidos de la niña—. No te preocupes, cariño. No pasa nada.

—Mami, Óscar *noz* ha... hip... gritado... y mi abuelito... hip... le ha pagado. No me gustan hip *loz mayorez*... me *daiz* miedo. —Y se escapó de los brazos de su madre para salir corriendo hacia su habitación.

Se quedaron pasmados en el pasillo mirándose los unos a los otros abochornados. Parecía que tuvieran los pies pegados al suelo. Fue Amelia, quizás la más serena, la que rompió el hielo tras unos minutos de intensa incertidumbre.

—No sé qué es lo que ha pasado, pero —los miró a los tres— voy a ir a ver a la niña y, cuando vuelva —señaló a Óscar—, a ti, te voy a curar la mano y la cara. A ti —se dirigió a Víctor— te pondré hielo en el puño. Y en cuanto a ti —le dijo a Lluvia—, será mejor que te peines y arregles un poco —terminó mirándola de arriba abajo haciendo que esta se avergonzara desde la barbilla hasta la raíz del pelo.

Y dicho esto, se marchó presurosa muy preocupada por la niña.

Los tres implicados en el altercado volvieron a mirarse. Victoria lloraba en silencio. Óscar disparaba balas de fuego con los ojos mirando a uno y a otro aleatoriamente; y Víctor, tan solo no podía asimilar lo ocurrido, desbordado ante la escena que la niña había presenciado.

Al final fue él quien consiguió articular palabra pese a la culpa que sentía, y lo hizo en voz muy baja, casi inaudible para los dos seres que le miraban consternados:

—Los dos me contestéis vuestra verdad, y los dos —señaló con los dedos— me hicisteis prometer que guardaría silencio. ¡Los dos! No podía traicionar vuestra confianza.

Y dicho esto, se puso de pie, ya que aún estaba agachado en cuclillas contra la pared.

—Si de verdad quieres que nos vayamos —miró a Óscar— estaré encantado de hacerlo. Solo tienes que comunicármelo. Estaré en mi cuarto. —Y se marchó dando grandes zancadas.

En mitad del pasillo, quedaron solos Lluvia y Óscar, pero bastó una dura mirada de este último para que Victoria saliera corriendo hacia la salida de la casa presa de un ataque de nervios.

Él no supo por qué, pero la siguió caminando muy despacio.

No recordaba estar tan furioso como ahora. Por lo menos no lo había estado en muchos años. Se había pasado los últimos meses avergonzado por su conducta y sintiéndose culpable por algo que... realmente nunca había ocurrido. Rememoró todos y cada uno de los instantes de esa noche. ¡Cómo dolía el engaño! Pero, ¡un momento!

Se paró de seco.

¡Su niña vivía!

El alivio hizo que sintiera el corazón más ligero, como si la coraza de piedra que lo recubría se hubiera resquebrajado al fin.

Pensó en Alejandra.

La niña era maravillosa, fantástica, divertida, ingeniosa, y esa noche lo había visto hecho una fiera. ¿Qué pensaría de él? ¿Le tendría miedo?

Asustado ante esa perspectiva, giró sus pasos y desanduvo el camino hasta volver a entrar en la casa. Buscó el pasillo que conducía a las habitaciones y pronto llegó a la puerta del cuarto de los niños. Dentro se oían voces. Era su hermana Amelia, que seguía con ella.

Llamó con cuidado sin darse cuenta de que iba a hacerlo con la mano dañada. Mil agujas se le clavaron de nuevo en los nudillos causándole tanto dolor que tuvo que reprimir un grito. Resopló para ver si podía calmar el malestar, pero no lo consiguió. Maldijo en voz baja y esperó a que le dieran permiso para entrar.

—Adelante —se oyó la calmada voz de su hermana.

Óscar entreabrió la puerta y asomó la cabeza:

—¿Puedo entrar? —preguntó humilde posando los ojos en su hermana, pues se sentía incapaz de mirar a la niña, que le observaba con recelo acurrucada en los brazos de Amelia.

Ya había dejado de llorar, advirtió él, pero en su carita todavía se veían los churretes causados por las lágrimas.

Amelia miró a la pequeña como pidiéndole permiso, y al ver que esta asentía con la cabecita contestó con voz muy firme.

—Puedes, si vas a saber comportarte, desde luego —dijo muy seria.

Él entró avergonzado porque fuera su hermana pequeña la que tenía que recordarle cómo debía actuar un hombre de su edad. Miró a Alejandra compungido. Respiró hondo, intentando sonreír a pesar de los latigazos que sentía en la mano.

—Hola, bonita. ¿Puedo sentarme contigo un momento?

La niña se apretujó aún más contra Amelia, pero murmuró con timidez:

—Zi.

—Verás, Alex, me gustaría... quisiera —titubeó—. Necesito pedirte disculpas. Esta noche me he portado muy mal.

La niña le miró de reojo. No parecía el mismo Óscar que hacía pasteles con ella. Antes estaba muy enfadado. Le había chillado a su madre. Había querido pegarle a su abuelito. Se había portado fatal. Tan mal que hasta su abuelito, que nunca se enfadaba, le había dado un buen bofetón. Hasta les había dicho que se fueran de casa. ¡De casa! Recordó que había tenido mucho miedo.

No reconocía a su amigo Óscar.

—Siento mucho lo que has visto. A veces los mayores nos portamos muy mal. Peor que los niños. Bonita... —Intentó cogerle la mano, pero la niña le rechazó y comenzó a llorar de nuevo, abrazada a Amelia.

Óscar se quedó hecho polvo cuando su hermana, muy inteligentemente, le rogó que saliera de la habitación para que la niña se relajara y pudiera dormir tranquila.

No había podido moverse de su puerta. Se sentó con las piernas cruzadas en medio del pasillo como haciendo guardia por si su pequeña le necesitaba. Le dolía horrores la barbilla, la mano y el corazón ¡Pobrecita! ¡Era tan pequeña!

Cuando la niña por fin se durmió, Amelia, cansada por los acontecimientos de la noche, salió de la habitación a oscuras para no despertarla. Se llevó un buen susto cuando tropezó con su hermano, que roncaba en medio del pasillo.

—¿Qué haces aquí? —Le despertó con el pie—. ¿Aún no te has curado? —Óscar la miró—. Ah, ¡Venga!, ¡ponte de pie! Vamos a mirar esa mano —ordenó, obligándole a ir junto a ella a la cocina.

Amelia sabía lo que tenía que hacer, no en vano estaba estudiando medicina. Puso hielo en su mano para bajar la inflamación y le aplicó un ungüento para los golpes en la cara y en la mano, a pesar de las protestas de su hermano mayor. Finalizó la cura con un buen vendaje.

Tras los cuidados, Óscar hubo de admitir que se encontraba bastante mejor, y que el dolor se había reducido, para su sorpresa.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Un vaso de leche tal vez? —propuso Amelia.

—No podría tomar nada. Se me ha cerrado el estómago —aseguró su hermano mayor—. Amelia, supongo que necesitas una explicación para comprender lo que ha sucedido esta noche aquí, ¿verdad?

—No estoy segura de que estés en condiciones de hablar, pero sí, me gustaría saber si estás bien, o si necesitas algo —susurró Amelia mientras apretaba con cariño su brazo.

Óscar pensó que su pequeña hermana era ya toda una mujer madura y se sintió muy orgulloso de ella, y también muy aliviado porque estaba allí en ese momento.

—Me gustaría contártelo. Creo que necesito tu consejo. —Y ante la mirada atónita de Amelia procedió a relatar todo lo que había ocurrido en las últimas horas.

La conversación entre los hermanos Quintana se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Cuando finalizó, Óscar se quedó mucho más tranquilo, justo lo contrario que Amelia, la cual quedó alucinada con tanta información. ¿Cómo era posible que ella no se hubiera enterado de nada?

Por fin, Óscar se retiró a su habitación para intentar dormir las pocas horas que quedaban hasta el amanecer.

Justo cuando ella misma iba a imitarle, apareció Victoria en la puerta de la cocina. Era evidente que había estado llorando.

Amelia quería a Lluvia como si fuera su hermana. Se habían criado juntas, ya que por edad estaban muy próximas. Amelia era solo tres años mayor que Victoria, y siempre habían confiado la una en la otra, especialmente Lluvia, que era la menor.

Miró a Amelia, y sumida de nuevo en el llanto, agotada, se abrazó a ella volviendo a llorar. La abrazada suspiró y, por un momento, pensó que al final esa noche no iba a pegar ojo.

Así fue. Tuvo que escuchar también la historia que Victoria tenía que contarle.

Esa iba a ser una noche muy, pero que muy larga. Ya dormiría al día siguiente.

Capítulo 19

Al día siguiente tampoco pudo dormir.

A la hora del desayuno se presentaron allí todos y cada uno de los miembros de su familia. Todos. Al completo.

Ninguno de los huéspedes que ya estaban viviendo en la casa solariega se percató de la llegada del resto de los Quintana, pues se encontraban durmiendo, y estos se sorprendieron sobremanera cuando descubrieron que no se había levantado nadie.

Óscar había pasado una noche horrosa. Le palpitaba la mano y no sabía dónde apoyar la cara, ya que la tenía toda magullada. ¡Menudo puñetazo le habían dado! Por otro lado, no sabía cómo iba a hacer para recuperar la simpatía de Alex, y luego... estaba también el tema de Victoria. Habían hecho el amor.

Lluvia tampoco pudo descansar. Cuando se había acostado ya amanecía. Estaba preocupada por la niña, por su padre y por ella misma. Se había entregado por completo a Óscar. Había sido suya, y después lo había estropeado. Debió controlar sus sentimientos y ser sincera con él antes.

A Víctor no le fue mucho mejor. Se sentía en medio de una batalla campal por no haber roto su promesa de guardar silencio ante las confesiones de aquellos dos.

La única que durmió un poquito fue Amelia, que exhausta ante tanta información cayó rendida nada más sentarse en la cama. No le dio tiempo ni de quitarse el vestido de tarde que aún llevaba.

Y así fue como la encontraron su madre, Lorena su hermana y Marita varias horas más tarde.

Dormida, pero vestida hasta con las botas puestas.

Las tres se quedaron alucinadas.

—Amelia, cielo, despierta.

—... más historias no, por favor —pidió entre sueños.

Las recién llegadas se miraron muy sorprendidas. ¿Historias?

—Nena —llamó la madre—. ¡Despierta!

Amelia abrió los ojos de repente, aunque le costó varios segundos focalizar bien la imagen que tenía delante. Cuando lo consiguió, abrió la boca medio atolondrada.

—¡Mamá! ¿Pero qué hacéis aquí? ¿Qué ha pasado? —preguntó incrédula.

—Eso nos preguntamos nosotras. ¿qué ha pasado aquí?

—¿Te has dado cuenta de que te has acostado vestida, hermana? —indagó Lorena extrañada porque su hermana era sumamente cuidadosa con su ropa.

—¿Vestida? Curioso. No me había dado cuenta... —contestó la aludida mirándose.

—Pero hija, ¿es que te has vuelto tonta de repente? —preguntó la madre empezando a preocuparse.

—¿Tonta? No sé, quizás. Oh. No, mamá. —Dio un salto en la cama—. No me he vuelto tonta, desde luego.

—¿Y qué te pasa? —investigó Marita.

—¿A mí?

—¡Amelia, por el amor de Dios!

—¡Mamá!

Fue todo lo que consiguieron sacarle, puesto que finalmente, y ante la incoherencia de la joven, decidieron dejarla dormir, vestido incluido, y fueron en busca de alguien que razonara un poco más.

La primera a la que encontraron fue a la pequeña Alejandra.

Estaba sentada en el jardín, exactamente entre un duende y un caracol. Se la veía más seria de lo habitual. Era raro verla sentada y no corriendo detrás de alguna mariposa. Llevaba un vestidito rosa lleno de pequeñas florecitas azules. Un sombrero cubría sus rizos y le protegía la cabeza del sol, otra cosa extraña, ya que los sombreros no le duraban en la cabeza más de dos minutos. No parecía estar jugando a nada en concreto. Raro, raro.

Las tres mujeres se miraron extrañadas. Saludaron a la doncella, que sentada al sol cuidaba de la niña, y le indicaron que podía retirarse. Esta agradeció el gesto, ya que no era niñera y no sabía bien cómo tratar a una niña tan inquieta.

Cuando llegaron a la altura de la niña, Marita, su abuela, la llamó:

—Alejandra, cariño.

La pequeña levantó la cabeza...

—¡Abuelita! —Se puso de pie y salió disparada a los brazos del ama de llaves—. ¡Abuelita! —Y rompió a llorar.

Si las mujeres Quintana llevaban una mañana extraña, al ver a la niña llorar se asustaron de verdad. Ese angelito no lloraba nunca. Algo debía haberle sucedido.

—¿Estás enferma, bonita? ¿Te encuentras mal? —preguntó angustiada Valeria Quintana.

—No, no estoy malita —contestó sorbiéndose las lágrimas.

—¿Y qué pasa chiquita? —indagó Lorena, embarazada ya de casi seis meses y muy impresionada ante la cara de tristeza de la niña.

—*Estoy azustada y trizte.*

Y les contó todo, pero todo lo que había pasado la noche anterior, ante la estupefacción de las presentes.

Al otro lado de la propiedad, Víctor, que ya se había levantado y aseado, partía leña con furia, un tronco contra otro. Necesitaba descargar el exceso de preocupación.

—¡Víctor!

—Señ... —Miró a su alrededor, y al ver que no había nadie más que cuatro gallinas picoteando maíz prosiguió. —¡Alonso! ¿Qué haces aquí? —interrogó preocupado.

—Vaya, no parece muy contento de verme. —Alonso Quintana levantó la ceja—. ¿Es que no te alegras de ver a tu hermano menor?

—¿Estás loco o qué? —Volvió a mirar a su alrededor—. ¡No he estado guardando el secreto tantos años para que ahora vengas tú y lo digas a los cuatro vientos!

—¡Oh, vamos! Ese secreto tuyo me tiene agotado. ¿Para qué ocultar que tú eres mi hermano mayor?

—No vamos a empezar a discutir esto otra vez ¿no te parece? —dijo el mayor, agotado.

—¿Y por qué no? A mí me gustaría reconocer delante de todo el mundo que tú eres el hijo mayor de nuestro padre —prosiguió Alonso.

—Eso —le señaló con el dedo— no lo vas a hacer. Yo, estoy bien así, sabes que se lo prometí a mi madre.

—Pero, la fortuna, la casa... la mitad de todos los bienes, son tuyos, te pertenecen por nacimiento.

—Nunca lo he necesitado. Siempre he sido feliz con lo que tengo. Además, estamos juntos, como siempre.

—Pero no lo sabe nadie más.

—Lo sabemos tú y yo. Y punto. Además, no es ese el problema del que debes ocuparte ahora.

—¿No? ¿Es que ha pasado algo? —preguntó preocupado.

—Sí —asintió el mayor, secándose el sudor de la frente con la manga de la camisa y dejando el hacha clavada de un golpe en el tronco de un árbol partido—. Siéntate. Te cuento.

Y allí mismo, rodeado de gallinas, los dos hermanos conversaron largo y tendido sobre el problema de Óscar y Victoria.

A la hora de la comida todo el mundo se había enterado de lo ocurrido.

El único al que nadie le había revelado las últimas noticias era Diego Lozano, el esposo de Lorena, el cual, ajeno a los acontecimientos disfrutaba de un largo paseo por el pueblo. Fue a su llegada cuando Lorena le informó de todo.

Para Óscar fue una sorpresa no muy agradable, la verdad, encontrarse con toda la familia alrededor de la mesa. No se había percatado de su llegada.

Se acababa de levantar y todavía tenía el pelo mojado por el baño que se había dado en el lago más cercano. No había querido mirarse al espejo, aunque estaba seguro de que su mentón ya estaba de un horrible color azulado. Continuaba con la mano vendada, aunque ya le dolía mucho menos.

Iba vestido con unos pantalones de montar marrón oscuro y una camisa negra que acentuaba aún más el color de sus ojos bajo los húmedos rizos negros.

Sentados a la mesa, y a punto de comenzar a comer, los comensales se quedaron igual de paralizados que él.

—Mamá, papá —musitó contrariado—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué hacéis aquí? No os he oído llegar. Nadie me ha comunicado vuestra llegada —se lamentó, disimulando como pudo su mal humor.

Los presentes se levantaron para saludarle y, ante la extrañeza de Óscar, nadie le hizo alusión alguna al intenso morado que le cubría la parte inferior del rostro.

Amelia le dio la explicación.

—Ya les dije que te habías caído del caballo.

Todos fingieron.

—¿Caballo? Sí, ayer tropecé. —Y tras besar a las mujeres y dar la mano a los hombres se sentó. Miró a su alrededor. Faltaban Pablo y Lucía—. ¿No han venido mi hermano y su esposa?

—Llegarán mañana —explicó la madre preocupada por la cara de su primogénito.

—Bien... —Siguió mirando a su alrededor—. También faltaban Lluvia, la niña y Víctor.

Amelia pareció adivinar sus pensamientos, y adelantándose de nuevo a su pregunta, informó con la mayor cautela posible.

—Podemos pedir que nos sirvan ya la comida, Víctor, Marita, Alex y la niña se han ido —Óscar miró a su hermana con los ojos entornados— a pasar el día al pueblo. Volverán esta noche, o quizás mañana.

—¿Mañana? —añadió Óscar estupefacto.

—O tal vez esta noche, no sé. —Amelia quería cambiar de tema—. ¿Comemos?

El ágape fue una tortura para Óscar. Quería quedarse solo y meditar, pero con la casa llena era matemáticamente imposible encontrar un solo rincón donde hacerlo. A cada paso que daba, se encontraba con algún miembro de su familia que intentaba con amabilidad pasar un rato con él y conversar, pero él, que sospechaba que su no tan discreta familia ya se había enterado de todo, no tenía ninguna gana de dar explicaciones.

Necesitaba tiempo. Quería estar solo. No lo consiguió.

En un intento de escabullirse, decidió salir a cabalgar. Mala idea.

En las caballerizas, sentado muy tranquilo encima de un montón de heno fresco, mientras fumaba, se encontró a su padre.

—Buenas tardes, hijo —saludó expulsando el humo del cigarro con los ojos cerrados.

—Padre... —Otro intento de quedarse solo tirado a la basura.

—¿Vas a salir a montar un rato? —murmuró el patriarca sin mover ni un solo dedo.

—Sí, esa es mi intención.

—Acabo de mandar al mozo de cuadras a hacerme un recado en el pueblo, espero que no te importe. Si quieres montar deberás alistar tú mismo el caballo.

—Eso no es problema, padre. No es la primera vez, te lo aseguro. Te recuerdo que viví como un labriego más de tres años —replicó buscando entre las sillas la más adecuada.

—Sí, lo recuerdo.

Alonso Quintana levantó un poco el ala del sombrero de paja que cubría su cabeza.

—¿No crees que va a llover?

Óscar no pudo evitar mirar hacia arriba. Dos o tres nubarrones, a lo sumo, salpicaban el cielo. Podría llover sí, pero en una proporción del uno por mil. Miró de reojo a su padre.

—No creo...

—Ya sabes, el clima de esta zona es muy variable.

—¡Papá! ¿Intentas decirme algo? —preguntó Óscar, molesto por los rodeos de su padre.

Alonso Quintana apagó con cuidado el cigarro, y levantándose de su improvisado sillón, miró directamente a los ojos de su hijo.

—Pues ya que lo dices, no. No tengo nada que decirte.

Se quedó alucinado.

—¿Noooo?

—Pues no, claro, a no ser que tú —exclamó rodeando los hombros de Óscar— necesites hablar con tu padre —concluyó con una mirada expectante.

—Papá... —Bajó los ojos.

—Hijo, solo quiero que sepas que estoy aquí. Que puedo escucharte y que me gustaría que confiaras en mí. Solo eso.

Se quedó sin habla. Había pasado tanto tiempo solo que no recordaba lo que era contar con el apoyo de una familia, de un padre. Le miró y, respirando muy hondo, se abrazó a él.

—Gracias. Es bueno saber que estás aquí.

Alonso recibió muy emocionado el sincero abrazo de su hijo mayor y decidió ser honesto con él.

—Ven, anda, siéntate conmigo. Vamos a hablar. ¿Quieres uno? —preguntó sacando su pitillera del bolsillo. Óscar la miró. Había sido un regalo que él y sus hermanos le habían comprado con motivo de una Navidad. Llevaba sus iniciales grabadas—. Hijo.

Óscar se sentó a su lado

—Dime.

—Sé lo que pasó anoche...

El aludido entrecerró los ojos y miró al suelo, avergonzado.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Amelia?

—No, por muy sorprendente que te parezca, tu hermana pequeña ha mantenido la boca cerrada. Incluso se ha inventado esa absurda historia sobre una caída y un caballo —confesó riendo.

—¿Entonces, quién?

—Victor. Me lo ha contado él.

—Debí imaginarlo. —Óscar miró a su padre—. Es curiosa vuestra relación ¿no?

Alonso Quintana, miró muy sorprendido a su hijo.

—No sé por qué dices eso...

—Es algo que llevo pensando muchos años. Siempre ha estado en casa haya habido o no niños a los que enseñar.

—Es el esposo de nuestra ama de llaves...

—Tiene una relación especial contigo. Siempre lo he pensado. Incluso de niño. Cuando os veía conversar y pensabais que no había nadie más, hablabais como amigos, como colegas. En presencia de la familia o invitados, Victor se volvía más retraído, actuaba más como un empleado, como nuestro tutor. No sé —dudó antes de pasarse las manos por entre los oscuros rizos—, quizás sean ideas mías.

—Óscar —Alonso dudó, pero ya llevaba muchos, demasiados años sin contarle a nadie su secreto. Incluso Valeria, su esposa, lo ignoraba—, tienes razón.

—¿Sí?

—Sí. Quizás sería bueno que tú al menos conocieras la verdad.

—Cuenta, estoy deseando escucharla.

—Verás, hijo, Victor es mi hermano mayor.

Óscar se puso de pie sorprendido.

—¡Vaya! ¿Tu hermano? ¿Mayor?

Alonso dio otra calada al cigarro.

—Esa es una historia muy larga, pero trataré de resumirla. Mi padre, tu abuelo —aclaró—, antes de casarse con tu abuela, estuvo casado en secreto con la hija del jardinero de la casa Quintana. De esa unión clandestina nació un niño, Victor. Nadie de la familia, a excepción de tu abuela, conoció jamás el secreto.

—¿La abuela Isabel lo sabía?

—Sí, mi padre siempre fue honesto con ella, pero espera... no te adelantes. Ágata, que es como se llamaba la madre de Victor, falleció en el parto, y mi padre se sumió en una profunda depresión. Fue tu abuela quien con su cariño y amor consiguió devolverle las ganas de vivir.

—Y mientras tanto, ¿qué pasó con Victor?

—Para evitar habladurías, tu abuelo, que fue el padrino del recién nacido, decidió desde el primer momento hacerse cargo de él y lo convirtió en su pupilo. Gracias a eso, el niño, Victor, recibió una buena educación, estudió en las mejores escuelas, fue a la universidad...

—¿Vaya historia! Y si estaba tan enamorado de Ágata, ¿por qué no luchó por su amor delante de toda la sociedad? ¿Por qué no reconoció a Victor como su primogénito?

—Ágata se lo prohibió. Sentía demasiada lealtad hacia la familia Quintana, y con respecto al niño, poco antes de morir, le hizo jurar que nunca, nunca desvelaría la historia.

—¿Cuándo se enteró la abuela?

—Dos años después de que Ágata muriera, tu abuelo conoció a una joven de la alta sociedad muy especial. Se llamaba Isabel. Era tu abuela. Desde el principio ella, que se enamoró de él enseguida, le ayudó a superar la tristeza. Fueron muy amigos y él le confesó su secreto. Poco a poco, la amistad que tu abuelo sentía por ella se transformó en amor y se casaron. Isabel, mi madre, siempre trató a Victor como a un hijo, y yo, desde siempre supe que ese niño al que todo el mundo veía como al pupilo de mi padre era en realidad mi hermano.

—Pero...

—Sí, te preguntaras que por qué nadie más lo sabe. Victor se niega. Es como si se lo debiera a su madre, y yo solo te lo he contado a ti, aunque llevo muchos años intentando que la verdad salga a la luz

—¿Mamá conoce la verdad?

—No lo sé. Creo que lo intuye, pero yo no he podido decírselo. Eres el único que conoce el secreto.

—¿Vaya, papá! Me siento honrado por tu confianza. Ahora comprendo muchas cosas, como por ejemplo —se tocó el morado mentón— lo cerca que siempre ha estado de todos nosotros.

A Alonso no le había pasado desapercibido el gesto que su hijo había realizado al tocarse el mentón

—No me digas —rió de nuevo— que ese golpe ha sido obra de tu tío. Yo también me he llevado unos cuantos —confesó.

—Sí, ha sido él. Me tiró al suelo. ¡Vaya carácter!

—Y... ¿por qué, si puede saberse te pegó?

—Esa es otra larga historia. Creo que te dará tiempo de fumarte otro cigarro. Por cierto, padre, ¿sabe mamá que has vuelto a fumar? —preguntó Óscar levantando la ceja.

—No, no tiene ni idea. Este es otro secreto que deberás guardar —rogó Alonso con cara de susto—. Ahora —encendió el cigarro—, cuenta...

Capítulo 20

Después de hablar con su padre, Óscar Quintana se sintió mucho mejor. Aliviado y con mucha más serenidad de lo que recordaba nunca.

Era reconfortante saber que estaba ahí y que podía entender sus sentimientos. Era bueno volver a contar con la confianza de su padre.

Aún estaba sentado al lado de las caballerizas. Tras finalizar la conversación de varias horas con su padre había decidido quedarse solo para meditar.

Hacía muy buena tarde. Casi anochecía. Allí en el campo, al caer la noche, podía distinguirse con claridad cómo el sol se escondía detrás de las montañas tiñendo el cielo de un profundo color anaranjado para pasar después a pintar el firmamento con una amplia paleta de colores: azules, añiles, morados... Después, cuando caía la noche, miles de estrellas salpicaban la bóveda celestial.

Respiró hondo e inhaló los aromas del campo. Olfía a heno fresco, a flores, a brisa, a caballos, a vida. En esos momentos, y pese a todos sus problemas, se sentía relajado. Disfrutaba de su tan ansiada soledad. La necesitaba para pensar.

Una imagen le vino a su cabeza: Victoria. Victoria desnuda mirándole.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sabía que no era por el frío. Aquella era una templada noche de principios de verano.

Temblaba por el deseo. El deseo que ella había sido capaz de encender. ¡Llevaba tantos años sin estar con una mujer! Lluvia había sabido despertar en él la ternura, el deseo, la lujuria. ¡Tantos sentimientos! También la rabia. No le había contado la verdad pero, ¿en realidad había podido?

Se quedó solo con sus pensamientos un buen rato más.

Al otro lado de la orilla del río Ángel alguien miraba el mismo cielo. Victoria.

La noche anterior fue por un lado la más maravillosa de su vida. Se había entregado a Óscar con toda su alma y su cuerpo. Tanto que hasta olvidó contarle que no había estado casada y que la niña era su hija.

Y por otro lado, una de las más duras. Podía llegar a entender que él se sintiera desconcertado. Ella misma lo estaba ante la confesión de Óscar. Pero le dolía su rechazo. Si tan solo la hubiera dejado explicarse mejor... ¿Cómo podía haberle gritado de esa forma después de todo lo que habían compartido el uno en brazos del otro?

Siempre había estado enamorada de él.

Cuando era pequeña lo veía como un gran héroe, y Óscar siempre se había preocupado por compartir su tiempo con ella, sin importarle su edad. Cuando ella era tan solo una niña de diez años, él ya tenía más de veinte. Siempre, siempre él. Quizás fuera la que más sintió, su marcha. ¿Cómo iba a vivir sin verle todos los días, sin sus sonrisas, sin su voz! Y ahora que había sido suya, ¿cómo borrar el roce de esas manos? ¿Cómo olvidar la sensación de sentir su piel encendida por sus besos? ¿Cómo eliminar el olor de su piel? ¿Cómo cosía su desgarrada alma? ¿Cómo hacía ella para volver a vivir? ¿Cómo hacía para respirar si su mundo estaba hecho trizas?

¿Y qué iba a pasar con Alejandra?

¡Con lo hermosa que podría ser la vida! Sabía que Óscar estaba enamorado de ella. Se lo había dicho. Se lo había demostrado. Ayer por la noche la había amado. Pero ¿seguiría haciéndolo cuando saliera el sol y se diera cuenta de que ellas no estaban a su lado?

La mañana apareció brillante, despejada y tranquila como el mar en un día de verano. Todos habían conseguido, por fin, dormir bien, lo que les proporcionó el descanso necesario tras la inquietante noche anterior.

Óscar se levantó al alba y después de un energizante paseo a caballo que le permitió liberar toda la adrenalina retenida fue directo a la sala del desayuno.

Allí, sentados y desayunando en armonía, estaban los miembros de su familia. Todos, excepto Amelia, quien había decidido ir al pueblo de nuevo a poner al «medicucho ese» en su sitio. Se había hecho acompañar por su hermana y su cuñado.

Pablo y Lucía habían llegado para escapar del acoso de la prensa y los arqueólogos. Pablo, tras el hallazgo, se había convertido en toda una celebridad, y eso le ponía muy nervioso, ya que no podía soportar ser el centro de atención de una sociedad tan, pero que tan pesada.

A raíz del descubrimiento del lago subterráneo y de los fósiles, su esposa y él habían pasado a ser la pareja más solicitada para todos los acontecimientos sociales, y a ellos, amigos ante todo de su intimidad, no les había quedado más remedio que retirarse al campo una temporada con el fin de que todo el mundo se olvidara de ellos.

Saludaron con afecto a Óscar y salieron con prisa a dar un paseo por los alrededores.

El desayuno tenía esa mañana una pinta excelente. Había huevos escalñados; gruesas rebanadas de pan con manteca; queso de varias clases; algunas tartaletas de manzana y cerezas; magdalenas recién hechas recubiertas con almíbar; jamón; y un espeso chocolate.

Se sirvió un poco de todo en un minúsculo plato, con lo que quedó todo amontonado, y ordenó que uno de los criados calentase de nuevo el chocolate, pues este se había enfriado.

Contento ante la perspectiva de los dulces, se sentó hambriento sin darse cuenta de que sus padres habían dejado de comer para mirarle con intensidad.

—Cielo —llamó su madre con tono dulce.

—Mamá —vaya, justo cuando iba a meterse la magdalena en la boca.

—Cariño, ¿cuándo pensabas decirme que tengo una nieta?

A Óscar se le quedó el boño tan atragantado en la garganta que su padre tuvo que ir a palmearle la espalda.

—Yo no he sido —aseguró Alonso con las manos levantadas en señal de inocencia.

—Oh, pues claro que tú no has sido —declaró mirando a su esposo—. Debes pensar que estoy boba y que no me entero de las cosas. Tú —señaló con el dedo— nunca me cuentas tus secretos, pero yo —sonrió pícaro— los sé todos. Incluido el que tú estás pensando.

—¡Valeria!

—¿Sí, Alonso?

—No sé de qué secreto me hablas... —murmuró despistado.

—¡Oh, venga, no te hagas el tonto! Sabes de sobra a lo que me refiero. Víctor, tu hermano... ¿Te suena?

—Pero, ¿cómo te has enterado? —preguntó anonadado.

—Ah, cariño, tantos años casados... —Pestañeó—. Lo sé desde siempre. Antes incluso de casarme contigo, pero bueno, no es este el tema que nos ocupa. Ya hablaremos tú y yo. Ahora... —Fijó los ojos en su hijo—. No me has contestado, Óscar.

—Mamá... no comprendo cómo...

—Está bien. Voy a reconocerlo. Esta vez me lo ha contado tu hermana, pero bueno... estoy deseando escucharlo de tus propios labios.

—Bueno, no sé por dónde empezar...

Y por segunda vez en pocas horas, Óscar volvió a relatar su historia. Una vez más, no pudo desayunar tranquilo.

A Valeria, la explicación que le dio su hijo la dejó muy pensativa. Los hombres de la familia Quintana nunca tenían historias de amor fáciles... al menos al principio, pero luego siempre eran muy felices.

Pensó en su propia historia de amor. En un inicio fue un verdadero desastre. Hubo que ser muy valiente, o muy inconsciente, para luchar por ese amor, pero valió la pena. Respiró hondo y miró hacia la puerta.

Alonso Quintana, ese hombre del que seguía enamorada, acababa de entrar en la habitación. Le miró. Seguía siendo atractivo a pesar del susto que le había dado el corazón. Tenía el pelo lleno de brillantes canas color plata, a juego con la perilla que enmarcaba esa boca perfecta. Se conservaba bien. Seguía en plena forma. Notó que la miraba. Como siempre.

Alonso sintió la penetrante sonrisa de su esposa. Siempre había sido capaz de detectar cuando ella le observaba.

Valeria era la dama más hermosa sobre la que él había fijado sus ojos. A pesar de los muchos años que llevaban casados, seguía loco por esos bellos ojos brillantes. La miró. Sonreía. Iba vestida con un elegante traje de mañana color melocotón. Seguía manteniendo su esbelta silueta a pesar de haber tenido cuatro maravillosos hijos. Volvió a mirarla y sonrió antes de acercarse a ella.

—Perdóname... —pidió Alonso—. No era mi secreto. Víctor me lo pidió. No tenía derecho a...

—No importa, cariño —aclaró ella abrazándole—. Además, ya lo sabía y...

—Dime. —Alonso comenzó a besar su cuello.

—Sé otro secreto —confesó ella muy cariñosa.

—¿Sí? ¿Cuál? —preguntó él, despistado.

—Estás fumando demasiado...

Capítulo 21

Unos días después, Victoria miraba no muy convencida a sus padres. Ellos querían volver a la casa solariega de los Quintana e insistieron mucho para que regresara con ellos. Desde luego, no sentía muchos deseos de volver. Quizás fuera cobardía, pero lo cierto es que prefería quedarse e instalarse unos días más en esa pequeña casita en la que vivía largas temporadas cada vez que Alex necesitaba cambiar de clima.

La vivienda, aunque modesta, era más que suficiente para las dos. Tenía un amplio comedor y dos pequeñas habitaciones. El jardín era como un pañuelo con un único e impresionante atractivo: un hermoso limonero repleto de frutos. Una modesta cocina y un pequeño aseo con tina de cobre incluida eran todas las comodidades de las que disponían.

Así pues, y tras varios minutos de discusión encarnizada con su padre, decidió permanecer en su casita de siempre. Quizás tenía algo que ver con que Óscar les había dicho que se fueran. Estaba segura de que se sentiría muy violenta si regresaba a su casa.

—Comprendo tu decisión, Victoria, pero a veces el orgullo cierra muchas puertas. Piénsalo. No dejes que te domine.

—Papá. Tu consejo es precioso, pero me temo que en estos momentos me siento más tranquila aquí. También pienso en Alejandra. Necesita un ambiente relajado —concluyó Lluvia intentando convencer una vez más a su padre.

—No busques excusas, hija mía. Además, ¿qué vas a hacer aquí sola?

Victoria sonrió con confianza.

—No es la primera vez que vivo aquí. Ya lo sabes. Me dedicaré a cuidar a la nena —giró la cabeza un momento para comprobar que la aludida continuaba sentada en el césped jugando con las flores— y a hacer mermelada de limón —añadió mirando el limonero—. ¿Te has dado cuenta de la cantidad de frutos que tiene a pesar de estar en verano?

—Pero hija... —ahora lo intentó Marita, subida ya al carruaje.

—Mamá, estaremos bien. No te preocupes. Conocemos el pueblo, los lugareños nos conocen a nosotras y además nos encanta esta casa. Te lo aseguro. Marchad tranquilos.

—Oh, querida, pero me cuesta dejarte sola...

—¡Mamá, estamos tan solo a un hora de camino! No te preocupes. Te aseguro que si necesitamos algo mandaré a algún mensajero...

—Bien, hija, bien. Sea como tú dices —claudicó la madre, y tras darle un beso subió al carruaje, donde la esperaba su esposo, que añadió mientras la besaba—: La semana que viene vendré a hacerlos una visita.

—Bien. Nos veremos entonces.

—*Adiozz abuelitaz.*

—Adiós, ratoncita hermosa.

Victoria y Alejandra vieron cómo los caballos comenzaban a caminar por el viejo sendero levantando polvo. Cogidas de la mano, saludaron hasta que este giró por el primer recodo de la izquierda y cuando los abuelos ya no fueron visibles ambas se miraron cómplices. Se habían quedado solas. Eso no era algo que les importara demasiado. Sabían disfrutar la una de la otra, y su vida en ese pueblo siempre había sido entretenida y divertida. Jugarían, irían a la plaza a ver marionetas, al mercado a comprar hortalizas, al río a pescar truchas, siempre que la caña no volviera a romperse y, por supuesto, harían esa deliciosa mermelada de limón que después untaban en rebanadas de pan de centeno.

Además, si había algo que les agradaba en extremo era que gracias a vivir en el campo no necesitaban hacer uso de esos incómodos vestidos con volantes, ballenas, lazos... Era genial poder vestir cómodamente y calzar esos confortables botines de cuero en invierno y de esparto y telas de algodón en verano.

¡Sí, la vida en el campo era magnífica!

A Óscar Quintana la noticia no le hizo ninguna gracia. Para ser honesto, no había barajado la posibilidad de que no regresaran, y ahora, ante la evidencia, no supo qué decir, por eso se limitó a gruñir mientras subía las escaleras.

Le costaba admitir que había estado casi toda la mañana sentado en los escalones de la entrada, trabajando en el seto del jardín de la entrada, arreglando la campanilla, puliendo las bisagras, sentado leyendo una novela en los sillones de terciopelo verde de la entrada, disimulando y... definitivamente, esperando en la dichosa entrada. Por eso no resultó muy alentador ver el carruaje que se aproximaba con solo dos personas adultas sentadas en él.

Cuando el carro paró, no pudo evitar realizar una mueca de enojo que resultó bastante evidente para los viajeros que lo contemplaban. Soltó un bufido, y después de ayudar a descender como todo un caballero a Marita, se dio media vuelta, girándole la espalda a Víctor. Aún tenía la cara amarotada, y seguía disgustado con él.

—¡Alto ahí, muchacho! —gritó el profesor con voz ronca y alta.

Óscar se cuadró de la misma forma a como lo hacía cuando sus hermanos y él estaban a su cargo y habían cometido alguna fechoría.

—Tú y yo vamos a hablar—exigió al apearse del carruaje de un salto. Cogió a Óscar del codo y lo llevó casi a rastras hasta el cobertizo de las herramientas.

—Vamos a ver. ¿Hasta cuándo vas a estar enfadado? —preguntó impaciente mientras arrancaba una brizna de hierba para comenzar a masticarla.

—Lo suyo sería... Hasta que mi cara vuelva a tener su color natural —respondió tocándose la barbilla de forma inconsciente, más bien llevado por un impulso.

—Vaya, aún está azul.

—Morado más bien, con toques amarillos.

—Siempre he sido buenísimo dando puñetazos.

Óscar lo miró de reojo, preparado por si su tío decidía volver a comprobarlo con su cara. Este captó el gesto y sonrió.

—No te preocupes. No lo voy a repetir, de momento por lo menos

—¿De momento?

—Pues sí, de momento. Mira, sé que puedes pensar que no soy nadie para darte consejos, pero creo que no estás actuando bien.

—¿Cómo dices? —gritó Óscar asombrado—. No sé cómo tienes el valor de decirme eso, precisamente tú, que sabías todo y no me contaste nada.

—Tampoco se lo conté a Victoria. Te repito que los dos me hicisteis prometer que guardaría el secreto y —bajó el tono de voz—, si en algo soy bueno es en eso, en guardar secretos —murmuró con cierto tono melancólico.

Óscar miró a su tío y por primera vez en esos días le entendió.

—Víctor, yo...

—Debes entender que... —le interrumpió— el secreto no me pertenecía.

—Lo comprendo. Me ha costado pero por fin te entiendo. Debe ser muy difícil cargar con un secreto que cambiaría muchas vidas, ¿no?

Víctor miró a su sobrino con ojos brillantes. No estaba seguro, pero le pareció que sabía la verdad, su verdad.

—Sí, si lo es, pero ese no es el tema... —decidió dar un giro brusco a la conversación—. Oye, ¿te has acostado con mi hija?

No necesitó respuesta. Le bastó la cara de puso Óscar. No pudo evitarlo. Se levantó y volvió a darle un buen puñetazo, pero en el mismo sitio, para no dejar marcas nuevas.

Dos horas más tarde y con un filete puesto encima del moratón, Óscar pensó que por fin le habían dado un puñetazo bien merecido.

Los días no pasaban tan deprisa como ella había pensado, y ya se había hartado de hacer la dichosa mermelada de limón. Treinta y cuatro botes para ser exactos. Alejandra se estaba portando fenomenal. Podía decir incluso que había crecido y que había recuperado el peso que había perdido cuando estuvo enferma. Ahora, ambas se encontraban sentadas en el minúsculo trocito de jardín. La niña en la hierba. Ella, a su lado, encima de un inmenso cojín para no manchar la clara y fresca falda de verano.

Óscar no había dado señales.

Llevaban dos semanas enteras en la casita y, pese a que cada dos o tres días recibían la visita de alguno de los habitantes de la casa solariega, ninguno de ellos le habló ni lo más mínimo de él. Era extraño, sobre todo en Amelia, pero para ser honesta, cuando esta había ido a verla, solo soltó improperios sobre el desagradable doctor del pueblo.

Al otro lado del río Ángel, Óscar Quintana estaba que se subía por las paredes. Nada, eso era lo que sabía de Lluvia y de la niña. Nada de nada.

Después de dos semanas Victoria no había regresado, y lo que era peor aún, llevaba quince inmensos días sin saber nada de su hija. ¿Quién se creía esa mujer para apartarle de la niña?

Miró su reloj de plata con filigranas. Las tres y media. ¡Qué aburrimiento! Si estuviera Alejandra, seguro que habrían inventado algo divertido que hacer. El tedio y la espera lo estaban aniquilando.

Se miró en el espejo de la biblioteca. Ya no tenía la cara deformada. Había llegado el momento. Ya podía ir a ver a Alex... y a Victoria.

A Víctor no le costó ni dos minutos explicarle cómo llegar hasta la casa de su hija. Es más, se alegró mucho de poder hacerlo, pero antes de confesarle la dirección le pidió que recordara que el orgullo cerraba muchas puertas. Óscar no podía dejar de recordarlo mientras cabalgada por el puente que cruzaba el río.

Le costó exactamente cuarenta y cinco minutos llegar. La casita era tal y como se la había descrito. Pequeña, pero acogedora. Pintada de amarillo y con las ventanas de madera de color verde. En los alféizares colgaban tiestos de terracota llenos de bellas flores, en su mayoría geranios de muchos colores. La propiedad estaba rodeada por una valla amarilla también y un pequeño buzón de forja negra con forma de casita para pájaros asomaba detrás de la verja.

Óscar traspasó la portezuela de la cerca, y con paso firme avanzó hasta la entrada de la casa. Se había vestido a conciencia. Pantalón de montar oscuro y camisa blanca. Llevaba también un chaleco del mismo color que el pantalón. Durante el camino se le había secado el pelo y los rizos negros relucían con el sol.

Estaba nervioso. Mucho. Tenía muchas ganas de estar con ellas. Si por él hubiera sido, las habría ido a buscar el primer día, pero se le había hinchado tanto el rostro después del segundo puñetazo que decidió esperar para que Alex no se asustara al verlo.

Subió el escaloncito de la entrada, llamó a la puerta y... no le abrió nadie.

Desinflado por completo, se quedó durante cinco largas horas esperando, sentado en el minúsculo peldaño, con las rodillas tocándole el mentón.

Capítulo 22

Multiplicó los minutos, trescientos, los segundos, dieciocho mil. Muchos, ¿no? Justo cuando se cumplía el segundo dieciocho mil sesenta, abatido, se puso en pie. Subió a su caballo, asió las riendas y avanzó despacio por el camino de piedras.

Tardó exactamente ciento veinticuatro minutos en llegar, siete mil setecientos cuarenta segundos. Cabreado ya de tanto multiplicar, dejó el caballo en los establos, saludó al mozo de cuadras y, tras darle instrucciones para que premiara al animal, entró en la casa.

La tarde había sido una birria, un auténtico fracaso. ¿Dónde estaban? Necesitaba algo dulce, pensó. Siempre comía dulce cuando estaba contrariado, enfadado, aburrido, ofuscado, asqueado, malhumorado, disgustado, aterrado y profundamente abrumado por las circunstancias, como ahora. Se dirigió a la cocina a oscuras, encendió las velas y rebuscó en la despensa. No encontró nada dulce. Suspiró aún más fastidiado, y es que él hubiera jurado que había sobrado casi media tarta de chocolate de la comida, algún bollo glaseado y un poco de membrillo dulce. ¿Quién narices se había comido todo eso?

Rebuscó un poco más, y por fin, detrás de la jarra de leche y de los quesos, encontró un bote con galletitas. De jengibre y miel ¡bien! Se sirvió un gran vaso de espumosa leche y con el bote de las galletas en una mano y la leche en otra se sentó encima de la mesa de la cocina, una pequeña licencia si teníamos en cuenta la porquería de tarde que había pasado, con los pies colgando.

Solo aguantó en esa posición dos minutos, ciento veinte segundos... ¡Por Dios, estaba tan ofuscado que ya ni se aguantaba!

—¡Ay! —gritó dando un salto.

Juraría que le habían mordido en el tobillo.

—Pero bueno... —Se agachó para ver qué animal le había pegado semejante bocado.

Se llevó la mayor sorpresa de su vida. No había ningún animal ahí debajo.

Sentado a oscuras, debajo de la mesa, había un duende en camisón, con la boca llena de chocolate y rodeada de bollos glaseados, restos de tarta y de membrillo.

—¡Alejandra!

—Me *habías* azuzado —se justificó la niña encogiéndose de hombros.

Óscar no daba crédito a lo que veían sus ojos

—¿Pero qué... qué haces aquí, cariño?

—*Eztaba* aburrída. *Ziempre* como chocolate cuando me aburro. ¿y tú?

—Pues yo también. ¿Puedo? —preguntó señalando el sitio que quedaba libre debajo de la mesa.

—*Puedezz*. ¿*Quierezz* un poquito de *pazztel* de chocolate? —Alex le enseñó la mano llena de pastel.

—Pues sí. —Óscar cogió la tarta que le ofrecía y se metió un trozo en la boca—. ¿No es el mejor pastel que te has comido en tu vida? —exclamó con la boca llena.

—*Eztá buenizísimo*, pero me *guzló más* el que *hizimoz nozotroz* —admitió la pequeña con la cara llena de churretes.

—¿Te has comido todo lo que falta, cariño?

—*¿Ze lo vazz a dezzir* a mi mamá? —murmuró con preocupación

Óscar la miró fijamente. ¡Qué hermosa era! Tan blanquita, con el pelo negro lleno de tirabuzones y esas conversaciones tan pizpiretas a pesar de la edad que tenía. Sintió orgullo.

—No, he pensado que tal vez este podría ser nuestro secreto ¿te parece?

—Me *pareze* bien. Óscar... —Le miró con dudas reflejando tristeza.

—Dime, preciosa.

—¿Ya no me *quierezz*?

A Óscar se le paró el corazón.

—¿Por qué dices eso, bonita?

—*Eza* noche *eztabaz* muy enfadado. *Gritabaz* y...

—Cariño —acaricié su cabecita—, no estoy enfadado en absoluto. —La cogió en brazos—. A veces los mayores también nos equivocamos y cometemos errores. Eso fue lo que me pasó esa noche, y claro que te quiero, bonita —se le llenaron los ojos de lágrimas—, mucho. —Era la primera vez que cogía a esa niña desde que supo que era la misma que vio nacer, que creyó suya. Emocionado, la abrazó muy fuerte llevado por el sentimiento.

—Me *eztrujaz* —protestó la pequeña—. *¿Zabez una coza?* Yo también te quiero mucho. —Óscar abrió los ojos—. *Erez* como mi papá. —Alex se giró en sus brazos y le dio un beso lleno de chocolate en la mejilla.

Aquello ya fue demasiado para un hombre como él. Evitando que la niña le viera llorar, consiguió murmurar, no sin cierta dificultad.

—Vamos a hacer un trato. Tú y yo. A partir de ahora, y para siempre, si estás de acuerdo, yo seré tu papá y tú mi hija, ¿te parece bien?

—¡Zi! Trato hecho. Y ahora, papá, *¿nozz comemozz* todo el *pazztel*?

Y se lo comieron.

Entró en su habitación. La noche había sido perfecta. Alex se había quedado dormida en sus brazos con la boca llena de restos de chocolate. ¡Era increíble ver a esa niña comer dulce! Se había sentido muy emocionado por todas las cosas bonitas que Alejandra le había dicho. ¿Cómo era posible que siendo tan pequeña fuera tan inteligente, tan hermosa, tan lista, tan graciosa...?

Río para sus adentros. Seguro que todos los padres sentían lo mismo con respecto a sus hijos.

Miró de nuevo el reloj, apoyado en el alféizar de la ventana. Había luna llena. No necesitó encender las velas. El reloj marcaba las dos y media de la mañana. ¡Vaya día había tenido! Perfecto, maravilloso... Apoyó la cabeza en la madera del ventanal. Saber que Alex y Lluvia dormían debajo del mismo techo que él hacía que le invadiera una gran paz.

Se desabrochó los botones de la camisa. Estaba agotado. Demasiadas emociones para un solo día. Debía estar descansado para mañana. Mañana la vería. El estómago le dio un salto. Mañana será un gran día.

—Casi me duermo, cariño —susurró una voz sensual en la oscuridad.

El estómago le explotó.

—¡Victoria!

—Mi amor, Óscar... —murmuró ella melosa, a pesar de estar aterrizada, mientras se levantaba de la cama enrollada en una sábana.

—Victoria... —no podía hablar.

¿Estaba desnuda? ¿En su habitación? ¿En su casa? ¿En su cama?

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —consiguió preguntar asombrado como si no creyera posible que ella estuviera ¡delante de él!

—Me cansé de esperarte. No venías —confesó intentando que los nervios que sentía no se reflejaran en su voz. Resuelta, o al menos intentando aparentarlo, se acercó a él.

—Tenía la... —que no se acerque más, pensó—... dañada. —No te acerques, no te acerques, o no podré contenerme—. Tu padre me dio dos puñetazos.

—¿Dos? —se acercó aún más. Ni ella misma sabía de dónde estaba sacando semejante descaro—. Solo me contó uno.

—No quería que Alejandra me viera con la cara llena de moratones y por eso esperé, Victoria. —Ella recorrió la escasa distancia que los separaba y se quedó a pocos milímetros de él. —¿Qué estás haciendo?

—Me acerco a ti...

—Ya... —se le trababa la lengua—, ya lo veo, Lluvia... —Tenía la boca seca.

—Dime, cariño. —Ella acarició su torso desnudo.

—No puedo pensar si me tocas... —admitió él.

—No sé lo que me pasa. No puedo dejar de tocarte. —Victoria se ruborizó por primera vez—. Estaba allí, en mi casa, haciendo mermelada de limón, pensando en que no habías venido, en que te echaba de menos cuando, de repente, lo vi claro. Fue entonces cuando decidí venir a por ti.

Óscar resopló. Fue incapaz de emitir otro sonido.

—Te he estado esperando toda la tarde, ¿dónde estabas? —continuó Lluvia fundiendo sus besos en el pecho del hombre que balbuceaba a su lado.

—Sentado en las escaleras de tu casa —consiguió decir—. Esperándote yo también...

—¿De verdad?

Victoria dejó de besarle, algo con lo que él no estuvo muy de acuerdo.

—¡Desde luego que sí! Casi me vuelvo loco sin vosotras... —Y sin tus besos, pensó.

—Óscar, ¡qué feliz soy! —exclamó ella abrazándole muy fuerte.

Él suspiró emocionado, excitado y feliz como nunca lo había sido.

—Yo también, cariño, yo también.

Se miraron durante unos instantes con la misma intensidad del que descubre a su amor. Fue por pocos segundos. Pocos. Muy pocos. Se necesitaban demasiado.

El primer beso fue brutal. Tierno, pero brutal.

Óscar tomó la iniciativa. Al parecer, el raciocinio le había devuelto la capacidad de reacción. Tiró de la sábana poco a poco, desenrollándola de ella.

Victoria se dejó llevar, y colaboró alzando los brazos para dejarse deslizar. Fue un gran momento erótico, algo que ninguno de los dos olvidaría jamás, y es que a cada centímetro de piel que descubrían el uno del otro, más se daban cuenta de que habían nacido para quererse, para estar juntos, como si todas las cosas que les habían sucedido en la vida no hubieran sido nada más que pequeños exámenes que les habían preparado para saber que se necesitaban, que se amaban.

Fue una noche mágica. La primera de muchas más. Óscar lo supo en cuanto posó los labios sobre sus pechos. La anterior noche que habían pasado juntos, todo había sucedido demasiado deprisa, pero ahora no, todo era ahora mucho más calmado. Por eso quemaban más.

Lluvia apenas podía pensar. Si lo hacía iba a dejar de respirar. Sentir el cuerpo de Óscar sobre el suyo, arremetiéndolo con esa mezcla de amor y deseo, estaba derritiendo cada brizna de su piel. Jamás había sentido nada igual, y era muy probable que se pasara la vida reclamando más y más de aquellas acometidas salvajes llenas de ternura.

Casi a punto de llegar al éxtasis, Óscar le hizo abrir los ojos. Maldita blasfemia del deseo que punzó su alma erizándola sin piedad. Así que, con la poca lucidez que le quedaba, volvió a besarle. Primero con calma, después con amor, al final con todo el ansia retenida. Óscar solo podía recibir, recibir sin paciencia ya, su lengua en la boca con sabor a limón y retorciéndose efervescente ante la suavidad que le era ofrecida, se entregaron al beso que les llevó a caer derrotados encima de las sábanas que acababan de ser arrugadas por sus cuerpos.

Cuando el reloj que reposaba en la repisa de la ventana marcó las seis, Victoria y Óscar respiraron sofocados tras hacer el amor por tercera vez. La primera fue sexo salvaje: penetraciones repetidas entre gritos ansiosos que arañaban el silencio pidiendo más. La segunda, especial y tranquila gracias a la abrumadora pasión que los había consumido horas antes. Y la tercera... una verdadera delicia que acababa de dejarlos exhaustos.

—Victoria, no te lo vas a creer —dijo él con picardía mordisqueándole con suavidad el pezón derecho, a pesar de que ella dormitaba enroscada en sus brazos—, vuelvo a estar excitado —confesó mirando su pene, enorme y tieso como si no hubiera tenido alivio en muchos meses.

Ella se agitó entre sus brazos sentándose de golpe en la cama sin dejar de observar « la pieza » que palpitaba solita elevando las sábanas hacia el dosel de la cama de madera.

—No es posible, Óscar —respondió intentando parecer preocupada, pero divertida y encantada en realidad—. Me tienes agotada, ya van tres.

—¿Podrían ser cuatro? —preguntó esperanzado.

—Pues... si no hay más remedio. No sé —contestó Lluvia haciéndose la interesante.

—¿No serás capaz de dejarme a-a-a-a...?

No pudo terminar la frase porque de un solo tirón, Lluvia arrancó el suave lienzo que cubría a Óscar, y con infinita audacia, se colocó a horcajadas encima de él, engullendo con una poderosa embestida el feroz miembro que palpitaba ahora en su interior pugnando por ser acariciado con su esencia.

Cabalgando como una salvaje, algo que no sabía que era, volvió a explotar en el amanecer haciendo que Óscar sintiera que el mundo acababa de detenerse, rindiéndose ante la fuerza de su espectacular orgasmo.

Un brillante y perezoso rayo de sol iluminaba la pelirroja melena de Lluvia, que dormía plácidamente después de muchas horas de pasión. Óscar pensó que, a pesar de la diferencia de edad, casi dieciséis años, nunca en su vida había sido como con ella. Por primera vez se sentía amado por lo que era, no por su posición social o por su dinero. Se sentía seguro, convencido del amor que sentía por Victoria y del que ella emanaba por él. Cuando estaba con ella, era como regresar a casa, como sentirse protegido.

Al hacerle el amor, se sentía bienvenido, amado...

La miró desconcertado y suspiró.

Jamás hubiera podido llegar a imaginar, ni siquiera por un breve instante de tiempo que aquella mujer, a la que siempre había amado de una manera sobrenatural, iba a satisfacer esa parcela tan importante de su vida. No creía ser él, ni mucho menos un soñador, o uno de aquellos hombres que se dejaba enamorar y engatusar por cualquier mujer, no, más bien siempre había sido todo lo contrario.

El Óscar de ahora estaba muy lejos ser uno de esos hombres duros y poco románticos que se dejaba llevar más por impulsos sexuales que por verdaderos sentimientos. Creía en el amor y simplemente había decidido compartir su vida con ella.

Volvió a mirar a su acompañante de cama. Ella dormía. Sus cabellos color zanahoria se desparramaban por las almohadas y brillaban bajo aquel sol de verano que entraba furtivamente por la ventana. Suspiró de nuevo. Ella era su amor.

Epílogo

El amor les sentaba bien. A ambos.

Era una maravillosa tarde de primavera. Óscar y Lluvia estaban sentados en el Jardín de las Hadas con sus hijos. Tres.

Habían pasado ya cinco años desde que se casaron.

Cerca de ellos, una pequeña pelirroja de cuatro años arrancaba margaritas para plantarlas después, mientras un caballerito moreno de pelo rizado de apenas un año intentaba mantenerse, por primera vez, en pie ante las miradas emocionadas de sus padres.

A lo lejos, Alejandra, toda una señorita de ocho años, estudiaba aritmética sentada junto a su abuelo Víctor. Tenía exactamente la misma cara de fastidio que ponía su madre cuando era pequeña.

Óscar y Victoria se miraron con amor.

La vida era, sin duda, maravillosa.

Nota de la autora

Querido lector,

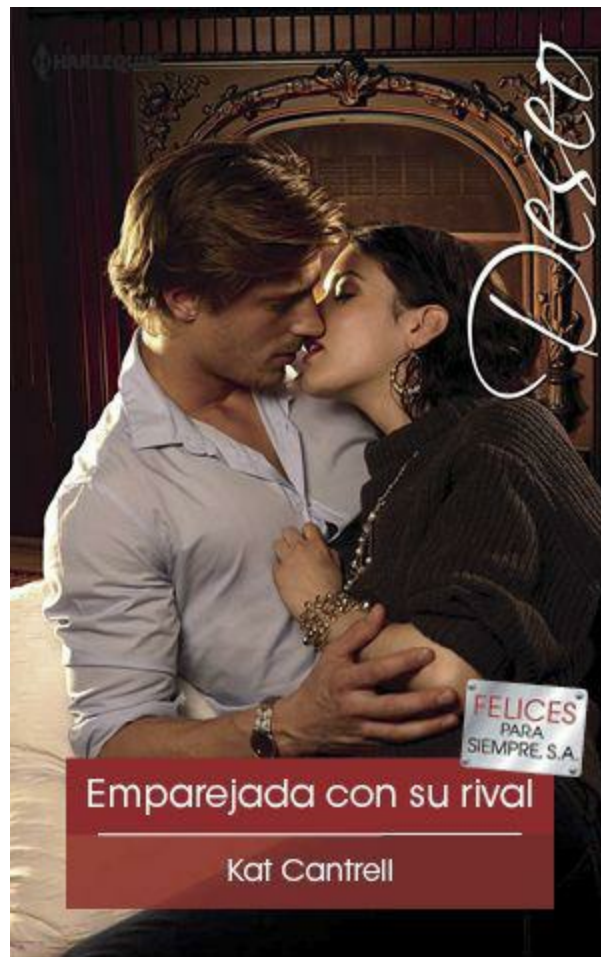
Pese a que *Lluvia* es la primera novela que escribí sobre la familia Quintana, en realidad es la segunda de la saga. La historia de esta familia comienza con *Mi secreto*, también disponible en esta colección. No obstante, puedes leer sin problemas las dos novelas en el orden en el que hayan caído en tus manos. Si así ha sido, por algo será...

Espero que las disfrutes. Fue la primera novela que escribí. Sé bueno conmigo.

Muchas gracias por elegir las.

Yolanda Quiralte

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparà desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com